

Las muertes de Juana

Susana Irene Astellanos



Lemu Montún Ediciones

Las muertes de Juana

Astellanos, Susana Irene

Las muertes de Juana. - 1a ed. - Gómez : Lemu Montún ediciones, 2015.
208 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-45386-7-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 19/02/2015

Las muertes de Juana
Susana Irene Astellanos
1ª edición 2015
ISBN 978-987-45386-7-3

Diseño de tapa y fotografía*: Susana Irene Astellanos
Contacto: susanaastellanos@hotmail.com

LEMU MONTÚN EDICIONES
edicioneslemumontun@gmail.com
www.lemumontun.com.ar

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse en forma alguna, ni tampoco por medio alguno, sea este electrónico, químico, mecánico, óptico de grabación o de fotocopia, sin previa autorización escrita por parte del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446

Impreso en Argentina. Printed in Argentina

*Las muertes de
Juana*

Susana Irene Astellanos

2015

Lemu Montún Ediciones

LEMU MONTÚN EDICIONES



Esta editorial y la autora adhieren al programa: “Y volverán a ser árboles”.

Y el día de la presentación de “Las muertes de Juana” se plantará un árbol, para devolver a la madre tierra el material utilizado en su realización.

GRACIAS A DIOS

Por mi esposo y su silencioso apoyo

Por todos los que me alentaron a seguir

Por la ayuda recibida

Por mi abuela y sus historias

LAS MUERTES DE JUANA

EN LAS VIDAS DE MÓNICA

Muerte, una palabra oscura; oprimen el pecho todas sus connotaciones. Si no somos sádicos o masoquistas puede causarnos desde el dolor más insoportable —motivador incluso de otras muertes— hasta alivio o libertad; pero lo que provoca en todos los casos es un irreversible cambio.

Mónica, 2015

Primera parte

Capítulo I

Abuelos

Anoche murió mi abuelo, estoy triste, pero reconozco que no es por él. No me dan pena los muertos, parecen estatuas dormidas de las personas que fueron. Los que sí me dan lástima, y me contagian sus lágrimas, son los demás porque se quedan solos y saben que ellos, los muertos, ya no van a volver.

El abuelo Tino era un buen tipo... «Buenazo», dice papá. Ellos se querían mucho... ¿Ven?, él es uno de los que me da pena. Por supuesto está mi vieja, era su papá el que murió. Sí, ella lo va a extrañar mucho. El abuelo era cariñoso y más dulce que mi abuela Juana.

Hablando de mi abuela, la vi sentada junto al cajón llorando en silencio. Las lágrimas le caían por la cara y no se las limpiaba, le acariciaba las manos al abuelo y agradecía los saludos de la gente que circulaba por la casa... Dije bien, la casa, estuvieron velando al abuelo en mi comedor. Sacaron los muebles y la funeraria armó todo. ¡Esto se hace en el campo, acá no, qué costumbre! No sé, quizás lo hicieron porque no tenían plata para pagar todo el velorio, o por ahí porque sintieron que así era más íntimo; la cuestión es que a mí me parece tétrico.

El crucifijo enorme, plateado, y parado donde ayer había un modular; los velones prendidos y las inmensas coronas de flores impedían el paso hacia el resto de la casa. Mi abuela cada tanto me miraba y sonreía apenas, le hablaba bajito al abuelo, vaya uno a saber qué le decía. En cambio a mí siempre me queda algo por decir, yo

sola me detengo a mitad de camino, después me da bronca pero la oportunidad de hablar ya pasó. Por suerte enseguida llegó mi amiga Marcela y salimos a tomar un poco de aire; ese olor a flores me estaba matando.

De a poco mi papá con sus bromas intenta levantarnos el ánimo, la verdad que sin mucho éxito. Mi abuela se quedó a dormir unos días, pero pronto va a mudarse a su casa nueva. La están terminando de arreglar, es de chapa y no hace mucho que la compraron. La trasladaron armada sobre una especie de carro chato tirado por una camioneta, después la instalaron, así entera, en el terreno donde está ahora. ¡Pobre mi abuelo! Y pensar que no pudo disfrutarla, estaba arreglándola él... y se enfermó. Ya no pudo salir del conventillo en el que vivían desde que llegaron de Córdoba. Es raro ver a la abuela vestida toda de negro, pero es fuerte y habla con voz firme, en cambio mamá, de medio luto, parece cada día más triste. Creo que discutió con mi viejo, el ambiente sigue muy negro aunque no creo que sea sólo por la muerte... Todavía me parece oler a gladiolos y crisantemos. Pobre mi hermana, espero que no tenga pesadillas después de esto.

Hoy acompañé a mi abuela hasta su casa. Después de ayudarla un rato amagué para irme, pero se puso a mariconear; entonces me quedé a tomar unos mates.

—¡Ay, nena! Qué sola me quedé, estas paredes extrañas no me dicen nada de Tino; solamente los muebles, que me acompañan desde que nos casamos, me traen recuerdos de la vida juntos.

Me dio un mate, agarró una franela y comenzó a pasarla por el mármol de la cómoda, de pronto lo acarició como si viera la cara del abuelo reflejada allí.

—Bueno... Abue, me voy, se me hace tarde; mañana vuelvo. —
Prometí no muy segura de cumplir.

Patricia, me pone loca a veces, «¡Es chiquita!», repite nuestra mamá, pero yo no tengo ganas de aguantarla; para peor anoche... No sé... Tuve un sueño raro, donde me veía como un animal acorralado. Después era un caballo de riendas tirantes con las que me obligaban a ir donde yo no quería.

Desayuné y fui a la casa de mi abuela con la idea de distraerme. De paso dejé conforme a mi vieja que me hinchaba para que vaya. Cuando llegué se alegró mucho, notó que yo estaba enojada y tomó el control de la charla; eso me molestó más.

Capítulo II

Transición

De nuevo volví de la escuela amargada, otra vez quedé en ridículo con esas pibas que se creen diosas. Yo ni les dirijo la palabra, si no es ultra necesario, pero ellas me buscan a veces, y cuando me descuido se burlan de mí. Son lindas, no lo voy a negar... se la, pasan hablando de ropa y de chicos... Que esta marca sí, que este pibe no... «¡Qué zapatos ordinarios! ¡Qué estúpido y qué feo es, cómo se anima a mirarnos!»». ¡Son unas agrandadas!

Esta vez se acercaron y me dijeron, sin un hola de por medio:

—¿Esa camisa es nueva, Mo...?

—Eh... no... la tengo hace mucho. —Ahí me di cuenta, pero ya era tarde.

—Ah... ya nos parecía, sino tenías que reclamarle a la de la boutique por haberte vendido ese color.

Y sin otra palabra, sin darme oportunidad de que les dijera nada, siguieron su camino entre risitas.

¡¿Por qué soy tan tonta?! Quiero crecer de una vez. Marcela habló todo el tiempo hasta llegar a casa, pero no me pudo sacar la bronca de la cabeza. «Ignoralas son unas taradas», me lo repite siempre, pero no aprendo. Me gustaría ser un poco como ella, que no le importa nada, siempre está todo bien. Quizás esas pibas no la molestan porque saben que a Marcela no la van a ofender o... porque un día se esforzaron demasiado en burlarse de ella y mi amiga casi las agarra a trompadas. Creo que fue la única vez que la vi, de verdad, enojada.

Dejé la canasta con las carpetas y el guardapolvo en casa, y fui a lo de mi abuela. Adivinó que vendría, eso creí, hacía cuatro días que no la visitaba. Tenía café con leche preparado, me lo sirvió y preguntó qué me pasaba. Me dio vergüenza que notara mi debilidad, el no saber manejar una situación tan estúpida, y sólo le dije:

—Estoy enojada conmigo misma, tengo trece años, abuela, y no quiero seguir siendo una nena.

—No te sientas mal, no es fácil crecer en estos tiempos. Te voy a contar lo que nos pasó a mí, la tía Elvira, a Dora mi otra hermana y a mis primas cuando éramos chicas... Un día nos sentíamos nenas y jugábamos con muñecas, al otro grandes y hablábamos de muchachos, hasta que...

Mi abuela empezó a contarme una historia, de pronto mi cabeza comenzó a volar... y ya no escuché su voz. Me parecía estar en el lugar donde habían pasado las cosas que me estaba diciendo, como si estuviese espionando; yo tenía los ojos fijos en ella, pero veía otras caras...

... Una tormenta fue el fin de dos estadios naturales de la vida, por un lado disipó con su alboroto la calma obligada por el sopor de aquel verano cordobés; por otro terminó en forma abrupta con un símbolo de la niñez a la que se aferraban a pesar de sus adolescentes cuerpos.

Las hermanas volvían del campo a la casa que ocupaban en el novísimo pueblo de Armas. Durante el trayecto, recorrido ya tantas veces, arreció la lluvia y apresuraron el paso. Recordaron, recién entonces, a sus juguetes indefensos, los que habían olvidado durante esa tarde de confidencias y chismes.

Bajo un enorme aguaribay, habían dejado su lúdico hogar, con pequeños enseres de cocina, dormitorios amoblados con esmero y varias muñecas con rostro de porcelana, mejillas sonrosadas y puntillas elegantes.

Llegaron ansiosas, corrieron sacudidas por el viento, pero no lograron salvar lo que hasta ese día había sido su responsabilidad y preocupación. El verde y frondoso techo no resguardó a aquellos pequeños cuerpos del aguacero. La estopa con la que estaban rellenos absorbió tanto, que cuando las jovencitas preocupadas levantaron a sus inertes hijos, las costuras de la ropa cedieron al primer abrazo mostrando la realidad del interior; entonces el agua, que escurrió de ellos, despabiló a las mujeres adormecidas en una infancia prolongada, y sin más, dejaron de jugar...

Ya veía otra vez su cara apenas arrugada y su voz me dijo:

—¿Sabés cuántos años teníamos? No te rías eh, entre trece y catorce. Pensá, hija, estábamos en mil novecientos treinta, más o menos. ¡Tremendas grandotas! por poco con novio y jugando con muñecas todavía.

No me reí, me dio ternura.

Capítulo III

Florentino, el tirador

...En aquel baldío las cañas se abrieron para ocultarla; ellas, que sabían de heridas, lastimaron su piel temblorosa con los bordes afilados que el machete les había ocasionado... y sangró.

Los adoquines amplificaron el sonido firme y seco de las pisadas entrenadas que iban acercándose. La joven contuvo la respiración. A lo lejos, una ráfaga metálica se hizo escuchar... y los gritos de mando parecieron diluirse en la noche húmeda.

Su corazón no lograba sosegar, con cautelosa lentitud caminó hasta la calle desierta. Miró atrás... hacia las cañas... dudando. Decidió mal.

Otra descarga de metralla sonó demasiado cerca...

Al abrir los ojos todavía sentía dolor. Era como una puntada en el estómago y me retorcí enredándome entre las sábanas. Ella llegó en ese momento con facturas, entonces le conté mi pesadilla lagrimeando. ¡Fue tan real!..., tan real que todavía hoy, después de cuatro días, de a ratos me duelen las manos y la panza.

Esa noche fue la primera vez que me quedé a dormir en la casa de mi abuela, me dio la cama grande y ella se acostó en un pequeño catre al lado mío. Cuando desayunábamos yo estaba un poco más tranquila, entonces me contó algo que me causó una sensación extraña; dijo que en la panadería se había enterado que esa misma noche habían llevado presos a varios terroristas, y entre ellos, también a Estela, la hija del carnicero. Todo el mundo estaba asombrado, nadie creía que esa chica anduviera en algo raro. Alguien dijo que la hirieron.

Me acostumbré a ver soldados, en la tele y en la calle; nunca me dieron miedo, ni ellos, ni sus armas. Sólo siento un cosquilleo, rechazo debe ser. Escucho que hablan de los muertos, las bombas, los presos; mi viejo siempre comenta un poco del asunto cuando comemos mirando el noticiero. Ahora es distinto, a Estela la conozco y me asusta todo esto. La verdad no entiendo quiénes son los buenos y quiénes son los malos.

De Estela nadie sabe nada, su papá no está abriendo la carnicería, dicen que anda por los juzgados y las comisarias para averiguar.

Yo volví a soñar con las cañas. Papá me repite cada vez que nos enteramos de algo: «Hay que cuidarse, se meten y revuelven todo, te llevan por cualquier cosa. ¡Menos mal que vos no salís con tus amigos todavía!».

Supimos que otros vecinos, los Funes, se fueron... así nomás, de un día para otro. Marcela conoce a la menor, no le habían contado nada a nadie que se irían. Algunos dicen que se fueron a Formosa, de donde es la mamá, otros que a Uruguay..., qué sé yo, desaparecieron.

Le conté a mi abuela que todavía soñaba con las cañas y que ahora cuando veo milicos no puedo dejar de mirar las armas; no veo sus caras, sólo las armas.

—¿Sabés, nena? El abuelo Tino era un muy buen tirador, todos los domingos practicaba en...

Entonces vi un campo. Por sobre la cocina y el aparador, vi un campo...

... Las armas eran una herramienta más durante las extensas jornadas de pastoreo. La vastedad era el límite para la mirada, y la soledad única compañía de los hombres cuando su tarea era custodiar el ganado.

El saber utilizar con precisión la escopeta era no sólo útil para la caza, sino un imprescindible complemento de seguridad ante los posibles ataques de cuatreros, dando además a los varones, el porte y la notoriedad que poseen los valientes; dos atractivas cualidades ante las damas, y motivo de oculta envidia para los menos hábiles.

Florentino era poseedor innato de tal destreza. En las horas tranquilas o en las incursiones nocturnas —cuando la ausencia de la luna favorecía la persecución de las liebres, convertidas en plaga por períodos— aprovechaba para poner a prueba su habilidad, la que perfeccionaba en las prácticas de los domingos en el Tiro Federal. Así había adquirido el agrado por ese deporte, del cual daba espectáculo en las habituales competencias pueblerinas.

Llegó el tiempo de servir a la patria, de prepararse para la eventual defensa del territorio nacional, en caso de que el servicio obligatorio deviniera en vocación por una carrera militar. No fue así para Tino, pero de algo le valió su destreza en el manejo de las armas. El período de instrucción fue breve, ya que le bastó al superior una mañana de tiro al blanco para apreciar las habilidades que poseía y relevarlo de futuras prácticas.

Sólo fotografías en elegante pose y recuerdos vanidosos quedaron como instantáneas de esos momentos...

Mi abuela gesticulaba orgullosa por la puntería del abuelo, yo no me sentía muy cómoda con la idea, me dolía la panza; eran nervios, quizás. Mi mente volvió a correr por los adoquines, las cañas nuevamente cortaron mis manos y Estela aún no estaba en su casa.

Capítulo IV

Creencias

Yo creo en Dios. Los curas me dicen que no hay que creer en brujas ni en curanderos ni en malos augurios; pero sí en las posesiones del demonio. ¿Es raro, no? Algunas personas pueden ver el futuro o sienten cosas que les pasan a otros. También están los que te ponen la mano en la cabeza y dicen que te curan, ¡qué sé yo! Puede ser coincidencia, pero para mí algo de cierto hay; como mi abuela... que cura el empacho.

Todos le dicen «Juanita» o «Doña Juana». Es curandera, pero no tiene título ni sala de espera ni tarifa, como dice mamá. Es como muchas personas que se aprenden los rezos de memoria el Viernes Santo o la Nochebuena, y después curan a la familia o a los conocidos por hacerles el favor. Mi abuela te salva de una descompostura o de un dolor de cabeza por el mal de ojo, nada más; para cosas más complicadas como las verrugas o el susto, hay que caer con uno especial, que te cobra la colaboración a voluntad.

Ella no tira el cuerito, te mide con su cinta de gros amarillo maíz, algo deshilachada, pero del largo justo. Te hace parar bien derecha, con los brazos a los lados del cuerpo —dice que nunca hay que cruzarlos, tampoco los pies—. Entonces te hace tener una punta de la cinta y desde la otra mide sobre ella tres veces el largo de su brazo, desde el codo hasta la puntita de los dedos. Después toma la tira en ese lugar exacto y te la da para que la apoyes en la boca del estómago o el hígado, si se sospecha que es ese el problema.

Luego camina hacia atrás, sosteniendo el otro extremo con la mano izquierda. Estira la cinta y apoya el codo derecho para empezar

a medir de nuevo. Al hacerlo igual que antes, los dedos tendrían que rozar el estómago, donde todavía tenés apoyada la otra punta de la pequeña tira; si no es así los dedos terminan más arriba o sea que estás empachado y cuanto más alto llegan, peor. Repite el ritual de sanación tres días seguidos y lo completa con una oración mientras se hace la señal de la cruz en el estómago enfermo; ella también se santigua antes y después. Además recomienda dieta y un tecito de poleo bien caliente y amargo; doy fe de que estos últimos consejos dan muy buen resultado.

—Juana, curale el empacho a Patricia. —Mi papá la vio llegar y fue lo primero que le dijo. Mi hermana había estado descompuesta toda la noche.

Después de curarla, nos pusimos a charlar los cuatro, mientras mamá le preparaba el té haciendo trampa porque le ponía un poco de azúcar para que se lo tomara. La conversación pasó primero por los chismes del barrio, de Estela ya casi nadie habla, y aún no se sabe nada. De su papá, que abrió la carnicería, pero trabaja muy poco. Después, mientras trataban de convencer a mi hermanita para que se tome el té de poleo, papá dijo:

—¡No la torturen más a la chica! Ya la curó, se le va a pasar igual; esto es creer o reventar.

Entonces se pusieron a dar ejemplos de curaciones mágicas, de curanderos poderosos, de las personas que se creen cualquier cosa y de lo que sí hay que creer. Y mi abuela empezó a contar de un mal agüero.

—¿Les conté no?, que la abuela Andrea estaba embarazada de mi hermana Elvira cuando el abuelo Augusto viajó a Buenos Aires por un problema de salud...

Y ahí vi a mi bisabuela, joven y con su gran panza, parada en la puerta del patio de tierra, con cara de tristeza...

... Dos días antes había recibido el telegrama que le alegró el día, Augusto volvería con la tranquilidad que da la salud restablecida.

Estaría junto a ella cuando el niño llegase a esta vida, ya podía advertir la urgencia por nacer en cada convulsión de su vientre.

Por la noche, en la víspera del retorno de su marido, débiles contracciones la inquietaron, el corazón le palpitaba con premura. Andrea soñó con su boda, la ceremonia, la fiesta y su vestido hermoso y negro. Al despertar recordó las palabras de María, la modista: «Es de mala suerte casarse de negro, podés quedar viuda pronto». Ella nunca creyó en malos augurios, por lo tanto ignoró la advertencia. Su madre había muerto, y fue más fuerte su luto, que el sueño de un vestido blanco y el presagio de aquella mujer.

La noticia viajó como una lanza certera, cruzó los más de seiscientos kilómetros que separan Armas de Buenos Aires y se clavó impiadosa en el corazón de Andrea.

Él ya no regresaría...

Capítulo V

Augusto

Transitó los primeros días de luto con enojo, estaba muy enojada con Dios. María no entendía por qué le había arrebatado a su hombre, cuando sólo tenía veinticinco años. Ahora lloraba, las lágrimas caían sobre la batea en la que sacudía con bronca la ropa fina que lavaba. El pequeño niño aferrado a su falda la acompañaba, él era el consuelo ante la pérdida; él y su hija Francisca, apenas un año mayor. En los ojos negros del hijo encontraba la mirada profunda y amada del esposo. Por los niños no dejaría que la desazón la derrumbara, por ellos refregaba con más fuerza la mugre ajena.

El tiempo transcurre y nadie puede evitarlo, arrastra consigo lo bueno y lo malo, va rozando a los hombres al pasar, así es como a unas veces rien y otras penan. Luego, cuando los instantes se alejan, junto a ellos van las vivencias y más tarde sus recuerdos para que así puedan enfrentar nuevos eventos.

María vio como su enojo se diluía y le permitía reconocer la mano que Dios le tendía, una blanca y cálida mano que desde Europa había llegado a estos rumbos para afincarse. Ella, aunque con algo de resentimiento, agradeció al cielo estar al servicio de los Miller. La señora la encontró la mañana siguiente al funeral lavando enardecida, y con cariño casi maternal, la separó del agua para sentarse junto a ella en la humilde cocina. Le hizo compañía unas horas contándole historias de Inglaterra. María las escuchaba sin lograr hacerse una idea de ese país. Su mente volaba por otros sitios y culminaba en la propia mano que acariciaba la cabeza del pequeño Augusto.

El niño se aventuraba cada vez más lejos de su madre, correteaba con los perros y los pollos; visitaba a la cocinera cuando el aire se

perfumaba con delicias dulces; le hacía piruetas a la señora Miller, la que reía y le regalaba caramelos. Ella tenía dos hijos algo mayores que Augusto, los que recibían educación particular en la estancia, impartida por un maestro rígido que los atiborraba de tareas complejas. Los muchachitos sabían cuál era su futuro, las responsabilidades que les llegarían algún día y por lo tanto se preparaban de forma concienzuda sin protestar.

Al cumplir los ocho años Augusto recibió un regalo muy especial de la patrona; con el permiso de su madre, comenzaría a recibir educación junto a los hijos de los señores. María veía el progreso del niño y el afecto que los ingleses le prodigaban, pero lejos de sentirse celosa, esto alegró, en parte, su frágil espíritu.

No podía decirse que eran amigos, pero Augusto y los señoritos se convirtieron en compinches de travesuras, aunque ninguno olvidaba cuál era su lugar. El peoncito comenzó a realizar pequeños mandados para la señora, tareas simples dentro de la casa principal, ganándose el derecho de entrar y salir de ella sin que fuera convocado.

Su hermana dejó ver las dotes culinarias que poseía, mientras aprendía el que sería su oficio de mano de la vieja cocinera. María no había cambiado de actitud y aunque ya vestía de color, su corazón no pudo desprenderse del negro. Tanto como crecía y aumentaba la fuerza y educación de Augusto, ella se empequeñecía y avejentaba, con tan sólo treinta años.

Augusto era un muchachito dulce, cariñoso con su madre. Solía acarrear agua para aliviarle el trabajo y le contaba historias de sus aventuras con los jóvenes Miller, inventando alguna situación ridícula para verla sonreír.

El niño, cuando estaba por cumplir los doce años, aún dormía en la misma habitación que su madre y hermana. Las mujeres compartían una cama y él ocupaba un pequeño catre. Al amanecer, excepto los domingos, los tres salían al encuentro de sus tareas: una al agua, otra a la harina y él a vislumbrar el mundo de los afortunados.

Ese domingo fue extraño. María hizo madrugar a los niños, quienes entre protestas se vistieron con lo mejor que tenían. Los subió

al sulky* y fueron rumbo al pueblo, al que llegaron una hora después, justo cuando comenzaba la misa de ocho.

Los pequeños, más asustados que solemnes, se quedaron en silencio. Observaron cada detalle del altar mayor, los querubines de las naves laterales, los lustrosos bancos con sus reclinatorios y ese pequeño lugar donde su madre se arrodilló para hablarle a alguien allí escondido.

María volvió al lado de sus hijos con los ojos enrojecidos, de nuevo se arrodilló y, con la cabeza baja, susurró plegarias para luego sentarse y respirar aliviada. Más de diez años habían transcurrido desde la última vez que entrara a la iglesia, exactamente desde el bautismo de Augusto.

Terminada la ceremonia religiosa, durante la cual los niños por momentos se durmieron, María saludó al sacerdote en el atrio. Al niño le pareció conocido ese extraño atuendo al verlo de cerca; vagamente lo recordaba de aquel día en que sepultaron a su padre rodeado de muchas cruces blancas, adornadas con flores de papel. Pronto descubrirían la razón de la actitud de su madre.

El ambiente se enrareció en esos días. Augusto recibió una mala noticia, los hijos de la patrona se mudarían a un internado en Buenos Aires para seguir su educación, y él tendría a su maestro sólo por un mes más. La relación con los patrones, y en especial con la señora, siguió siendo muy estrecha; ellos extrañaban a sus hijos, y él disminuía el vacío de la ausencia.

María estaba muy callada, su hijo pensó que no le prestaba la suficiente atención por ocuparse más de la señora Miller y sintiéndose culpable, se abocó a reparar el daño que creyó haberle causado a su madre. Pero él no era responsable, no estaba en sus manos corregir el destino. Dos días después María simplemente no despertó. Murió con la paz que había conseguido al reconciliarse con Dios.

* El *sulky* es un pequeño carruaje, por lo general para uno o dos pasajeros, que se utiliza como una forma de transporte rural en muchas partes del mundo. Se destaca por su sencilla construcción y escaso peso.

A partir de allí Augusto casi no se alejó de la casa principal; su hermana se mudó con la cocinera y él se instaló en una pequeña habitación a pocos metros de los patrones, quienes lo cuidaron e instruyeron. A cambio, se dedicó a las tareas de mantenimiento del lugar; se convirtió en su protegido y no se separó de ellos hasta que otra lavandera ocupó el lugar que alguna vez fuera de María, y lo enamoró.

Capítulo VI

El baile

Me planteo varias cosas últimamente. A Marcela le pregunté si le pasa lo mismo que a mí cuando escucho las historias de mi abuela; si cuando lee un cuento se puede transportar al lugar y al tiempo donde ocurren las cosas; si puede ver la historia como una peli en su cabeza. Pero sólo me miró burlona y empezó de nuevo con Pink Floyd. Ahora está obsesionada con esos tipos, yo prefiero a Creedence, aunque ya no toquen más juntos. Me dice que lo único que la emociona es la música, ah, claro, y también Gerardo. ¡Cómo me tiene con ese pibe! Encima se la pasa preguntándome, todas en la escuela me hacen lo mismo: «¿A vos no te gusta nadie?».

Yo los miro ¿Cómo no voy a mirar? Hay muchos lindos, pero la verdad ninguno me quita el sueño. A veces les digo a mis amigas que sí, que me gusta fulano, otras veces que mengano; pero sólo para que no molesten. Ellas se ríen como histéricas y me preguntan cosas... yo invento, les digo que me acaloro o que me duele el estómago y me tiemblan las rodillas; ellas se quedan conformes. Después me río sola...¿tan estúpidas podemos ser cuando estamos enamoradas?! ¿Cómo será eso? Si me apuran, insistiendo para que yo me acerque a los chicos de alguna manera, me escapo diciendo que sólo es un amor platónico. Eso lo aprendí hace muy poco en la escuela... lo de platónico, digo, en escabullirme soy experta. Enseñan algunas cosas muy interesantes en la secundaria..., espero no olvidarme todo con el tiempo.

La verdad es que por las noches me pregunto cuándo me pasará a mí, ya tengo catorce, muchas de mis amigas andan con novio. Marcela está en eso con Gerardo, otras piensan en sus quince. ¿Soy rara como Matilde? Quizás... Bueno, basta de tener amores con

personajes que no existen. Todo es fácil en mi cabeza. Afuera, cuando estoy bien despierta, sólo me interesa estudiar y divertirme, no atarme a un novio... voy a pedirle permiso a papá y que me lleven a bailar.

—¡Abuela, Abu...! Costó pero papá dijo que sí, el viernes me lleva mi mamá a bailar al club. Estoy contenta y nerviosa.

—¿Ande vas?

—A bailar, me costó convencerlo. ¡Me comí un sermón!: «Que sos chica, que los milicos, que no son tiempos para andar en la calle, que tu madre se tiene que clavar toda la noche, que cuidado con los pibes, que no te alejes de la vista...». Qué sé yo todo lo que me dijo. Pero aflojó.

—Tu padre se hace el difícil, se preocupa nada más.

—¿Cómo era en tu pueblo, abue? Contame.

—¡Huy...! Los bailes eran familiares, pero como a tu edad o un poco mayorcitas a veces íbamos solas, con la tía Elvira y Yolanda, Dora también, ella una vez fue de chaperona. Nos preparábamos con todo para ir, los zapatos, el vestido...

—Chape... ¿qué?

Ella no interrumpió su relato para explicarme. Y puede ser que no estuviese prendida la radio cuando llegué, pero el volumen del pasodoble que sonaba fue en aumento...

... Con maestría fue confeccionado, el terciopelo granate de tornasolado brillo veía resaltar su exquisitez con el guipur* ocre de los puños y el cuello. Los delicados botones de perlas de color encarnado completaban el elegante vestido de Juana; como ella, las demás, hermosas y excitadas por la cercanía de la fiesta.

* Guipur: Guipiur.Dupiur: Encaje, puntilla.

La orquesta dejaba oír los alegres acordes que invitaban a danzar. Los cascotes de la yegua parecían tamborilear sobre la calle al ritmo de la música. Con los faroles encendidos iba el refinado coche que usaban las muchachas. Había sido construido con madera de cedro; el cuero de su tapizado estaba sujeto por grandes tachas doradas y ostentaba un toldo negro de largos flecos. Todo esto convertía a la escena —iluminada por el primer cuarto creciente de esa primavera— en una pintura de fantasía. Imagen alejada, por mucho, de las labores diarias que esas jóvenes criadas llevaban a cabo en la estancia Los Molles.

El patio de tierra apisonada, húmedo y pulcro, emanaba olor a lluvia; había sido convertido —por sólo unas horas— en salón de baile para festejar el santo de la dueña de casa. A su alrededor se encontraban las habitaciones y dependencias de la vivienda, incluso, un poco más alejados, los galpones y las caballerizas. Todas las puertas daban al patio, de una de ellas escapaba el aroma a empanadas y pasteles, que se confundían en agrídulce placer; mientras el vino y la chinchibira* comenzaba a correr en forma generosa entre los entusiastas bailarines. Guirnaldas y farolillos de papel se enredaban con los candiles, a riesgo de perecer calcinados. Ya los músicos de siempre convertían en arte la vibración de las cuerdas de violines y guitarras, y el dueño de casa no dejaba de envanecerse al interpretar con maestría el acordeón a piano. Podían no saber escribir, pero el don musical estaba en todos ellos.

Nadie rechazaba estas invitaciones, todos querían disfrutar; más las muchachas casaderas que veían en estas ocasiones una oportunidad para salir de su soltería.

Mientras tanto los perros, amarrados o confinados al galpón, esperaban una limosna, algunos durmiendo e ignorando la algarabía, otros contribuyendo al alboroto general ladrando enloquecidos y bailando con su cola hasta atraparla.

* Chinchibira: Bebida gaseosa.

Al ingresar las muchachas al patio festivo el ambiente se iluminó aún más; nadie agregó farolas, pero la belleza juvenil provocó esa ilusión. Las miradas masculinas recorrieron con sutileza las siluetas enmarcadas por los lujosos trajes. El vino rojo bañó los espíritus ya exultantes por la música. Elvira aceptó a más de un compañero de baile, quienes con un leve cabeceo y una sonrisa intrigante, la invitaban a la emoción. Dora, en cambio, sólo disfrutó un tango, pero la melancólica poesía la contagió de penas que la acompañarían para siempre, un siempre que resultaría demasiado breve. Poco tiempo después, los estertores de la epilepsia sacudirían su cuerpo cada vez más, pero la que en realidad sufriría sería su alma, que deprimida y discriminada —especialmente por ella misma— se negaría al juego de existir y la vida por fin la abandonaría. Pero en la fiesta nadie notaba su tristeza, ninguno imaginó su cercano final.

Las comadres robustas reían con mejillas tan rojas como el vino. No dejaban de lado las críticas envidiosas ni siquiera al bailar. Una de ellas lo vio entrar, dejó a su marido parado en medio de la polvareda que el patio desprendía, y se acercó a las que —aún sentadas— no habían notado al extraño; un joven rubio, esbelto y tímido que se quitó el sombrero para saludar a las damas presentes, y con un abrazo estrechó sonriente al anfitrión. No aceptó la copa que le fue ofrecida porque una juvenil mirada lo atrapó. Luego de una breve y cortés plática con los dueños de casa se disculpó, y con paso seguro —confiado en que la joven con sus ojos ya lo había aceptado— se acercó para luego con una sutil reverencia y la mano extendida invitarla a bailar, en momentos en que un vals invadía de romanticismo el aire...

—¿Quién era? ¿Quién te sacó a bailar? Abue...

—Carlitos, Carlitos Rufino —dijo suspirando.

Por cuarta vez me lavé la cara, estaba nerviosa y no podía maquillarme bien. Mamá se cansó de mí y fue a cambiarse para llevarme al club. Papá me taladró la cabeza con recomendaciones. Por suerte llegó Marcela con su mamá. ¡Mejor, así mi vieja no queda

sola toda la noche!, pensé. Mi amiga me ayudó con el lápiz labial y la sombra. ¡Sólo un poco!, le tuve que repetir, sino me dejaba pintada como una puerta. El corazón me latía tan rápido que me asusté. De pronto me dio sueño, pero no podía arrepentirme en ese momento, después del lío que armé para convencer a mis papás. Así que hice de tripas corazón y a la calle. «Perfumate» —me dijo Marcela, ahí nomás sacó de su cartera un perfumero y me bañó. ¡Lo único que faltaba es que empezara a estornudar!

Caminamos, el frío de la noche me acobardó, estaría mejor en casa pensé, mirando la tele. Marcela parlotéó todo el camino, yo no la escuché; mamá y Elena conversaban animadas, creo que en el fondo a mi vieja le gustó la idea de salir.

Estábamos cerca, varios grupos de chicos caminaban junto a nosotras. En uno de ellos reconocí a Gerardo, Marcela también; me pellizó el brazo y se empezó a reír en mi oreja como histérica. Él la miró y sonrió con disimulo. Rogué encontrarme con alguna de las chicas adentro, estaba segura de que ella me iba a dejar sola de entrada.

El lugar es un club modesto, desde hace años organiza esto los viernes porque los sábados los pibes van a bailar a La Plata. El lugar tiene una biblioteca y la pista de baile es, en realidad, la cancha de básquet. Contra la pared ponen las sillas donde se sientan las mamás y ahí se quedan las pobres. No pueden ver nada de lo que pasa, porque entre sus hijas paradas adelante de ellas, los que giran alrededor del lugar, más todos los que bailan en medio, no les queda otra que charlar con la de al lado —si es que pueden escucharse—, o dormir de a ratos a pesar del humo y la música.

El salón se llenó y no eran las once todavía, veía poco y no encontraba a nadie conocido, me estaba malhumorando cuando creí ver a Emilce entre el gentío; le avisé a mamá y me fui con ella.

—¡Hola!... Emi....

—¡Hoola! Viniste ¡Qué suerte! Hoy está genial esto, vino todo el mundo. ¿Y Marcela?

—Y... ¿Dónde te parece que está? O mejor ¿Con quién?

—¡Ah...! Sí, vení, vení. Vamos a caminar a ver a quién encontramos.

—¿Bailás? —me dijo alguien desde atrás.

Me di vuelta y era uno de los chicos del industrial, ¡lo miré con una cara, pobre!, pero le dije que sí.

Apenas podía escucharlo, más bien adivinaba lo que me decía, pero la música estaba buena. El lugar se repletó, nos movíamos como una masa, todos para acá, todos para allá, pisotones, empujones. Me aburrí pronto.

—¡Chau! Me voy con mis amigas —le tiré.

Al siguiente chico le dije que no, me fui un rato con mi vieja para que me vea, pegué otra vuelta alrededor de la pista, me volví a encontrar con Emilce y nos juntamos con Gladys. Seguimos la ronda como burras de molino, chocándonos con los que venían en contramano, y al pasar por quinta vez junto a la silla de mi mamá, me quedé parada un rato. Elena me preguntó por Marcela, yo no tenía la más pálida idea de dónde estaba.

Un petecito me sacó a bailar, salí igual porque sonaba «Fortunate son», una de las que más me gusta de Creedence...y ya me había perdido otra buena. El pibe era divertido, se llamaba Julio creo, me dijo que iba al cole conmigo, a otra división, pero yo no lo registraba. ¿Cuándo lo dejé en la pista solo? Obvio, cuando sonaron los lentos.

Ya me estaba cansando, me dolían los pies por los tacos; eso me pasa por andar todo el día en zapatillas. Bailé con tres más después del petiso, estuvo bueno, pero la gente ya empezaba a irse y en cualquier momento mi vieja me iba a decir de nuevo que nos vayamos. Marcela no había aparecido todavía. Emilce me llevó a dar otra vuelta antes del final de la noche. Pasamos en medio de un grupo de chicos, yo mirando al piso, pero una sensación extraña —un tiritar como el que nos provocaba el aire fresco que entraba desde el patio—, me obligó a darme vuelta y dar una ojeada al centro del grupo. Un chico me sonrió, y el cuerpo me tembló, pero no de frío.

Salimos a la humedad de esa madrugada, cuando llegamos a la esquina miré atrás. Él estaba en la puerta y me pareció que me miraba, pero en ese instante giró la cabeza y siguió charlando con sus amigos.

La ansiedad me carcome, quiero que sea viernes otra vez.

Capítulo VII

Daniel

No me lo puedo sacar de la cabeza ¿Quién será? Emilce insiste en que no lo conoce. Marcela estaba tan ocupada que no lo vio, y por más que se lo describo, no se da cuenta de quién puede ser. Si no lo conoce ella que sabe quién es hasta el último sapo... ¡A ver si el viernes no va! ¡Dos semanas seguidas...! No le va a gustar nada a papá. Me voy a portar bien así me llevan.

Mónica transitó su adolescencia sin sufrir los embates del mayor de los males sociales que azotaron los años setenta. Vivió desde lejos las noticias de atentados y exilios. Creció viendo a uniformados en las calles, pero se libró de cacheos, razias y muertes violentas. Ella y su entorno estuvieron al margen de las desapariciones y muertes — conocidas o sospechadas—, las que fueron esparcidas y germinaron en todo el país; también del resto de las atrocidades del terrorismo de estado, de las luchas sangrientas previas entre políticos, gremialistas, y todos los demás aspirantes al poder. Esto no significaba que ignoraran los hechos. La parte que se difundía oficialmente era seguida por Miguel, padre de Mónica, y brevemente comentada a diario en la mesa.

Aprendió de su familia que los extremos no son el ideal, y del pobre interés político que la rodeaba, sólo le quedó en limpio que el peronismo y el radicalismo era uno de los temas por los que discutían sus padres y su abuela. Miguel, apenas sabiendo leer y escribir, llegó del interior en busca del trabajo que los frigoríficos aún ofrecían, aunque no por mucho tiempo más. Fue uno de los que hasta el presente, se ven favorecidos por el trabajo en blanco, los convenios colectivos y

los beneficios sociales. Juana, pobre y analfabeta, siempre vio a los ingleses como ídolos, amos y señores, dueños de la verdad y de las tierras en las que trabajó siempre su familia. Por ser cordobesa su inclinación por el radicalismo provenía más de una tradición provincial, que de la convicción por sus bases políticas.

No todos tuvieron la buena suerte de Mónica y la de su grupo familiar con respecto al proceso militar; a su alrededor las personas sufrían, de una u otra forma, aquel flagelo. Como Estela, la hija del carnicero, que un día por la madrugada —helada, harapienta y enferma—, volvió a su casa arrastrando los pies y cargando con el alma desfalleciente. A pesar del retorno su vida y la de su familia ya nunca fue la misma.

Otros miles, nunca retornaron.

Daniel había nacido en Rosario. Su carácter, introvertido aunque no antipático, le permitió tener un par de amigos verdaderos. Cuando se encontraba a gusto podía ser muy agradable. Era fuerte y orgulloso porque se sabía autosuficiente. Poseía la inteligencia para conocer sus límites, los que siempre intentaría superar.

A los dieciséis años y con mucha furia contenida, se vio desarraigado. Forzado por la necesidad y obligado por su madre, partió para vivir en el hogar de una tía, ya que el suyo estaba en ruinas desde hacía un año. Su padre fue un desaparecido más, uno de los muchos sobre los que se diría: «No están ni muertos ni vivos... Están desaparecidos».

El jovencito cargó con su angustia. Se vio separado de sus primeros amigos, de las primeras calles y del cielo sobre el Paraná; testigos todos de su niñez feliz. Lo peor fue dejar a su madre, quien no podía alejarse de la casa familiar porque albergaba la débil esperanza de que su esposo retornase una madrugada, helado, harapiento y enfermo, arrastrando los pies y con el alma desfalleciente; pero al menos vivo.

Capítulo VIII

Premonición

Tristes, aunque sonría, sus ojos parecen un par de penas redondas y azules. Una vez una tía dijo lo mismo de mí. Yo era chica, tenía quizás unos diez años, me había puesto una careta de princesa, jugaba y bailaba; ella llegó y me miró a los ojos para encontrarme detrás de ese disfraz, y dijo: «¡Qué ojos tristes tiene esta criatura!». Me asusté un poco porque yo estaba feliz. La mirada de Daniel es lo que más me gusta.

Bueno, la verdad es que Daniel tiene un pelo hermoso y esos Wrangler le quedan divinos, pero es la manera que tiene de mirarme lo que me encanta; su voz es ronca y tiene un diente apenas torcido que le da un toque, no sé, un aire rudo a la sonrisa. Todavía no conozco mucho de él, estudia en mi escuela desde hace dos meses, pero en contraturno. Me contó que vino a vivir con una tía, en Rosario quedó su mamá; de su papá no me dijo nada, y yo no me animé a preguntar.

Todas se rieron de mí en la escuela, por primera vez estuve muy distraída en la clase de higiene y no pegué una. Por la noche fui a dormir a la casa de mi abuela. Creí que soñaría con Daniel, ya que me la pasé hablando de él durante la comida, ella sonreía, después estuvo muy callada, pensativa, raro, muy raro; le pregunté en qué pensaba y sólo dijo:

— En nada, contame más de Car...de Daniel.

Inquieta di mil vueltas en la cama. Mi sueño no fue para nada agradable, pero sí muy real. En mi pesadilla, el viento sacudía con fuerza las plantas, la ropa tendida, el pelo de las mujeres que corrían asustadas por la calle. Los autos convertían en olas los charcos y los truenos se escuchaban más que los bocinazos. Una luz muy brillante

me hizo doler los ojos, no pude ver nada más por unos segundos, entonces cerca de mí, un crujido, un estruendo y un grito sonaron juntos.

Todo fue silencio, luego oí un llanto, me saqué con las manos el agua que mojaba mi rostro y entonces reconocí, bajo una enorme rama quebrada por el rayo, la carita de un niño, y en su cabeza una pequeña gorra azul con pompones rojos.

Cuando me desperté era temprano. Llovía muy despacio. Me asomé a la ventana, la calle estaba vacía. Preparé el mate y mi abuela se levantó al escucharme. Cuando le conté mi sueño se puso seria y dijo algo así: «La verdad a veces florece sola y no se puede ocultar». No entendí qué me quiso decir, y ahí me contó una historia que ya creía conocer.

—¿Te conté de la vez que a nosotras nos agarró una tormenta y perdimos nuestros juguetes?

No alcancé a decirle que sí, que la recordaba. Ella comenzó a contarla de nuevo. Y volví a mi sueño de la noche anterior, o eso me pareció...

...Las jovencitas llegaban empapadas. El viento las envolvió con el manto líquido de ese chubasco veraniego. Apresuraron a Preciosa, la yegua preferida de Cayetana, la que tiraba con dificultad del breque*. Recorrían el sendero conocido que, enlodado, había transformado con rapidez sus profundas huellas en trampas para cascos y ruedas.

Al ir acercándose a la casa que tenían en el pueblo, la tormenta arreció. Se angustiaron por las muñecas que habían dejado bajo el enorme árbol del patio, seguramente se habían arruinado sus vestidos. No les importó el que ellas llevaban puesto, ni sus zapatos nuevos.

* **Breque:** Por "Break". Coche de cuatro ruedas **tirado por caballos.**

Carretón: **Carro** grande para **transporte.** **Carro** de bolichero: Carreta pequeña para realizar las entregas.

Apenas ingresaron al predio, Cayetana detuvo bruscamente a la yegua, la que relinchó ofuscada. Las muchachas bajaron y corrieron hacia la humilde vivienda, desde donde le gritaron a la que aún tenía las riendas:

—Guardá el breque y esperá a que pare la lluvia en el galpón.

Cayetana dudó, luego bajó ella también del carro, pero caminó hacia el aguaribay que se sacudía furioso. La ropa de las pequeñas camas y los primorosos manteles volaban como las hojas arrancadas de los árboles; las muñecas, caídas a un lado de las diminutas sillas, miraron a su madre adoptiva con ojos vidriosos pidiendo socorro. Un perro agazapado en su guarida le ladró asustado, y el silbido del aire entre las ramas cubrió los gritos de sus hermanas. La joven llegó con dificultad, el viento como una mano gigante le impedía el paso. El agua no le permitía ver, pero alcanzó a levantar a una de las muñecas, la abrazó, y al intentar tomar otra, un crujido sobrepasó al clamor del temporal.

La joven ya no reaccionó...

Un trueno me asustó.

—¿Se murió ahí tu prima?! No me contaste eso la otra vez.

—Sí, ¿Cómo que no? En realidad estuvo unos días internada, pero nunca abrió los ojos.

—¡Abuela! Me acordaría de algo así, sólo me contaste del agua que arruinó tus muñecas y que nunca más jugaron.

—Sí, eso es verdad, las tiramos todas. No queríamos acordarnos.

Otro trueno retumbó haciendo vibrar la casilla de chapa y madera. Mi abuela calló y me mandó a casa, temía por la tormenta que se acercaba.

Algunas cuadras separan su casa de la mía, corrí, pero la lluvia me alcanzó. El viento, de golpe, empezó a soplar muy fuerte, los relámpagos iluminaban el cielo que estaba muy oscuro. Las calles se

inundaron en unos minutos y los coches por miedo a las piedras* no respetaban a los peatones que necesitábamos cruzar. En la siguiente esquina nos encontramos varias personas atajadas por el tránsito, entre ellas una mamá que llevaba en brazos a su bebé. Con las manos me saqué el agua de la cara, que me molestaba para ver bien al chiquito, él movió la cabeza y sacudió los pompones rojos de su gorra azul. Sentí que el corazón se me detenía, fue por impulso que, al brillar el siguiente relámpago, agarré a la señora del brazo y la tiré para mi lado. La mujer gritó, pero su voz se mezcló con el ruido que hizo el rayo al golpear un árbol que teníamos muy cerca. La gente de un salto se alejó de la gran rama que con un crujido quedó a nuestros pies. Todavía tenía agarrado el brazo de la señora, me pareció que me dijo gracias; no contesté. Salí corriendo asustada, no sólo por lo que pasó, sino porque yo sabía que pasaría.

Mamá no se dio cuenta de que llegué llorando porque estaba empapada. Pegó cuatro gritos como siempre. No sé... que me iba a resfriar... que cómo tu abuela no te dio un paraguas. Papá llegó con un toallón y mi hermana se reía de mí. Cuando se calmaron, les conté lo que pasó con el árbol, el bebé y el sueño. El viejo puso el grito en el cielo y dijo: «No empecés como tu abuela». Pero lo extraño fue que mamá no dijo nada, y muy seria se llevó a mi hermana para la pieza.

¡Ay, ay!...una cosa buena y otra... ¡Qué sé yo!, muy extraña. Está decidido, esta noche sí o sí voy a soñar con Daniel, sino nada. Por suerte el viernes está muy cerca.

* **Caer piedras:** En una tormenta hace referencia al granizo.

Capítulo IX

Padres ausentes

¿Por qué se enojó tanto mi papá cuando le conté del sueño y la tormenta? «¡No empecés como tu abuela!» —me dijo esa vez. Y ella... ¿Qué me quiso decir con eso de «La verdad florece»? Me pone nerviosa todo esto. Encima mi abuela que me cambia las cosas, las historias. ¿Me lo hace a propósito o estará poniéndose realmente vieja?

Gracias a Dios está Daniel conmigo. Nos vemos a diario después de la escuela, caminamos y charlamos mucho, en general de tonterías. El otro día le conté lo que me pasa con mi abuela y mi papá, él quiso convencerme de que son sólo coincidencias y cosas de viejos. Dice que no tengo problemas importantes de verdad, por eso la imaginación me trabaja doble turno. Pero cuando nos besamos todo el mundo se acomoda, murmura en mi oído que me quiere y que es feliz, aunque sus ojos sigan tan tristes como siempre.

¿Cuándo tendré la valentía? Las dudas se agolpan en mi cabeza y no puedo sacarlas para compartirlas con Daniel. Él me deja puntas para que yo las tome y me anime a preguntar, me di cuenta de que lo desea, de que lo necesita, pero no me atrevo todavía a entrometerme en su intimidad. ¡Soy tan infantil! Bueno, si vamos al caso, él tampoco se atreve a contarme eso que lo mantiene tan lejano a veces.

Hoy me dijo que recibió una carta de su madre, estaba contento porque sus palabras la mostraban animada. Había conseguido un buen trabajo en casa de un abogado. Y luego agregó:

—Quizás él ayude. —Ese fue el momento en que me animé.

—¿Ayudar en qué? —Daniel bajó la cabeza y casi en un susurro me contestó.

—Con lo de mi viejo...

Me apretó la mano, la que hasta ese momento tenía apenas junto a la suya, acariciándola mientras paseábamos; luego me agarró la otra y me miró de frente.

—¡A mi papá lo raptaron los milicos!

Él siguió diciendo cosas, hablando rápido y angustiado; con esos ojos, que tanto quiero, húmedos, desorbitados, y yo... sólo me acordé de Estela y de las cañas.

No sé cuántos minutos pasaron, quería entender lo que me decía, prestar atención a cada detalle, a cada lágrima que caía por su hermoso rostro aplacando la bronca. Lloré con él y por él, no me daba pena su padre, Daniel me dolía. Lo abracé, mi torpe intento de consuelo, quedó en eso, en un intento. Hasta ahora había sido yo la consolada o la que lloraba a solas; ahora debía crecer, él me necesitaba, fui torpe y me sentí inútil. Mis palabras entrecortadas hablaron de Estela, de que había vuelto a casa y de que su papá también lo haría. Entonces su impotencia se volvió hacia mí y dijo:

—¡No entendés lo grave de todo esto! Estela no es nadie, tuvo suerte de que la soltaran o... quizás hubiese sido mejor que no volviera. ¿La viste cómo está? ¿Hablaste con ella? No tenés idea por lo que pasó, igual que esos chicos que reclamaban el boleto secundario hace más de un año, ¿te enteraste de eso?, no sé si alguno apareció. ¡Vivís en una nube!

Sus palabras me atacaban, querían matar mi indiferencia, mi ignorancia. ¡¿Para qué hablé?! Me va mejor si callo, pero lo quiero mucho y quise ser valiente; era Daniel, no un extraño. ¡Cómo dolían sus reproches! Confirmaban mi estupidez.

Aún apretaba mis manos, ambos seguíamos llorando, estábamos en la calle, no nos importó; de pronto me acercó hacia él, me besó como nunca y me pidió perdón. Abrazados y en silencio seguimos el resto del camino.

Mi abuela no se sorprendió cuando le mencioné lo del padre de Daniel. «¿Ah sí? Está jodida la cosa», me dijo.

Creo que ella ya lo sabía, o lo adivinó. Se lo conté porque quería convencerme de que su papá volvería, como lo hizo Estela. Deseaba apoyo para transmitirle un poco de esperanza a Daniel, pero ella tiró mi intención por el piso, hasta me pareció cruel su respuesta. No comprendo por qué lo hizo. ¿No quiso ilusionarme y que lo ilusionara a Daniel? ¿Qué sabe ella? ¿Qué presente?

«No siempre los padres vuelven...».

Comenzó a decirme algo y su cara me hizo recordar a la de mi bisabuela Andrea, su rostro joven y serio...

... Juana amaba a su padre, pero tenía destinado otro a quién amaría más.

Andrea despidió a su esposo con parquedad, serio el rostro, como todos los días, como si sólo fuera a trabajar y a volver por la tarde; al verlo alejarse algo presintió, su vientre se conmocionó al igual que su corazón. Se acarició la panza y le dijo: «Calma, sólo va a consultar a otro médico, no es nada lo que tiene. ¡Ese doctor Cabrini! No tuvo mejor idea que mandarlo a Buenos Aires».

La Capital lo recibió asombrándolo, se obligó a permanecer erguido disimulando su temor, para Augusto el ingreso del tren a Retiro fue como penetrar a las fauces de un monstruo. Lo que no sabía es que éste lo reclamara.

Gracias a la hospitalidad de los Miller, pronto se sintió cómodo y aprendió a manejarse con naturalidad en ese enorme hormiguero. Sus anfitriones eran los dueños de la estancia Los Molles, quienes ya ancianos, habían decidido ir a vivir a Buenos Aires y dejar el establecimiento en manos de sus hijos. Le tenían un cariño sincero a Augusto por lo que no dudaron en recibirlo cuando los necesitó.

Lo maravilloso de la ciudad comenzó a opacarse con la cotidianidad. Extrañaba a su familia y la calma de la estancia, en poco tiempo vendría Elvira a este mundo y quería estar allí. Durante

esos días las consultas médicas y estudios que le practicaron lo fueron tranquilizando; unos días después le dieron un diagnóstico positivo. Augusto volvería a su hogar.

La mañana lo despertó con un sol radiante; se apresuró a preparar unos mates; constató que nada le faltara en la pequeña maleta; tanteó el boleto de tren en el bolsillo interno del saco y se despidió con profundo agradecimiento de esos viejos entrañables. Ellos lo retuvieron unos minutos; con sus más de ochenta años y él viviendo tan lejos intuyeron que ya no lo verían.

Salió al fresco de esa mañana, esperó un colectivo que demoró en llegar, la ciudad también lo retenía. El trayecto hasta la estación fue lento y complicado, Augusto observó los edificios, las palomas, los vehículos; pensó en sus hijos y miró el reloj. Era tarde, quizás no llegaría a tiempo, comenzó a inquietarse, bajó corriendo los tres escalones del ómnibus, cruzó la calle con su valija al hombro, tomó su sombrero para evitar que se le volara y corrió más.

Otra vez llegó a la boca de la ciudad. El temor de perder el tren lo angustió y su corazón se agitó. Miró la cartelera, mas no pudo ver el andén del cual salía; se dirigió a las vías, deambuló desorientado un momento, hasta que escuchó lejano el último anuncio de la formación que lo llevaría a casa; luego el silbido y los motores en marcha que le permitieron ubicar, frente a él y como a cien metros, la máquina en movimiento. No podía acelerar más sus pasos, ya casi llegaba, la locomotora pasó rauda a su lado, soltó el sombrero —que voló lejos— para poder asirse al pasamano del primer vagón. No lo logró, la mano se le perdió en el aire, y su vida en las vías...

Capítulo X

Aquello que no se dice

Por varias noches tuve miedo de dormir, pensé que soñaría cosas terribles. Después de que Daniel me contó lo de su papá, después de sus reproches, reconocí mi desinterés por lo que pasa, me di cuenta de que es verdad lo que dicen, y que sucede muy cerca de mí. Con todo eso sería lógico que soñara, cualquiera tendría pesadillas; y yo más, por culpa de mi abuela y la historia que se le ocurrió contarme sobre la muerte de su padre.

Necesitaba su apoyo, me podría haber mentido, explicarme que todo estaría bien, pero no lo hizo. Por un lado mejor, eso también es parte de crecer, reconocer que las desgracias suceden, por accidente o no, soportarlas, levantarse y seguir. Además tengo que pelear con esto de mis sueños, con estas visiones, ¿será verdad que veo más allá que los demás? ¡Todo es tan complicado!

Ya pasaron unos cuantos días, con Daniel estamos muy bien; ahora conversamos de todo lo que nos molesta o nos emociona, de aquello que nos hace felices, aunque sé que si vuelvo a ver cosas extrañas, él va a decirme como siempre: «Es tu imaginación, casualidades nada más». No creo que pueda hablar mucho de eso con él, quizás deba guardarme algunas cosas. Pero hay algo que Daniel sí quiere preguntarme, con palabras y con sus manos atrevidas, yo me hago la tonta y cambié de tema separándome de sus brazos. Daniel no insiste, tampoco es tonto, sabe que aún no estoy lista.

Mi abuela pasó el día con nosotros y se fue después de cenar. Nadie discutió, es más, la conversación fue tranquilo, hasta divertida, y

escuchamos un par de sus historias como de costumbre. Nos volvió a contar de aquella tarde en que llevó a pasear a mi mamá y mi tía al río. Las dos eran muy chiquitas y la abuela quiso mostrarles unos huevos de zorzal, tan hermosos de color celeste y pequeñas manchas marrones. Ella se trepó a un árbol y al meter la mano en el nido para ver si había algo, rozó con la punta de los dedos una suave y resbalosa piel de culebra, la que aprovechando la ausencia de la madre se estaba comiendo los huevos. Todos reímos al ver la cara de mi abuela repitiendo el gesto, que con seguridad, puso ese día al bajar a toda velocidad y a grito pelado de aquel árbol.

La verdad es que todo estuvo excelente, si no cuento lo pesado que se puso papá hablando de Daniel, lo criticó como siempre, se burló de él, me llenó de recomendaciones, ¡me tiene cansada! Pero ya vi, porque se le nota, que le cae muy bien. Se está encariñando. Mamá no dijo nada del asunto, y Patricia se rió de mí para variar.

... Los cordones se le desataban a medida que corría por el andén... ¡No entendés lo grave de todo esto! ...cañas, más cañas... ¡Lo de mi viejo!... La mano en el aire... Estela le sonríe y detrás de ella un hombre con los ojos cerrados... ¿La increpa? Ella no lo puede escuchar, no quiere escucharlo... Esconderse y que no la miren, que no le hablen; no desea saber. Un paso y un zanjón que no le permite huir..., fondo de ciénaga que la absorbe. Ve su pie y una mano de mujer le aprisiona el tobillo. Desesperada intenta separar esos dedos que la sujetan, pero las uñas largas y astilladas se clavan en su piel... Cientos de manos enlodadas le tapan la boca. Sus ojos infinitos buscan ayuda, miran al hombre que no la ve. Entonces una venda negra..., capucha maloliente, no puede respirar, el olor fétido la ahoga. Silencio..., y la opresión de esas manos. Piensa en la muerte. ¿Por qué me hacen esto? ¿Quiénes son? ¿Quiénes son ustedes? Por respuesta la liberación lenta, los ojos..., la boca..., los pies... Reconoce la voz que le dice: «Son ellos, son ellos, Carmen y Juanjo». Mira al hombre rubio de los ojos cerrados, ve sus ropas rasgadas, el cuerpo delgadísimo y lacerado, el que con la voz de Daniel le advierte: «Ahora ya sabés»...

Desde aquella noche, los días fueron difíciles para mí, no lo comenté con nadie. Estoy muy atenta, busqué en los diarios, miré los noticieros, escuché todos los rumores; pero nada, nada que me confirme que fuera realidad. Daniel tiene razón, es mi imaginación, esto fue sólo un sueño, ni premoniciones, ni nada extraño.

Aún no puedo olvidarme de esa pesadilla. Probé contarle a mamá como quién no quiere la cosa, pero ella me esquivó. Mi viejo escuchó al pasar lo que intentaba decirle y puso otra vez el grito en el cielo; hasta me amenazó con no dejarme ver a Daniel si seguía con estas locuras. Como es obvio me callé la boca. Pronto no pude más y fui a ver a mi abuela.

Cuando entré a su casa, como siempre sin llamar, la encontré enroscando lentamente y con cuidado la cinta de gros amarillo maíz. Acababa de curar a la nena de una vecina, la señora se despedía muy sonriente mientras comentaba: «Gracias, doña Juanita, Ana mejoró un montón de ayer a hoy. Y ya que no me quiere cobrar, mañana cuando venga para terminar la curación, le alcanzo unos pasteles fresquitos que sé le gustan mucho. Hasta mañana». La mujer salió sin dejar de sonreír, me saludó con la cabeza y la chiquita agarrada a su pollera me miró con cara de susto. Mi abuela me hizo señas para que me sentara y esperó tranquila a que yo le contara. Después me dijo:

—No siempre es tan fácil, no lo vas a ver así nomás, ni siquiera es al mismo tiempo; puede ser que lo descubras mucho después. Estate atenta, aceptalo, no podés escapar.

Salí corriendo de su casa, no hay dudas, ella cree que todo es real. Tengo mucho miedo, por su culpa me pasa esto, el sueño que tanto temí lo tuve cuando ella vino a pasar el día con nosotros; antes yo estaba bien. Al final papá tiene razón, si no la corto me voy a volver loca en serio. Intentaré alejarme un poco de ella, al menos no iré con mis locuras, no le daré oportunidad de que me llene la cabeza para convencerme de nada.

Me la aguanté delante de Daniel, él no está para soportar mis chifladuras, pero gracias a Dios reapareció mi amiga. Marcela por primera vez me escuchó con atención, antes se burlaba, cambiaba de tema como mi mamá. Siempre eran ella y su novio, sólo algunas veces la escuela, ahí se acababa todo su mundo; yo era nada más que un comodín desde que apareció Gerardo. Ahora está cambiada, me dijo: «Maduré, hace tiempo que me decís cosas raras, pero ahora me interesa, no sé si serán ciertas tus historias, pero contá conmigo cuando me necesités». Fue extraño ver así a Marcela, más juiciosa, aunque no perdió su alegría, la que me rescata de esta tristeza tan mía y de Daniel. Ella me repite: «Son tal para cual, manga de aburridos», siempre me hace reír.

No ver a mi abuela tan seguido creo que me ayudó, aunque no me voy a engañar, en parte la extraño. Pero no puedo ni debo creer en las cosas que me dice, me tengo que convencer de que hay una explicación natural para todo.

Pasaron los meses y también pasaron mis quince sin pena ni gloria. Con Daniel fuimos a varias fiestas de mis compañeras, y siempre bailamos el vals en un rincón, mientras todos veían girar a la cumpleañera con su papá. Daniel me decía: «Imaginá que es el tuyo» y sonreía conmigo. En el cumple de Marcela fue igual, mientras ella bailaba con Gerardo todos los aplaudían y silbaban, su papá los miraba serio y la mamá como una tonta lloraba, nosotros dos danzábamos al ritmo de otro vals, y él me repitió: «Imaginá que es el tuyo o mejor que es nuestra fiesta, la de los dos». ¡Casi me muero!, esta vez no me hice la tonta, sabía lo que me quiso decir, por primera vez insinuó un futuro juntos. Y por si me quedaban dudas agregó: «¿Por qué no, algún día...?» Los ojos le brillaban, era alegría, estaba realmente feliz, o tal vez... ¿Habríamos tomado demasiado alcohol?... en realidad no era importante. Siempre recordaré ese vals.

Otro invierno, el último de Daniel en esta escuela, pronto entrará en la facu y en dos años termino yo la secundaria. Sandra, su mamá, vendrá; estoy nerviosa por conocerla, él me dice que es macanuda. De su papá, nada.

El día llegó, me sentí como en un examen oral, igual se habrá sentido Daniel cuando conoció a mi viejo; no..., seguro él la pasó peor. Sandra, era muy simpática de verdad; a la tía ya la conocía, había estado muchas veces en su casa después de la escuela. En unos minutos me sentí cómoda y ayudé a la dueña de casa con el café, nos sentamos a charlar, era muy tierna la imagen de Daniel junto a su mamá.

La taza me tembló en la mano aunque nadie más lo notó. ¿Por qué me tuve que preguntar cómo podía soportar esa mujer la ausencia de su marido? ¿Cómo puede una persona reponerse para luchar? Esas preguntas me hicieron recordar a mi último sueño extraño que creí olvidado por completo, y como una visión comenzó a proyectarse de nuevo ante mis ojos, aunque en realidad no era el mismo...

... Aún tenía unos dedos aferrados a su tobillo, y las uñas clavadas en su piel, incluso el olor fétido la ahogaba, pero fueron otras manos, sangrantes, las que con delicadeza le quitaron la capucha, acomodaron su cabello, le retiraron el barro de la boca y desprendieron las falanges de su pie. Aterrada, le era imposible moverse, con lentitud abrió los ojos, no muy segura de querer ver. Frente a ella el hombre aquel, con sus párpados cerrados todavía, demacrado, cubierto con ropajes desgarrados y herido de muerte. Él la tomó por ambas manos, recién entonces mostró sus apagados ojos azules, y con un tono filial le dijo: «Contale que ya no volveré»...

Capítulo XI

El principio y... ¿el final?

La fábrica de aceros era un lugar bullicioso. La producción enorgullecía a los propietarios y a los obreros, quienes como muchos argentinos se sienten parte del lugar donde trabajan, y a sus compañeros los consideran una familia. Los tiempos de bonanza rebalsan las bóvedas de los ricos y llena los platos de los pobres. Cada uno en su nivel se siente satisfecho y progresando. La lógica lleva a pensar, que las próximas generaciones en cualquier punto en la pirámide social, escalarán un peldaño, manteniendo el equilibrio indispensable para la armonía del pueblo.

Luego aparece la falla. Surgen las ambiciones desmedidas, la ignorancia embrutecedora, y cuando esa grieta resta un insignificante porcentaje a los intereses de las cúpulas, el balance se desequilibra y comienzan a temblar los cimientos. Reducen, acotan, desplazan; ni un milésimo de centavo de sus rebosantes ganancias debe desaparecer. Es fácil, dejando a cien o a mil cesantes, recortando sueldos, quitando beneficios. Ellos no tienen que perder el nivel alcanzado, no deben aminorar el crecimiento. Los otros ¿Quiénes son? Cien o mil en una nómina, nada más que una lista por abreviar, y así mantener el status a costa del equilibrio. A cien o mil familias les cercenan la soga que los guía al desarrollo, aquella que los puede elevar a un lugar mejor; cien o mil hogares donde no se podrá conseguir abrigo o completar la cena. La armonía se rompe, la presión aumenta, la bronca enceguece y los puños se alzan; los límites se violan, las bombas estallan y los fusiles... matan.

Cuando la injusticia mimetiza a los buenos y a los malos, la gran mezcladora es encendida por aquellos que saben ganarán con el caos. Una voz que protesta por pan o por un boleto estudiantil, una

mecha que alguien aprovecha a encender oculto tras el legítimo clamor del hombre. El caldo caótico engorda, en un cultivo inducido para muestreo y prueba; los métodos de exterminio se catan, el desaliento es un arma y el terror la peor de ellas.

En el camino, de uno y otro lado, se pierden vidas; muchas honestas, las de aquellos que creen estar en lo correcto, y de eso se valen los perversos que ganan a costa de la muerte. Los reclamos justos se ven contaminados, los ignorantes son usados, los inferiores pisoteados, mientras los extremos puján por llegar a la cima y perpetuarse.

Este paisaje constituido de múltiples materiales, es pintado por tantas manos disímiles, manos callosas o delicadas, diestras y siniestras. En esta gran miscelánea, en medio del tumulto de las masas y de sus protestas, luego en el silencio de la guarida o en la calma del hogar, desaparecen los desaparecidos; unos pocos que fueron miles. En la bolsa sin jueces ni leyes, se mezclan conocedores, ignorantes, santos y pecadores, Estela y el padre de Daniel.

Torturada por la visión, Mónica se resiste a cumplir con aquello que él le pidiera; cómo develar el temido final, cómo explicar que ya lo conocía; si tomara la decisión de hacerlo sería considerada una perturbada, mensajera cruel de una historia que no podría justificar. Y lo peor, ser ella la que dañe con su voz a quién más ama.

Por primera vez en mucho tiempo rezó, pidió auxilio, una salida para su encrucijada. Y fue escuchado su torpe ruego, tímido, pero sincero. No tuvo necesidad de hablar. Aunque tampoco consideró la paradoja, ya que el suceso que fuera su salvación, fue el que confirmó lo que ella tanto temía y no deseaba reconocer. Comprobó que sus sueños, sus visiones, eran reales y no meras coincidencias.

Sandra no quiso adelantarle por qué lo requería con tanta urgencia. «Estoy muy preocupado» le dijo a Mónica. La última vez que había escuchado a su madre así, fue aquella tarde nefasta, la que siguió a una mañana perturbadora de reclamos y bastones. Mónica sintió sus labios temblorosos al momento de despedirse, ella le sonrió, acarició su flequillo y lo volvió a besar. No le dijo nada, no fue necesario. En la noche Daniel partiría para encontrarse con la verdad que ella temía revelar.

La mujer abrazó a su hijo, con quien apenas unas semanas antes, había pasado unos días agradables, disfrutando al menos de una parte de su familia. Daniel supo entonces de aquel hombre que llegó dos días antes, y dijo tener noticias de su padre. El extraño no quiso informar de qué se trataba si no era en presencia de ambos. Esperaría en una pensión a que lo llamaran.

Cuando el timbre sonó, Daniel miró por la ventana antes de abrir la puerta. El hombre allí parado fijaba su vista en el piso, inclinando la cabeza, lo que aumentaba la curvatura de la espalda hasta darle el aspecto de una joroba. Tenía un cigarrillo en la mano, al que le dio una última pitada antes de tirarlo y apagarlo con su raída zapatilla de lona. Sus manos sudaban, las restregó por el pantalón de jean queriendo secarlas. La madre de Daniel se acercó caminando agitada, y reprochó a su hijo que aún no le hubiera abierto la puerta. Si bien el extraño se irguió un poco al entrar, le dio la mano a los dos sin mirarlos a los ojos. El joven pudo estudiarlo durante un momento mientras él se decidía a hablar; parecía tener unos sesenta años, las arrugas tapizaban su tez y entre ellas se camuflaban un par de cicatrices no muy antiguas. Su camisa zurcida y pulcra, que emanaba olor a jabón, le quedaba holgada al igual que el pantalón, revelando cuánto había adelgazado. Sandra inquieta, sentada a su lado, lo animó a hablar:

«Gómez, comience por favor. Sea lo que sea, dígalos de una vez».

El hombre de voz endeble comenzó diciendo que había conocido a su esposo en una celda, el día de la detención de ambos, y a partir de entonces habían sido trasladados en varias ocasiones compartiendo miles de horas en el encierro, por ello lo conoció muy

bien. Le había hablado de su familia, del núcleo que los tres formaban, y por eso creyó que sería mejor dar la información en presencia de los dos. Vaciló, y Sandra comenzó a llorar. Madre e hijo escucharon las palabras que describieron el horror, la soledad, el consuelo mutuo; habló de la fortaleza y por último de la muerte.

Cuando ambos parecían haber asumido esta última palabra, luego de que Daniel abrazara a su madre conteniendo sus propios sollozos ante los de ella, Gómez continuó. Relató cómo después de dos días sin verlo, y mientras estaba limpiando uno de los baños, escuchó movimientos que provenían desde un reducido patio interno que se comunicaba con una de las cocheras. Se asomó por un pequeño tragaluz y pudo ver entonces, de frente, los portones abiertos y la parte trasera de una furgoneta. Varios uniformados cruzaron con tres camillas, en una de ellas trasladaban el cuerpo de una mujer, y en las otras llevaban los de dos hombres; todos fueron colocados en la parte trasera del vehículo. Tenían los rostros y el torso apenas cubiertos, reconoció a su amigo, su altura, su cabello, sus pies descalzos. No había visto otros varones como él en ese antro. Unos días después indagando entre aquellos compañeros a los que tenía acceso, supo que además hacía varios días que no estaban ni Carmen ni Juanjo. Un joven carcelero atinó a decirles: «Varios internos fueron trasladados a un hospital. Estaban enfermos». Pero a nadie engañó.

Capítulo XII

Vislumbrando el camino

José es el esposo de Erika, la tía con la que vive Daniel desde que llegó de Rosario. Este hombre de aspecto desprolijo por su barba, y el pelo un poco largo para su edad, siempre fue muy amable conmigo. Él llegó a casa tres noches después de que Daniel se fuera, sólo entró hasta nuestro pequeño porche y habló dos palabras con papá. Cuando mi viejo me llamó y dijo: «José tiene algo que decirte», yo sabía de qué se trataba. Puse mi mejor gesto de sorpresa e incredulidad para recibir la noticia; la tristeza del rostro no la fingí. Creí estar preparada, pero la confirmación me descolocó, y no sólo por la muerte. En el fondo tenía la esperanza de que se tratara de otra cosa. No sé, que Sandra le pidiera a Daniel que volviera, o algo así; pero no. Mis pesadillas se confirmaron.

Una semana sin Daniel. Lo extrañé mucho; no pudimos ni siquiera hablar por teléfono. ¡Deseaba tanto verlo! Pero a la vez temía ese primer momento, qué decirle para no caer en lo mismo de siempre, en las frases hechas, que aunque sinceras sonarían huecas. Tenía que estar lista para él, ser de verdad su novia, esa persona que pretende completarlo. Y más que nunca darle mi ayuda, pero estaba muy preocupada. Conozco bien mis limitaciones.

Erika ya había viajado a Rosario en cuanto se enteró de la noticia y se quedaría un tiempo para acompañar a su hermana. Daniel tuvo que volver para no perder el año en la escuela, y como José no pudo ir a recibirlo, papá me acompañó a la terminal. El rencuentro fue como

lo supuse, demasiado triste, sólo atiné a abrazarlo y besarlo. Gracias a Dios papá puso las palabras que Daniel agradeció.

Si fue duro el secuestro y angustiosa la falta de información, esta forma de conocer la muerte fue terrible; no sólo ante lo irremediable, sino por la impotencia, la incertidumbre del verdadero final; Sandra no deseaba creerle a ese extraño. Daniel en cambio, pasó por la incredulidad, el llanto contenido, la bronca, el deseo de venganza y por último juró obtener justicia. Primero tenía que encontrarlo, ver sus huesos y destruir el último dejo de esperanza. Él me explicó cada sentimiento hasta que pude hacerlos míos; una y mil veces me contó la forma en que ese hombre vio a su padre muerto; los detalles del encierro, y si bien Gómez nunca se las describió, supieron de las torturas que desde entonces su madre y él también sufrieron.

Daniel comenzó a planificar un futuro, creyendo que lo llevaría a encontrar justicia. Su primer paso sería fortalecerse físicamente para soportar lo que viniera; estudiar mucho y formarse no sólo con conocimientos profesionales, sino en los vericuetos necesarios para la supervivencia en este país dividido. Después cambiaba y organizaba otra manera de hacerlo, una y otra vez modificaba sus planes, pero siempre me incluía en ellos, elegía para mí un papel puntual y no sólo como su pareja.

Aquel domingo fuimos todos a almorzar a la casa de la abuela, incluido Daniel. Ella preparó unos tallarines caseros y mientras amasaba, mamá condimentaba el tuco. La maravillosa mañana de primavera fue una de las primeras de calma para él, estaba distendido, bromeaba con papá y hasta correteó con mi hermana y el perro. Yo estuve alerta, descubrí las miradas disimuladas de mi abuela hacia Daniel, temía que le dijera algo inoportuno; en especial después de que ella me hiciera, unos días antes, aquel comentario sobre la tremenda noticia que recibimos: «Te lo dije, todo lo que soñás es real, tarde o temprano vas a encontrarle sentido a lo que ves. No reniegues de tu don».

Estábamos todos sentados a la mesa, mi abuela comenzó a revolver la salsa antes de servirla, mezclaba sin parar mirándola fijo, hasta que mi mamá le preguntó: «Mami, ¿qué pasa?», y ella... habló:

«¿Sabías, Daniel, que a mi padre también lo asesinaron?»

¡No podía ser! ¡¿Qué estaba diciendo?! No atiné más que a gritar un ¡No! y apretar la mano de Daniel; mientras él, pálido, negaba con un gesto; papá comenzó a maldecir y mi hermana casi se pone a llorar. Mamá se levantó, fue a la cocina, le quitó la cuchara de la mano y con suavidad le dijo: «No, mami, el abuelo Augusto murió en un accidente. Andá a la mesa, yo sirvo».

Al darse vuelta y caminar hacia nosotros vimos su mirada perdida, después sacudió la cabeza, sonrió y volvió a la realidad.

—¿Qué estaba diciendo? —Preguntó.

—Nada, nada, Juana, vení a comer —le contestó papá.

Mientras mi abuela le sonsacaba a Patricia por qué estaba triste, mamá al servirle el plato a Daniel le dijo en un susurro y como disculpándose:

—Es la segunda vez que le pasa, voy a llevarla al médico.

No pregunté mucho por la salud de mi abuela en esos días. Comenzaron una serie de estudios que no concluyeron en nada. Unas pastillas y se vería.

La fiesta de egresados fue estupenda. Todos los quintos años de punta en blanco; los chicos uno más lindo que otro, bueno... las chicas también. Vino Sandra y compartimos una mesa junto a los tíos de Daniel. Aunque Gerardo y Marcela tienen mi edad, ellos estuvieron en la fiesta porque egresaba el hermano mayor de él; así que después de la cena y luego de que Sandra y Érica se fueran, nosotros nos quedamos hasta el final. Convencimos a Daniel, de que era su fiesta, que no remediaba nada con irse, que su madre estaba acompañada y sería mejor para ella si él estaba bien. A partir de esa noche los

cuatro fuimos muy unidos. Gerardo era un tipo más sensible de lo que parecía, era él quien contenía a Marcela de sus inocentes desbordes, y no sólo fue desde entonces un gran amigo para Daniel, sino que, y aunque ni yo lo hubiera creído en ese momento, también fue un gran amigo mío.

Llegamos a casa acompañados por el sonido lejano de unas sirenas, y cuando el sol nos iluminaba adelantándonos que sería un día muy caluroso, nos dimos un beso tímido de despedida. Daniel se alejaba sosteniéndome aún la mano, le sonreí y él de un salto volvió a mi lado para abrazarme; cuando íbamos a darnos un beso de verdad apasionado, escuchamos una tos persistente y fingida, tras la cual vimos aparecer a mi papá con el mate en la mano, entonces con una sonrisa pícaro despidió a Daniel diciendo: «Creo que es hora de que el señor se retire». Esa mañana dormí hasta pasado el mediodía, aunque seguí bailando en mis sueños. Los sueños de una adolescente normal, flashes de risas, besos, canciones, rostros conocidos, más besos y caricias, caricias tiernas y atrevidas. Desperté sobresaltada con el corazón a mil, el rostro acalorado y los pies doloridos.

Maldita la hora en que prendí la radio, maldita la hora en que me quedé escuchando esa canción, que se me pegó como cualquier otra melodía, y la tararé todo el día. ¡Cómo pude ser tan tonta!

—¡Ma...! Voy a casa de Marcela a devolverle este libro y después me voy a lo de Daniel; seguro me quedo a comer.

—Vení a saludarme como corresponde.

—Bueno, maaaaá, chau, dale un beso a papi y decile que no vuelvo tarde, que se quede tranquilo; Daniel me acompaña a la vuelta como siempre.

Corrí las cinco cuadras que me separan de la casa de Marcela, toqué el timbre, sin esperar a que abrieran entré y me acerqué a Elena para darle un beso. Pregunté por su hija y ella me señaló su habitación.

—¿Te gustó el libro?

—Maso —le dije frunciendo la boca y apoyando el libro sobre la cama.

—Pero es muy buena la autora—me contestó Marcela.

—Sí, a todo el mundo le gusta, a mí algunas de las poesías sí, otras son bobadas.

—¡Vos no sabés nada! Te quedaste con las rimas de Becker. ¡Antigua! Julia Prilutzky Farny es lo mejor.

—Bueno, si vos lo decís, pero yo te digo otra cosa, si no fuera por la novela de Migré nadie la conocería ni leería sus poesías. Chau, me voy, mandale saludos a Gerardo ¿Lo ves hoy?

—Sí, sí. Estábamos pensando en ir el sábado al camping del club a pasar el día ¿quieren venir? Decile a Daniel así vamos todos.

—Puede ser, ahora voy para su casa. Después te aviso. Chau, chau.

Y salí contenta, caminé despacio para no llegar acalorada, y sin darme cuenta volví a canturrear esa canción. Faltando una cuadra para llegar a la casa de Daniel, me encontré con sus tíos que esperaban el micro. Los saludé con un beso, estaban muy animados porque darían un paseo por el centro. Erika me dijo:

—Andá tranquila para casa, Daniel te espera. Te consiguió una guía de carreras universitarias para que vayas viendo. ¿Tenés algo en mente ya?

—No sé, me interesan las ciencias.

—¡Bien! —agregó José— ¡Chicas, ahí viene el micro!

—¿Te quedás a cenar? Traemos algo cuando volvemos —me dijo ella mientras subía.

—¡Sí, claro! —le grité y el colectivo arrancó.

¿Por qué volvió a mi cabeza? ¿Por qué tuve que empezar a tararearla otra vez? Llegué distraída a la casa y entré por el pasillo que daba a la puerta trasera, él me había visto llegar. ¡Él me había escuchado!

—¡Dani! —dije mientras entraba a la cocina. Sé que mi sonrisa me adornó el rostro cuando lo vi. Pero él no sonreía.

—¿Qué venías cantando? —Así me recibió, cortante.

—No, no sé ¿Por qué? —contesté titubeando.

—No me digas que no te diste cuenta, tarareabas esa canción, esa marcha con la que envolvieron a todo el mundo, menos a nosotros que sufrimos los atropellos. ¿Cuántas veces lo hablamos? De cómo un país en guerra interna se permite una fiesta, de que todo fue para despistar, para cubrir el dolor. ¡Qué todo está bien! ¡Mentira! Como ese mentiroso seis a cero que todavía grita Muñoz en la radio. Quisieron vender al mundo la imagen de un país en orden y algunos la compraron, afuera y adentro también. «Veinticinco millones de argentinos... jugaremos el mundial...» ¡Hijos de puta!

Entonces me di cuenta, la había tenido en mi boca todo el día, como quien canta una canción en inglés sin tener la menor idea de lo que está diciendo; quizás hasta insultando a su propia madre y uno sigue muy feliz canturreando. Así me pasó a mí. ¡¿Cómo pude ser tan estúpida?!

—Perdoname, tenés razón. No sé qué me pasó. La escuché esta mañana y se me pegó.

—No podés decirme eso, parecés tonta. No te importa lo que siento. Ellos me quitaron a mi viejo y después armaron ese circo.

El enojo había enrojecido su cara, sus ojos, crispó sus manos. La herida estaba sólo cicatrizada en la superficie y mi inconsciente golpe la abrió. Me acerqué con mis brazos abiertos, él me rechazó. Pero no huí, no escondí la cabeza en la tierra, en otro momento hubiera repetido un tímido disculpame y hubiese corrido a casa. Esa vez no lo hice, volví a él decidida, lo agarré de las manos, le pedí perdón, lo obligué a mirarme.

Cuando la tensión de su cuerpo aflojó, lo abracé, apoyé la cabeza en su pecho y le repetí: por favor, discúlpame... por favor, discúlpame. Entonces pude escuchar los intensos latidos de su corazón, y el suspiro profundo que lo distendió por un minuto; me rodeó con los

brazos y apoyando el mentón en mi cabeza dijo: «¡Te amo! Cómo no voy a perdonarte, no era para tanto, soy un bruto, tengo tanta bronca contenida, que cuando estallo, vos ligás de rebote mis golpes que no dañan a nadie más que a nosotros. Tanto los odio a ellos como te amo a vos».

Me estrechó con tanta fuerza que a mi cuerpo le dolió, yo acariciaba su espalda y él me besaba con ternura el pelo; cuando apenas cedió la presión de sus brazos respiré profundo, sentí cómo se aceleraba su corazón otra vez y a la par el mío. Se separó con suavidad mirándome a los ojos con tanta devoción que borró todo conflicto de nuestro interior. Me besó la frente, los párpados, las mejillas, nunca sentí tanta ansiedad de que llegase a mis labios; entonces su beso fue más profundo e intenso, y mi boca lo imitó.

Daniel encontró allí la respuesta positiva a la reiterada pregunta de sus manos; las que ya no volvieron a pedir permiso. Temí no poder mantenerme en pie, un delicioso estremecimiento acompañó cada botón que él desabrochaba de mi blusa, ella ya no se interpondría entre sus caricias y mis pechos; con delicadeza la hizo caer por mis hombros y a la par deslizó los breteles del corpiño. El vértigo nos envolvió cuando sus labios rozaron mis senos; tuve conciencia de cada fracción de piel, de cada vello erizado, sólo por un momento miré su rostro y lo descubrí con los ojos cerrados deleitándose en mí. Las rodillas me flaquearon y él, tomándome por la cintura, condujo mi cuerpo con torpeza hacia atrás, la espalda recibió el frío de la pared y el resto de mí el calor de Daniel.

No sé en qué momento se quitó la remera, pero recuerdo el instante en que me permití concentrarme en la presión de su sexo contra mi vientre, cuando aún nuestros jeans nos separaban. El miedo intentó acaparar el momento, Daniel susurrando un: «Tranquila» me levantó como si yo fuese de aire, y ya en el living los almohadones nos recibieron. Acarició mi desnudez en su totalidad, la que habíamos completado entre los dos, él dulce, yo inexperta. La tenue luz del atardecer encubrió mis pudores, lo único que importó fue Daniel, y la emoción extrema que sobrepasó los límites del dolor convirtiéndolo en placer. Lloré... y él conmigo, no puedo describir todo lo que mi

corazón acumuló en esos minutos. Lentamente recobramos la calma, abrazados, y disfruté de ese instante irreplicable.

Tuve frío, nos sobresaltamos y dijimos al mismo tiempo: «¡Los tíos!» Entre risas y besos juntamos la ropa que nos pusimos con desprolijidad, nos refrescamos la cara y nos peinamos uno al otro.

Erika y Juan nos encontraron mirando la guía universitaria de la que no habíamos leído ni una letra. Los saludamos evitando mirarlos, y yo —sin disimular— realicé una última ojeada a nuestro alrededor rogando que no hubiésemos olvidado nada que nos delatara. Pero fue nuestra actitud, nuestras risitas y mi bochorno, lo que nos descubrió. Ellos se miraron y sonrieron:

«Bueno... —dijo Juan— deben tener mucho hambre. Trajimos pizza».

Segunda parte

Capítulo I

Gerardo

Dicen que las manos hablan mucho de la persona, pero las de Gerardo engañaban. No era voluntario, no significaba que mintiera a través de ellas, sino que simplemente no le pertenecían. Nada de su cuerpo le correspondía. Quizás los ojos de mirada suave y la diminuta boca sí; el resto era prestado, le fue entregado por algún antiguo monarca o tal vez por algún hercúleo gladiador; puede ser que un reo, enorme, que estranguló con sus manos a una indefensa víctima, le cediera el cuerpo luego de ser ejecutado. Pero con seguridad a Gerardo no le pertenecía.

Sin embargo, su hablar pausado transmitía calma, o podía exacerbar si uno no se acompañaba a su ritmo. Hablaba poco, prefería escuchar, pudo haber sido un buen confesor. Su aspecto terrenal contrastaba con las reflexiones que compartía en cualquier momento, las que maduraban de forma más acelerada que él. Se emocionaba con Baglietto, era su tema reiterado, su música obligada.

Más que respetuoso era apegado a la familia, siempre presente en sus conversaciones. Su novia le acarició el alma, así tomaba las cosas que quería, con tierna pasión. Todo lo amado le era imprescindible. Centrado, reflexivo, mesurado; era todo un conciliador de justa palabra.

El negocio familiar era el límite autoimpuesto, al futuro lo veía transcurrir en él. Con ambiciones acotadas, de metas sencillas, manos engrasadas, rugir de motores y luego volver a casa con Marcela. Su

padre ambicionaba para él un título que enmarcar, la madre verlo de traje trabajando, y su hermano era el patrón a copiar.

Gerardo no decía nada ante los planes que los demás dibujaban para él, no discutía, los escuchaba con paciencia. Ellos creían, cada vez, haberlo convencido; él entonces salía lento hacia el encuentro del amor, el que lo bañaba de alegría, bullicio, haciéndolo olvidar, por ese día, el conflicto que significaba tomar una decisión.

De bella imagen y pudoroso, muchas veces se ruborizó ante un comentario halagador. El desenfado de Marcela lo ponía incómodo pero a la vez lo cautivaba. Con ella no podía meditar, ni tener pláticas profundas, era todo lo mundano que él sólo parecía ser. Juntos eran la dupla perfecta, uno completaba el rompecabezas del otro. Su novia no le solucionaba los problemas como solía hacer él con los de ella, Marcela los desaparecía, parecía magia; pero cuando el truco concluía, todo volvía a la realidad y el conflicto reaparecía. Un día lo tuvo que enfrentar.

Su padre como nunca se enojó, el tiempo apremiaba, había que inscribirse, pedir prórroga, él no estaba decidido. La madre cedió, tenía ya un hijo en la universidad: «Que se tome el tiempo que necesite...un año más no es nada», sentenció, y de ello se arrepentiría por el resto de su vida.

Gerardo hizo igual el esfuerzo por complacer a su padre. Lo consultó con la almohada, con Daniel, con Mónica, Marcela no era opción; si por ella fuera los dos saldrían de viaje eterno, disfrutando la vida sin preocuparse por el futuro: «La vida es hoy» repetía ella. ¡Cuánta inconsciente razón tenía!

Capítulo II

Amigos

Sonó el timbre. Dejé mis apuntes sobre la cama y me sorprendió su enorme sonrisa cuando abrí la puerta. Había decidido venir a tomar unos mates conmigo.

—Pasá sentate, ya pongo el agua.

—¿En qué andás? —preguntó.

—Estudiando como loca para el ingreso, medicina es muy difícil.

—¡Te decidiste, eh! Yo no. Veré más adelante si algo me convence. Hay tiempo... ¡Che! ¿Y Daniel?

—Bien, espero, estudiando mucho, ayer no lo vi porque pronto tiene un final. Ojalá le vaya bien.

Fui hasta la cocina, puse el agua a calentar y alcancé a escuchar.

—¿Y tus viejos? ¿Y tu abuela?

—Ya voy —le grité—, mis viejos se fueron a llevar a Patricia al médico.

Mientras volvía él me preguntó.

—¿Qué le pasó?

—¡Nada! Seguro una gripe, tenía mucha fiebre esta mañana —contesté.

—¿Y Juanita? Hace rato que no la veo, no me empacho muy seguido últimamente —dijo sonriendo—. ¿Te conté que ella me curaba, no?

—Sí, cada vez conozco más gente que pasó por sus manos «sanadoras» ¡Imaginate cuando me reciba! La doctora Mónica González nieta de la curandera del barrio.

—Bueno, pero nos salvó varias veces, incluso a vos.

—Sí, claro que a mí también. Por eso quiero estudiar medicina.

—¿Pensaste en alguna especialidad?

—Sí, neurología o psiquiatría veré, necesito explicaciones.

—Sé a qué te referís. Volviste a tener uno de tus sueños ¿verdad?

—Sí.

Siempre me puedo explayar con tranquilidad cuando hablo con Gerardo, todavía más si charlamos de mis rarezas; no me juzga, no trata de convencerme de nada y nunca se enoja. Creo que es la única persona que me queda. Daniel... Daniel es otra historia, él tiene su propio embrollo; se parece mucho a mi viejo, los dos se alteran si les toco el tema. Mamá aún se escabulle, a Marcela le dura poco el interés en mis problemas y mi abuela..., a ella trato de no recurrir, porque sé que de alguna manera inexplicable su influencia empeora las cosas para mí.

Así que entre mate y mate se lo conté, como otras veces lo había hecho, y a la vez lo reviví...

... Había oscuridad y escuchó el ronco sonido que se acercaba en vuelo rasante, por instinto se puso en cuclillas y se cubrió la cabeza con los brazos, aun así pudo ver el cielo sin estrellas. Empequeñeció, su cuerpo se fragmentó en polvo arrastrado por la succión de ese avión, existió en el sucio viento... Frío, humedad, desasosiego, expectación, todas esas sensaciones se le introdujeron tan profundo... que fueron... ella. Pudo observar los techados, las torres, las calles, su gentío... luego vio los campos, los riachuelos, el monte y el río, río, río... y sus soledades. No perdió de vista la cola de la aeronave ni las alas, hasta que sus pedazos se buscaron...y fue la que es. El eco de los motores

se disipó lento, como despedida, entonces perdió su ingravidez. Frío, humedad, oscuro líquido, ahogo y terror...

Le comenté a Gerardo que unos días antes de soñarlo había estado con mi abuela, a solas, en mi casa. Y que de pronto, como le suele ocurrir de vez en cuando, tuvo una ausencia, hablaba con la mirada perdida y también nombró aviones y agua, repitiendo varias veces las mismas palabras. Después se despabiló y comenzó a hablar de Daniel, aunque como en otras tantas ocasiones le decía Carlitos.

—¿Ves cómo todo está conectado con ella? Para peor no dejo de soñarlo y sé que lo volveré a hacer, hasta que otra pesadilla ocupe su lugar, o hasta que sepa de qué se trata en verdad.

—Pero... en serio... ¿No sabés qué significa?

—Sí, claro que lo sé, pero lo de los cuerpos en... eso ya se terminó. A Daniel le llegaron los comentarios, hace como dos años que no lo hacen, quedaban en evidencia ¿Por qué entonces lo sueño ahora? ¿Por qué no lo soñé en aquel momento?

—Y... ¿Si no terminó?

—No quiero ni pensarlo, no... puede ser que tenga algo que ver con el padre de Daniel. Quizás él... —No pude completar la frase.

—¿Saben algo nuevo?

—No. Pero no están seguros de que Gómez dijera la verdad, y... ¿Si era una trampa para ver si Daniel tenía algo que ver?, no sé, por algo quería que estuviesen los dos presentes.

—Pero... vos viste al padre muerto.

—Sí, pero... y si yo soñé lo que ese tipo les iba a contar, no... no puede ser ¿verdad?

—Qué sé yo, no me imagino cómo trabaja tu cabecita.

—Ni yo, por eso quiero averiguar qué provoca estas cosas, aunque en realidad no creo que existan estudios serios al respecto. Lo más probable es que me convenza científicamente de que estoy loca.

—Bueno, entonces vas a tener que hacer tus propias investigaciones, demostrar al mundo que existen de verdad las premoniciones, y que sólo algunas personas muy sensibles las vivencian y las pueden descifrar después.

—Gracias, sos muy dulce.

—Sí, por supu... —dijo sonriendo y mirando con insistencia las flores del mantel.

La conversación rondó por un rato más el tema de mi abuela. Hablamos de su fuerza interior, sobre la convicción por lo que hace y dice, de su carácter arrollador. Esas cualidades hacen que me pregunten si no son las mismas que me persuaden, las que meten ideas con sigilo en mi mente. Intento por todos los medios negar lo que cada día es más evidente, o por lo menos echarle la culpa a alguien. Terminé diciéndole en tono cariñoso:

—En serio, es una bruja. Sí, no te rías, hasta se dio cuenta cuando Daniel y yo...—Detuve mis siguientes palabras, pero ya era tarde.

—¿Qué?

—Nada, una pavada. —Me ruboricé.

—¡Ah! ya sé, no te avergüences tonta, si es hermoso, ¡es lo mejor!

—Sí... pero... igual...

—Te digo, no hace falta tener poderes para darse cuenta, al menos yo me di cuenta, a vos te vendían tus miradas, los gestos, estabas diferente, más feliz. Y yo me dije: ¡Grande, Daniel!

—Bueno... basta, eh... voy a calentar el agua, que este mate es un desastre.

Me siguió a la cocina, con la intención de que el tema tampoco se enfríe.

—¿Y qué te dijo Juanita?

—¿Sobre qué?

—Dale... contame.

—Bueno... no sé... no me acuerdo bien, hace mucho ya.

—No te hagas rogar.

—Está bien...dos o tres días después...

—¿Después de qué? —me interrumpió riendo.

—No seas así o no te cuento nada... Sigo... Llegué a su casa como otras tantas veces. Afuera nomás me miró de arriba a abajo mientras me saludaba. «¿Qué hiciste?!», me dijo sin rodeos. Titubeé y el bochorno me subió desde los pies hasta la garganta provocándome tos, después quedé colorada como un tomate...

—¿Colorada... como ahora? —Y volvió a reír.

—No te rías de mí, que no sigo ¡eh!... «Pasá, entrá» insistió mi abuela porque yo estaba petrificada en la puerta. Y ahí nomás me dijo: «Sentate, te voy a contar cómo fue mi primer... ¡pero sentate!» yo estaba dura... ¿A que no sabés con qué me salió?

Y le conté la historia a Gerardo lo mejor que pude...

... Todo estaba preparado para la boda, desde el banquete hasta el delicado y brillante cubrecama blanco con rosas aplicadas que cobijaría el lecho nupcial. El lozano amor de ambos había logrado superar el escollo que para Andrea era infranqueable: Juana y Florentino eran primos hermanos.

Seis años antes había surgido en él la incipiente pasión por esa jovencita que conocía desde siempre, a la que veía como la niña que era con tan sólo quince años, y que de pronto se convirtió en una obsesión. ¡Inocente Andrea! No pudo adivinar, en los inicios, por qué su sobrino predilecto la visitaba con tanta asiduidad. Quizás el verlo mucho mayor que cualquiera de sus hijas, la seriedad y simulada casualidad de sus presencias en la casa, desorientaron la intuición de aquella recelosa madre.

Es imposible ocultar lo que desborda. No alcanzan las manos, ni menos el corazón para detener al amor correspondido; y en cuanto así

fue, la audiencia con su tía no se hizo esperar. Ella estaba alerta, algo en el aire, en los murmullos que la rodeaban, en los silencios bruscos, todo se sumó y le apresuró el corazón al verlo llegar ese día. Antonio, su segundo esposo, los dejó a solas, no intervenía directamente en los asuntos de sus entenados, él sólo los amaba y protegía, lo demás era cuestión de Andrea.

Mirando al suelo, con el sombrero entre las manos y haciéndolo girar frotando el ala con obstinación, le dijo: «Tía, vengo a pedirle permiso... quiero casarme con Juana y ella está de acuerdo». Las palabras de aquella decidida mujer emergieron de lo profundo de su ego, entendió el porqué del repentino amor filial de Tino y espetó: «Por supuesto que ¡no!... Es pecado, ustedes son primos, sangre de la misma sangre»; el joven atinó a decir: «Nos amamos, tía, seré muy bueno con ella». Andrea aminoró el vertiginoso surgir de sus palabras, se compadeció de ese sentimiento que para ella era incestuoso. Y con voz más aletargada intentó persuadirlo alegando hechos tales como que sus hijos nacerían enfermos, deformes, que Juana era muy chica para saber lo que quería, que algún día se darían cuenta del error y entonces sería tarde. Él no entendía de razonamientos, ella tampoco. Al salir, el rostro varonil indicó a la muchacha, quien lo esperaba cerca del aguaribay del patio, que su madre no había accedido a la relación.

En vano fueron los nuevos intentos de Florentino por convencer a Andrea. Un día con la impotencia azuzando a su valentía, le propuso a Juana una solución audaz: fugarse juntos. Y ante el hecho consumado Andrea no podría negarse a autorizar el enlace, pero la muchacha se negó. Ella saldría del hogar casada. A pesar de la obstinación de la señora, los jóvenes no se rindieron, Andrea tendría que ceder algún día. Al fin un rayo de esperanza, una idea que les había sido esquiva antes, y que llegó a ellos con cierta aprensión de los labios de Antonio los animó.

Los perros salieron, corrieron desesperados para ladrar al coche extraño que se detuvo ante los portones; los caballos debieron ser contenidos por el elegante caballero que se apeó del sulky. Allí estaba el esposo de Andrea quien se quitó el sombrero ante la ilustre visita que pidió hablar con su mujer.

La dueña de casa se deshizo apresurada del delantal enharinado, se acomodó el rodete y abrió ella misma la puerta invitando al juez a que tomara asiento. Con inusitado asombro escuchó la buena señora a su distinguido interlocutor, quien venía a interceder por la pareja, alegando la absoluta legalidad del enlace y sellando su consejo, asestó la pregunta: «¿Prefiere que huyan?».

A regañadientes accedió, aún temía el castigo divino, pero los años de inocente noviazgo fueron mitigando su recelo. Al fin se acercaba el día, Juana contaba ya con veintiún años y Tino llegaría pronto a los treinta, la espera fue larga, y él a un paso de cumplir el anhelado enlace, se acercó con un vaso en la mano al brocal del aljibe donde su futura esposa extraía agua; ella se la sirvió y él le robó el primer beso. Un segundo después la muchacha corría ruborizada por temor a que los descubrieran...

—¿Te parece a vos? Es muy dulce la historia, pero me asusté en serio, lo relacionó con lo mío y Daniel, yo pensé cualquier cosa.

—Bueno... pero entendé que para ella era su primer amor, el de los quince, fue tan importante como lo tuyo.

—Pudo haber sido importantísimo, pero no fue el primero. Ella tuvo un romance fugaz a los catorce con un tal Carlitos Ru...

De nuevo el timbre, y luego los golpes a la puerta con ritmo conocido rompieron la magia de la confidencia. Daniel me tomó por la cintura, pero vaciló al besarme cuando notó la presencia de Gerardo. Sentí su cambio instantáneo de ánimo, en los últimos tiempos se había comportado de modo extraño ante él. Retomó lo que iba a hacer, pero su beso tuvo sabor a posesión, como si quisiera demostrarle que yo le pertenecía. Saludó con un simple:

—Hola. —y agregó— ¿Qué hacés acá? Marcela estaba en la puerta de su casa cuando pasé y me dijo que te esperaba desde hace más de una hora.

Gerardo acusó el golpe, sólo dijo:

—¡Huy... pobre flaca, cómo pasó el tiempo!

Daniel le respondió con tono brusco.

—Bueno, tratá de pasar más tiempo con tu novia que con la mía.

Nuestro amigo me miró sonriendo con timidez, y con un beso más retraído aún se despidió de los dos. Mi familia entraba en ese momento, podía advertirse la atmósfera enrarecida, mi padre despidió a Gerardo con frialdad a la vez que abrazaba con masculino ímpetu a Daniel. Luego al pasar a mi lado mirándome con ojos inquisidores dijo de modo que sólo yo escuchara: «¡Cuidá lo que tenés!».

Capítulo III

A los catorce... ¡No!

Durante unos días me porté bien según el concepto que tiene papá de ello. De todas formas tenía que concentrarme en las materias del ingreso, las fechas se acercaban.

Marcela organizó una salida para el sábado siguiente luego de mis exámenes. Los cuatro fuimos a Hotty's para deleitarnos con los succulentos «Charlys» de jamón y queso, luego al bowling. Estuvimos distendidos, alegres, brindamos varias veces por mi logro; había aprobado con lo justo, pero lo que contaba era la posibilidad de ser lo que deseaba cada día con más determinación.

Daniel avanzaba firme en su carrera, y Marcela, rompiendo con el designio familiar, no quiso ser comerciante; sus abuelos tenían una gran tienda de telas que ella y su única prima heredarían. Mi amiga había decidido inscribirse en magisterio.

En un momento todos delirábamos. Parodiamos una escena de la última película que habíamos visto, jugábamos representando cada uno su papel como adulto; Gerardo dijo ser el mecánico que arreglando el auto de la maestra lograba conquistarla. Reímos, el alcohol nos había vuelto eufóricos. Daniel le sugirió a Gerardo —aún dentro del juego— que si era ingeniero le sería más fácil seducir a la maestría. Luego, y ya en serio, le dijo:

—¡Che!, por qué no te anotás en la tecnológica, ingeniero mecánico es lo tuyo.

—Sí, lo tendré en mente. —concluyó Gerardo perdiendo su sonrisa.

Esta vez un presentimiento me hizo temblar, decidí ignorarlo, si seguía preocupándome nunca me libraría de ellos; Daniel me abrazó frotando mis brazos, pensó que tenía frío, sólo sonreí y me acurruqué apoyando la cabeza en su hombro.

Juana felicitó entusiasmada a su nieta, se sorprendió al ver qué tan fácil era para las nuevas generaciones acceder a estudios superiores. En su infancia, transcurrida en aquel pueblo que surgía con ímpetu de ciudad, no era tan sencillo obtener educación formal, en especial para las mujeres. La escuela primaria tenía cupos limitados, y el poblado demasiados niños en cada familia, por ello la política de ingreso era permitir que sólo los varones mayores fueran inscribiéndose; a medida que aparecían vacantes se convocaba a los demás. Pero siempre había niños que lograban sobrepasar a las pequeñas que quedaban postergadas. El turno de Juana llegó, pero ella contaba ya con catorce años y su orgullo le impidió sentarse junto a los niños de seis; orgullo que no sólo la relegó al analfabetismo y sus trabas sociales, sino que le provocó una pérdida que nunca olvidó y que en ese momento le confesó a su nieta...

... Aquel baile la había dejado exhausta, los pasodobles y valeses la embriagaron tanto como los azules ojos de Carlitos. Él se había presentado con la mano extendida y un gentil cabeceo, al tiempo que la invitaba a danzar. La noche estaba fresca, la muchacha la recordaría por siempre con tanta claridad como a ese instante en que conoció a su primer amor. Los forasteros eran escasos y por poco tiempo modificaban la rutina del pueblo, pero era suficiente para que no pasaran inadvertidos; Juana tuvo el privilegio de ser la elegida de aquel esbelto joven de cabello rubio.

Los días siguientes los vivió con ansiedad permanente, él se había despedido con una frase que prometía un futuro encuentro, y este se concretó. Ante los portones se detuvo un artefacto poco conocido y provocador de admiración en la mayoría; los perros corrieron asustados

cuando, con una explosión, se detuvo el motor del Ford descapotable. Juana impresionada se asomó por la puerta de la cocina al escuchar el estallido y Andrea la siguió. El joven descendió provocando la obvia emoción en la muchacha que, aunque lo deseaba, se negó a recibirlo si no se anunciaba con la debida antelación y el permiso de su madre como era lo correcto; además ella necesitaba tiempo para ataviarse en forma apropiada. Carlitos se retiró cabizbajo y ella temió arrepentirse de su decisión. Dos días después y cumpliendo con las formalidades del caso, ambos compartieron un té acompañados por Dora que no los dejó a solas ni por un momento.

El muchacho sobrepasaba las expectativas que tenía Andrea para con los pretendientes de sus hijas, una familia de su mayor confianza había dado referencias irreprochables de él, por lo que no tuvo ningún reparo en que cortejara a Juana. Fueron juntos a un par de fiestas, siempre acompañados por la mayor de las hermanas de la joven, y conversaron cada tarde después que él terminaba de trabajar. Pero llegó el momento, Carlitos debía volver a su pueblo, que se hallaba demasiado distante como para que las visitas fueran posibles con la frecuencia que ellos hubiesen deseado. Se despidieron con afligida formalidad y el joven prometió escribir a diario hasta que pudiesen verse otra vez.

Y cumplió, las esquelas llegaban puntuales, sus palabras reflejaban el ansia que iba en aumento cuanto más días pasaban desde la separación. Pero ella no podía leerlas. Los hermanos mayores, privilegiados varones, fueron traductores de esos signos que la muchacha hubiese deseado desentrañar con sus propios ojos, sería como escuchar su voz, como verse reflejada en aquella bellísima mirada celeste. No pudo soportarlo, el orgullo sobrepasó el deseo primero, y aquel hermano que transformaba las palabras en tinta, tuvo que cumplir con pena la orden que Juana le impuso: «Decile que ya no lo quiero»...

—¡No!, abuela... no me digas que lo dejaste por eso. ¿Por qué no aprendiste a escribir? ¡Tus hermanos te podían haber enseñado!

—Ellos no tenían tiempo, gracias que leían las cartas de Carlitos. Aparte si no fuera por eso, vos no estarías ahora conmigo.

—Tenés razón, pero...

—Además el abuelo Tino fue muy bueno conmigo y lo quise muchísimo —se apresuró a decir.

—Igual me parece incomprensible que alguien deje a una persona, cuando se quieren, por problemas de educación, siempre se puede arreglar.

—No estés tan segura —dijo con convicción.

Estaba muy entusiasmada con mis primeras clases, la visita a la morgue, revolver en los tanques de miembros para tomar un brazo y lograr contener el vómito ¡fue increíble!

Daniel vino a casa y comenzó con un nuevo plan. Se le ocurrió que yo podía estudiar para médico forense e introducirme con el tiempo en los círculos de investigación; soñaba con encontrar a su padre o lo que quedara de él, tenía que saber, hacer el duelo como corresponde, y Sandra lo necesitaba más. Pero yo no estaba atenta, quería contarle mi experiencia, él no me escuchaba. Nos encontrábamos en sitios paralelos. Ese día no tuvimos un punto de encuentro.

Daniel, para variar, se exaltó; y yo, como siempre, me contuve y lo dejé hablar. Comprendía su dolor, siempre comprendía, pero... ¿Y yo? Se lo planteé y él desconfió. Su mente se enroscó en una red de celos, la que desde hacía un buen tiempo lo estaba atrapando, Gerardo.

—¡Claro! Él te escucha, yo soy un torpe, que sólo te hablo de mi padre desaparecido. Bueno, andá, andá con él, contale todo lo que quieras.

No lo soporté más y lo eché. Abrió sus ojos grandes como mares embravecidos, quise en ese instante ahogarme en ellos, pero me mantuve firme; no era sano seguir agachando la cabeza, yo no había

hecho nada malo, él necesitaba ver todo el panorama, la vida sigue a pesar de todo y eso no significa abandonar la lucha.

Se fue, por primera vez lo hizo enojado, sin un beso, ni siquiera una mirada; la puerta golpeó mi corazón, pero tengo que crecer y él también. Mi papá vino para aumentar la tragedia, había escuchado ¡¿Cómo podría no hacerlo?! Estábamos en la casa y la voz de Daniel había retumbado en los oídos de todos. Según papá estuve mal, yo estaba convencida de que no era así.

No pude dormir. Esperé hasta la madrugada con la esperanza de que volviera, lloré, pero eso me fortaleció. La aurora trajo esperanza, siempre es así, y Daniel volvió con ella. Me estaba esperando en la parada del micro cuando iba hacia la facultad, no dijo ni una palabra, no pudo hacerlo y yo no le facilité las cosas. Cuando volví, por la tarde, de nuevo estaba allí y esta vez pudimos hablar como nunca lo hicimos, en profundidad y equilibrados. Los dos expusimos nuestros pareceres durante más de una hora. Por primera vez, una discusión seria, trascendental, se solucionaba entre nosotros con razonamientos, los que permitieron comprendernos sin que ninguno de los dos cediera por el sólo hecho de amigarnos. Y la siguiente noche de sexo fue sólo la expresión de nuestro amor y no el vehículo para la reconciliación.

Capítulo IV

El padre y el tren

Comencé la conversación hablándole de la abuela, que la veía avejentada, no en su aspecto físico sino intelectual, cada vez se «perdía» más seguido confundiendo las cosas, y que no siempre volvía a la realidad con rapidez, como antes. Asintió, y si bien yo estaba al tanto, me aclaró de nuevo los detalles de la afección que padecía. Mi abuela, con lentitud y sin que nosotros pudiésemos hacer algo al respecto, estaba envejeciendo acorralada por la enfermedad. Esa afirmación me afectó más de lo que pensaba.

Esta vez no pudo escapar, quizás necesitó enfrentarlo, la cuestión es que no intentó escabullirse como otras tantas veces lo había hecho ante cualquier tema escabroso; hoy me escuchó atenta y, es más, dio algunas explicaciones.

Mi mamá hizo un comentario tímido sobre los presentimientos que la abuela dijo siempre tener, y dejó en claro que su madre los tomaba muy en serio al decirme: «Desde que tengo memoria vivimos rodeados de sus agüeros». Era la primera ocasión en que mi vieja aceptaba la existencia, en nuestra familia, de aquello que me atormenta desde que el abuelo Tino murió. Me alegré de poder al fin contar en esto con mi madre, aunque coincidimos que seguiríamos en la misma postura en presencia de papá y de Daniel.

Por otro lado, le conté que dos días antes, después de haber rendido los parciales, fui a visitarla, y ella había vuelto sobre el tema del asesinato de su padre. ¡Menos mal que no estaba Daniel con nosotras como la vez anterior!, le dije a mamá. No sabía de dónde había sacado esa idea, quizás su afinidad con mi novio la llevó a inventarla; pero mamá se encargó de aclararme que cuando ella decía esas cosas, no

era por la desaparición del padre de Daniel. Me relató entonces algo que no se me hubiese ocurrido y que tampoco anticiparon mis sueños. Había corrido firme, en aquellos años, el rumor de que en verdad a mi bisabuelo lo habían asesinado, empujándolo bajo ese tren...

... De verdad estaba feliz, pronto nacería el niño, su tercer hijo. El mejor regalo que le llevaría a la familia sería la noticia de su recuperación, y que podría cuidar de ellos por muchos años. El médico de Buenos Aires lo había afirmado con una amplia sonrisa.

La agitación lo venía acompañando esos últimos días. Todo aquello que en un principio lo deslumbró, la modernidad, el ajetreo, el lujo y la miseria compartiendo la misma urbe infinita ante sus ojos sencillos, ya lo habían sobrepasado; lo hastiaban, necesitaba la paz de su tierra y la compañía de los de su sangre.

Los Miller lo habían acogido con el mismo cariño de siempre. La habitación que le prepararan, luego de recibir la carta en la que detallaba la razón de su visita, tenía un par de pequeñas tallas en madera que él les había regalado cuando niño, y colgaba del perchero de la sala aquel sombrero que le entregó al patrón, cuando éste se mudó a la gran ciudad junto a su esposa cinco años atrás. Esos detalles que lo habían enternecido se los contó a Andrea en la primera carta que le enviara.

Augusto se preparaba para salir revisando su equipaje y documentación por segunda vez, quería asegurarse de no olvidar nada. Escuchó que la señora abría la puerta y con tono alegre decía: «¡Qué bella sorpresa, ustedes aquí!». Los señores no esperaban a sus hijos hasta la semana siguiente. Augusto no los veía desde hacía mucho tiempo ya que las directivas en la estancia las recibía de los caporales. Ellos lo saludaron con una fría sonrisa y un débil apretón de manos; consultaron por su salud y al enterarse de su partida se ofrecieron a llevarlo hasta la estación. A raíz de esto contaba con más tiempo y se sentaron a charlar unos minutos. Recordaron los meses en que correteaban juntos después de las clases, sus travesuras conjuntas y sus disputas. La hora transcurrió sin que se dieran cuenta, al fin

Augusto dio el último adiós a sus queridos viejos y salieron veloces, ninguno deseaba que perdiera el tren.

Alguien los vio: «Eran tres los que corrían hacia la formación y al acercarse intentaron alcanzar el pasamano, al menos eso pareció». La desgracia se valió del momento, los escoltas se desvanecieron, y los rumores llegaron al pueblo teñidos de luto...

Mi madre no dijo nada en su relato sobre la aparición de los jóvenes Miller en aquel momento; yo no necesité la presencia de mi abuela para verlos en la escena ni para proyectar por tercera vez la trágica muerte del bisabuelo en mi mente.

Desde aquella noche en Hotty's mi pesadilla más recurrente había dejado de torturarme; ya no sobrevolaban sobre mí los verdugos arrastrándome hacia el río. Fue como le dijera a Gerardo, otro sueño la reemplazó. En principio creí que la culpable fue la emoción por mis experiencias nuevas en la facu, tenía sentido, veía miembros separados de sus cuerpos, torsos, muertos, sangre. Pero algo no concordaba, cuando visitaba la morgue por alguna cuestión de estudio, no percibía dolor, ningún tipo de sufrimiento, en mis pesadillas sí. Y no sólo dolor físico, aberrante e insoportable, sino angustia, pena, horror, soledad... además de frío y hambre.

Fui a la casa de Marcela para conversar unos momentos, necesitaba descansar del estudio y comentarle sobre esta nueva compañera de mis noches. Allí estaba Gerardo, no sé por qué evadí su mirada cuando nos saludamos. Tomamos unos mates y Elena nos sirvió unas facturas diciendo: «Chicos, los dejo, me voy a bañar; cuando salga nos vamos, Marcela». Mi amiga debía acompañar a su madre así que no pudimos quedarnos mucho tiempo. El tema de conversación central fue la nueva moto de Gerardo, la que había traído esa tarde para pavonearse ante su novia y llevarla a pasear, algo que no pudo hacer ese día. Yo la había visto parada en la vereda, en posición elegante como para una exposición, brillaba al sol y a pesar

de que no me atraen demasiado esos artefactos, no puedo negar que era bellísima.

Salimos los cuatro juntos, el padre de Marcela las esperaba con el auto en la puerta. Gerardo puso en marcha el atronador motor de su Kawasaki z 1000, se enorgulleció ante un comentario halagador de parte de su futuro suegro, le dio un beso a su novia y ella subió al coche que con rapidez se perdió tras la esquina.

—Te llevo —me dijo con seguridad.

—No... gracias, si son pocas cuerdas.

—Dale... ¿o tenés miedo?

No hay peor cosa que me toreen tratándome de miedosa, aunque en realidad me gustaba la idea de subir.

—Está bien... sólo por no herir tu orgullo.

—Agarrate fuerte de mi cintura que no muerdo —dijo riendo.

Aceleró en punto muerto un par de veces sólo para hacer rugir el motor, luego arrancó rumbo a cualquier parte, menos hacia mi casa.

—Vamos a dar una vuelta, es temprano.

—Bueno... dale.

—Si te molesta el viento aguantate ¡Esto es vida!

—¡Ah! ¡Qué bueno sos! —le dije.

Fuimos hasta el río, el aire estaba bastante fresco, a pesar de ello era una tarde agradable de agosto. Nos detuvimos un momento para admirar las aguas que estaban muy calmas, como si no guardaran ningún secreto. Al retornar Gerardo se dirigió a su casa.

—Entremos un rato a charlar, en tu casa está tu papá y me va a echar si me ve de nuevo, las últimas veces me pareció que quería pegarme.

—Dejalo, ya se le va a pasar. Es un poco retorcido el viejo —dije entrando después de que él me abriera la puerta.

—¿A qué hora llega Daniel? —Puso a calentar café y se sentó a mi lado, la casa estaba en total silencio a excepción de la música que salía del cuarto de su hermano.

—Hoy tarde, después de cursar pasa por la oficina a recoger la correspondencia que tiene que repartir mañana. Te contó que enganchó esa changuita ¿no?

—Sí, estaba contento, por lo menos tiene para sus gastos, la madre le manda plata pero siempre vienen bien unos mangos extra.

—Y eso que la tía le da todo. Erika casi nunca le acepta el dinero que le gira Sandra. —Gerardo se levantó para servir el café que ya estaba listo.

—Cambiano de tema, vos ¿cómo andás? —dijo y me acercó la taza caliente que exhalaba un perfume exquisito, cerré los ojos para apreciarlo mejor.

—Bastante bien, con Daniel estamos cada día mejor, me escucha, ya no sólo le interesa saber el destino de su padre. Se preocupa por mi carrera, por nuestro porvenir juntos; ahora noto que es más amplia su manera de ver la vida. Aunque de mis sueños no le cuento casi nada, sólo al pasar le digo algún detalle para que no piense algún día que le oculto las cosas, con Dani hay que andar con pie de plomo. ¡Es tan susceptible!

La conversación fue muy calmada, agradable, aunque siempre giró en torno a mí. Le conté de mi nuevo sueño, esta vez lo minimizó, él también lo consideró sólo un reflejo de las nuevas experiencias en medicina.

—¡Qué querés todo el día hablando de enfermedades, muertos, dedos mutilados... dejame de embromar a mí con eso! —dijo exagerando el tono dramático.

—Bueno, pero ya me vas a necesitar cuando te rompas la cabeza con esa moto que te compraste.

Notó que acabé mi café y se acercó a retirar la taza preguntándome si quería más; le contesté que no, mejor sería que me llevase a casa. Al tomar el pocillo —que yo aún tenía entre mis manos— sus dedos

rozaron los míos y me contagié su estremecimiento; me paré como empujada de la silla por un resorte y, poniéndome la campera con rapidez, me dirigí hacia la calle. Él me siguió, tomando las llaves de la moto se me adelantó para abrirme la puerta y en ese instante giró sobre sí mismo; quedamos frente a frente y, sin mediar una sola mirada que le indicara mi consentimiento, me rodeó con sus brazos y me besó. Traté de escapar de ese amoroso refugio que construyó con su formidable cuerpo sobre mí, no lo logré pero tampoco correspondí al beso que me dio ni al abrazo con que me cubrió.

Está confundido, sé que actuó por impulso, no lo meditó o al menos es lo que quiero pensar. Tenemos demasiado en juego.

Capítulo V

M... Malvinas

Los meses que siguieron al arrebato de Gerardo fueron extraños, siete meses inusitados. Mónica sentía culpa por algo que no creía haber hecho mal. Su amiga la buscaba sin poder encontrarla salvo en contadas ocasiones, y la facultad era la excusa perfecta. Marcela extrañaba las excursiones de a cuatro, algo que nunca más volvieron a compartir. Gerardo se negaba, sorteaba todo compromiso que los involucrara como grupo. Mientras que Daniel se sentía aliviado, ya que, a pesar de intentarlo, nunca había podido quitarse por completo la duda del pecho; los celos lo sacaban de quicio y prefería compartir, con el que aún consideraba un amigo, veladas masculinas en bares entre partidas de pool y whisky.

Por primera vez en la vida Mónica tuvo un secreto. Pesada carga, ocultarla de su única amiga y del primer amor, «Daniel, Daniel, Daniel...» repetía a solas ese nombre, ¿necesitaba acaso convencerse de que él era su gran amor?

El verano transcurría pacífico, pero expectante. Culpaban a la humedad, al calor, y miraban al cielo en busca de alguna señal de tormenta; la que Mónica venía vislumbrando desde el año anterior, aunque en un principio no supo interpretar las señales obvias que le llegaban ocultas bajo las sábanas. Soñó una y otra vez, el temporal, el tsunami, el terremoto y la erupción; el mismo final, su pesadilla de fragmentos humanos, de sangre y huesos; luego soñó las armas, los aviones, los barcos y el llanto, el dolor, el frío, el hambre y de nuevo sangre.

El país lloró por sus chicos. Aquellos que con el pelo largo inspiraban desconfianza, pasiones desbordadas, rebeldía o amenaza con tan sólo dieciocho años. Sufridas madres clase sesenta y tres, sufridos padres silentes, sufrida sociedad clase ochenta y dos; atacados desde Europa y antes desde su propia tierra.

Marta abrazó a su nuera, lloraron juntas el mismo dolor. Se reprochó el no haber insistido como hizo su marido, si tan sólo no le hubiese dado la razón a ese pequeño gran niño, él no tendría hoy que sufrir. En todos los demás jóvenes no pensó ¡Quién podría reprochárselo!

«¡Qué lindo te queda el corte!» —Marcela lo animó con su habitual espíritu alegre, acariciándole la rapada cabeza y besándolo con ternura; «¡Está hermoso!» —agregó avergonzándolo. «Es hermoso» —pensó Mónica. Marta, su mamá, seguía culpándose. Pero otras dos féminas con M por inicial, gemelas heladas, árida tierra y soledad, lo reclamaron.

Fragmentos diseminados por la metralla, luces, sombras, silencio, estruendo, dolor... y cuerpos, corazones, almas, esparcidos en las tierras frías del sur. Rodeados de aguas belicosas, en los confines del mundo donde los dragones asecharan a las desprevenidas naves. Horizonte de tierra plana, fauces abiertas de asesinos que esperaban su alimento; tierno alimento de apenas dieciocho años.

Hasta ese lugar llegó, no supo cómo, en la trinchera húmeda reaccionó. Se vio en medio de la guerra, que lo alejaba de su amor, por él su meta era resistir, por él le prometió a Dios que volvería; no por su madre, no por su padre, no por su vida... por su amor lo haría.

Daniel pensó que su amigo era un tonto por no haberse decidido a estudiar. Y Gerardo caviló mientras hacia la instrucción, cuando saltaba de la cama a las cuatro de la madrugada por antojo del sargento; al arrastrar sus rodillas por los espinillos del campo de entrenamiento; lo meditó más en las horas en que sufría las trincheras; más al compartir una migaja de pan; se decidió cuando la metralla le atravesó el brazo izquierdo y el dolor se retorció gozoso en sus piernas; se convenció sufriendo, mientras esperaba la ayuda que quizás no llegaría, ninguna

duda había ya en él, al ver asomar tras la árida colina la misión de rescate que lo llevó desfalleciente al hospital de campaña. Ya no hubo vacilación en su corazón, M...Mónica y luego la oscuridad.

¡Qué perversa se descubrió! Él parapetado en los fosos del frente de batalla, quizás muerto, y ella recordando el beso que le negó, su abrazo cálido que no retribuyó, y sus ojos de niño perdido al separarse aquel día. Fragmentada su alma y ella que no podía llorar.

Debía rendir un examen, pero otra preocupación la desveló, aquel sueño recurrente que ya tenía explicación volvió a hacer su trabajo. Contó los minutos clavando las uñas en sus palmas, y cuando aún faltaba una hora para amanecer, corrió a casa de Juana. El perro le ladró desconociéndola, la anciana aletargada le abrió la puerta y Mónica le contó todo sin prestar atención a la condición de su abuela; si estaba lúcida podría pedirle discreción, silencio, aunque en realidad eso ya no era importante. Juana estaba allí, escuchó todo con claridad, supo de aquel beso de Gerardo, de Marcela y de Daniel, y por último de los sueños de guerra, le detalló su pesadilla en todas las versiones y el terror de perder a Gerardo.

La anciana prestó atención a cada gesto de su nieta, la sabía azotada por los vientos de la duda, con el corazón entre dos aguas, capaz de amar y sufrir por ambos. No le habló de responsabilidades, compromiso, prioridades o respeto; Juana se enfocó en la pena y se vio contagiada, ella sabía de las pérdidas absurdas enfundadas en uniformes patrios...

... Una misión al monte formoseño, disfrazada de simple partida de reconocimiento, donde los jóvenes conscriptos terminarían su instrucción. A caballo entre las matas, a pie sorteando las serpientes, fusil en mano, ignorándolo todo.

Grito salvaje, se vieron rodeados: «Disparen a matar» —fue la consigna; por un instante quedaron aturdidos, reaccionaron cuando

vieron al primer herido. ¿Quién era el enemigo? ¿Cuál la razón de su presencia? La verdadera motivación... limpiar la zona de indeseables pobladores, de piel cobriza, cabellos negros y pies descalzos.

El trabajo concluido, la meta fue cumplida diezmando a los nativos. Unos pocos huyeron a la espesura cargando a sus hijos, a los ancianos y a su venganza. Venganza que volvería pisando firme, con los pies desnudos, a la tierra que les arrebataran. En el transcurrir hasta ese punto, dejaron una muestra de lo que vendría, seis uniformados heridos y uno extinto: Eugenio, sobrino de Juana...

Mónica se sintió aturdida, su abuela y sus historias la envolvían en la niebla de la alucinación; no le era posible reconocer lo real, separar el desvarío. Todo parecía estar ligado, el presente y el ayer, su vida, la de ella y los amores de las dos.

Capítulo VI

Adrenalina

... El primer día especial en su vida había llegado. Siempre tuvo todo lo que necesitó y más, hasta el menor capricho satisfecho. Estaba seguro de que, como en todas las ocasiones anteriores, tendría aquello que soñó sin necesidad de pedirlo, sin hacer promesas o cumplir tareas especiales; era hijo único de un hogar acomodado. ¿Lo especial? Que no lo tratarían nunca más como a un niño, ya era un hombre de dieciocho años.

La madrugada de su cumpleaños llegó. Él aún recostado en la amplia cama imaginaba lo que su futuro le prometía; el nuevo estatus de adulto que inauguraba ese día lo bañó de orgullo, acrecentó su vanidad y sonrió satisfecho de la suerte que tenía.

Se levantó y fingió para sí mismo sorpresa al encontrar una carta sobre su mesa de luz; en ella había una pista y un beso deletreado de sus padres. El segundo indicio lo llevó al llavero situado al lado de la puerta de entrada, y atado a una pequeña llave allí colgada había un enorme cartel: «¡Feliz Cumpleaños!». En el amplio garaje resaltaba por encima del auto de alta gama de su padre, y del clásico de su madre, un pequeño cero kilómetro azul noche adornado con un enorme moño al tono. Miró a ambos lados, no había nadie, abrió la puerta e introdujo la llave; no sólo el ronco sonido del motor lo hizo sonreír, sino el grito al unísono de sus padres que aparecieron al instante por detrás de los otros vehículos.

De aquella fiesta familiar tenía conocimiento todo el pueblo. Se bailó desde temprano, el banquete había costado tanto como el regalo principal y los invitados admiraban con envidia el rodado que muchos de ellos no podrían comprar nunca. El agasajo continuó luego

de que el homenajeado se retirara junto a tres de sus amigos; él salió ansioso por presumirlo frente a todos los que quedaban fuera de su círculo. Dio varias vueltas por el centro, aceleró con estruendo en cada semáforo de la avenida principal, hasta que un grupo de jovencitas los provocaron con sus miradas sensuales y unas diminutas faldas. Ellos luego de la tercera vuelta se animaron, estacionaron el automóvil y una de las muchachas le dijo al que iba al volante: «Sos Ariel, ¿verdad?» y luego de la respuesta positiva, la pregunta obligada: «¿Suben?».

Los siete eran demasiados para la capacidad del vehículo, una de las chicas iba al frente en la falda del acompañante y su rodilla izquierda rozaba la mano de Ariel cuando este ponía la quinta marcha. Las ventanillas abiertas y el aire fresco de la madrugada no alcanzaban para despejar los sentidos del joven aturdido por la emoción, el alcohol y la excelente compañía.

De nuevo en la calle principal. El primer semáforo en rojo, entre todos comenzaron la cuenta regresiva en voz alta, el verde brillante provocó que la adrenalina subiera en el cerebro del conductor al punto de acelerar como en una largada; miró a la muchacha a su lado y le sonrió seductor, observó frente a él la hilera de semáforos verdes que marcaba la traza de la avenida y las voces a su alrededor lo incitaron: «¡más rápido, más rápido, más rápido...!». Un perro noctámbulo cruzó desafiante y otra pasajera —maligna mujer que no fuera invitada— ascendió al coche para completar las parejas...

—¿Por qué me contaste eso? ¿Viste algo?

—Sí, en el televisor, hay un montón de accidentes ¡Ayer se murieron como cinco! La noticia me hizo acordar de la muerte de Ariel. Ya hace como quince años que pasó.

—¡Ah! —dijo Mónica aliviada— Sí, sí, tenés razón; pero... ¿Quién era ese Ariel?

—El hijo de Roberto... Roberto el sobrino de tu abuelo Tino, el que tiene las máquinas.

—¿Qué máquinas? ¡Ah... sí...! Las cosechadoras. ¡Cuánta plata hicieron con eso allá en el campo!

—Sí, pero trabajan mucho pobres, encima les pasó eso con su único hijo. ¡No sabés, cuánta gente en el velorio! ¡Qué desgracia tienen! Para peor un año antes, más o menos, se mataron en la ruta el padre y el suegro de Roberto.

—¿Qué?! —preguntó consternada al escuchar tanto accidente.

—Sí, salían del campo en una chata*, manejaba un peón y ellos iban atrás en la caja con unos tambores de pesticida. Cuando chocaron los tambores de doscientos litros los aplastaron.

—Basta abuela, me voy a casa, suficiente por hoy.

—Tu novio ¿No tiene auto, no?

—No abuela, no tiene plata para un auto.

—Mejor, es más seguro el micro.

Y Mónica se alejó pensando: «Soy una estúpida, para qué le hago caso, siempre me pone nerviosa, puede ser que la noticia le hiciera recordar aquel accidente, no sé... pero seguro algo tiene que ver conmigo. Al final no le conté la buena noticia que le llevaba. Gerardo vuelve a casa».

Luego de ser atendido en el rompehielos ARA «Almirante Irizar», donde le salvaron la vida, Gerardo junto a otros heridos y enfermos llegaron, tras dos días y medio de navegación, hasta Comodoro Rivadavia, donde transitó el resto de su recuperación en el hospital militar. Recién allí pudieron verlo sus padres, quienes se alojaron dos meses en la ciudad para estar cerca de él hasta el momento de poder llevarlo a casa.

* Chata: camioneta.

Marcela recibía noticias a través del hermano de Gerardo y desde ella llegaban a Daniel y a Mónica. En aquellos días varias veces salieron los tres juntos, festejando cada noticia de mejoría. Marcela los necesitaba al no poder estar con él y más aún porque no recibía respuesta a las cartas que le enviaba. Ella misma se convencía pensando en que quizás no tenía ánimos para hacerlo o que su mano pudiese estar imposibilitada. Buscaba cualquier razonamiento que justificara aquel silencio, aunque toda teoría sonaba a pobre excusa. Daniel, más realista, pensaba otra cosa y lo compartió con Mónica en más de una ocasión: «La guerra, sea la que sea, te marca tan profundo que puede cambiarte para siempre; ojalá recuperemos a Gerardo, al que conocemos. Me preocupa que no intente comunicarse con ella o con ninguno de nosotros».

Se perdió la guerra. Pérdidas y más pérdidas acumulaban los argentinos: vidas, esperanzas, sueños, hogares y lo peor... la fe. Muchos extraviaron la fuerza interna de la fe, y no la recuperaron en mucho tiempo, otros quizás nunca la puedan rescatar; fue otra prisionera de guerra.

Para la cúpula militar fue un golpe duro, a su orgullo, a su poder, trastabillaron aún más los cimientos que habían intentado fortalecer con la utópica recuperación de las Malvinas por la fuerza. Entonces Dios abrió una ventana, a través de ella se pudo ver el horizonte y en él un lejano amanecer; lenta aurora invernal que iluminó poco a poco la mañana del pueblo en una naciente democracia que sería parida a finales del año siguiente.

Marcela con nerviosa felicidad veía pasar los días, su cuenta regresiva la llenaba de ansiedad, tenía miedo, sabía que físicamente él no tenía ninguna secuela pero su silencio no era buen presagio.

¿Mónica? Ella estaba fría, como anulada. Se sentía tan extraña. La felicidad la había desbordado cuando supieron que Gerardo volvería, ¿entonces? Daniel en un principio no se dio cuenta de su

estado de ánimo, pero a medida que se acercaba el día del regreso, su novia se sentía más aletargada y él se ensombrecía junto a ella. Por primera vez en mucho tiempo él no le preguntaba nada, sólo la miraba queriendo adivinar qué le sucedía, qué ideas circulaban por su mente; pero aunque le hubiese preguntado y ella hubiera querido responderle, no lo habría hecho, porque Mónica no sabía en realidad qué atormentaba a su alma.

Marcela fue a la casa de Mónica muy tarde ese día. Entre susurros y lágrimas le contó algo que no había podido guardar hasta el día siguiente. Gerardo había vuelto dos días antes sin avisar a nadie. No quiso que lo recibieran; se encerraba en su cuarto y salía sólo para comer con desgano y en silencio. Marta pensó que lo ayudaría pidiéndole a Marcela que fuera a visitarlo. No funcionó. Con una tibia sonrisa y un amigable beso recibió Gerardo a la que fuera su novia por varios años. Marcela le relató a su amiga cómo intentó con su infatigable buen humor remontar la situación. Pero el reencuentro no se acercó siquiera al esperado, él la miraba con cariño cuando ella arremetía con ese chispeante parloteo y la sonrisa que siempre iluminaba su rostro. Gerardo sólo atinaba a acariciarle las manos o el cabello, Marcela se sintió como un cachorro desvalido que únicamente inspira lástima o a lo sumo ternura.

Mónica reconoció su silueta al ir acercándose a la parada del colectivo, ella se turbó: «¡Qué cambiado está!», pensó. Fue acercándose hacia ella con paso ágil y sonriendo, la abrazó muy fuerte y al instante se separó abochornado. La saludó con un:

—¡Hola! —Como si se hubiesen visto apenas unos días antes.

—¡Hola! ¿Cómo estás? ¡Qué alegría verte! —y le mintió—
¿Cuándo llegaste? No sabía que habías vuelto.

—Sí, hace un par de días, pero hoy me levanté animado y vine a saludarte, sabía que te encontraría acá. ¡Huy! Ahí viene el micro, nos vemos después.

—¡No! —dijo ella casi en un grito— Dejalo pasar, vamos a tomar algo, charlemos un rato; la clase de hoy la puedo recuperar después.

—No, mejor nos vemos a la tarde —dijo Gerardo alejándose con su ritmo habitual.

Él giró la cabeza un momento y la saludó con la mano una vez más. Un sudor frío le recorrió a Mónica la espalda. Ella sólo se ajustó el suéter.

Marta se alegró cuando escuchó al que siempre sería su pequeño niño: «Salgo un rato mamá». Luego de un par de intentos el adormilado motor arrancó y se dispuso a llevar a Gerardo por las calles, como antes, disfrutando de la fría brisa de ese nuevo agosto. La moto aceleraba como lo hacía su corazón ante la decisión tomada. El aire le ayudaría a resolver cuál sería la mejor manera de enfrentar su realidad. Esa realidad que, como la guerra, cambiaría las cosas para siempre y quizás para mal.

En los enfrentamientos armados hay muertos, heridos, perdedores, prisioneros; pero también sobrevivientes, ilesos y vencedores. Él esperaba que en este, su combate personal, la suerte estuviera de su lado. «Te amo», exclamó, y su voz fue un verdadero grito de guerra lanzado al aire. Hizo derrapar la moto sobre el pedregullo para cambiar drásticamente de dirección, se enderezó y tomó velocidad enfrentando el rostro al sol, que lo enardeció y lo cegó como la pasión que por Mónica sentía.

Una carcajada aciaga retumbó en sus oídos haciéndola temblar, Daniel la abrazó un instante y siguió con la conversación; ella lo supo y comenzó a llorar, él perplejo le preguntó qué le pasaba, su novia le mintió un: «No sé», y abrazándolo con fuerza se acurrucó en él.

Otra vez, otra guerra que cobra su cuota. Esta, su lucha, la lucha personal de Gerardo, no lo dejó herido, no lo quiso prisionero; la muerte lo amó más, y el sol, el sol... fue cómplice y partícipe necesario.

Capítulo VII

Culpas

Salí a la calle y le grité: Maldita, por qué me rondás, por qué si me querés no te decidís por mí. Él no era tuyo, lo robaste y sólo me dejaste esta culpa ¡Maldita! Y la muerte, como siempre, impávida, sorda a las súplicas y a los insultos, se regocijó con mi pena.

Después de que el tiempo aplacó el agudo dolor por su muerte, pude dilucidar cuál era esa sombra que rondaba mi cabeza antes del retorno de Gerardo a casa. Aquello que detuvo mi ritmo y que me entristeció, fue la culpa. Ya desde entonces había culpa en mí. La había sentido luego del beso que él me dio, pero no reconocí la responsabilidad que me cabía, no supe qué había hecho mal; no pude verlo en ese momento, no fui capaz de leer mi interior, ni de interpretar los presentimientos que me involucraban. Esa aflicción que me opacó a pesar de la alegría que significaba recobrar a Gerardo era culpa.

Culpa de haber volcado mis sentimientos en él, de convertirlo en mi confidente, en mi amigo íntimo; algo que debió ser Daniel o Marcela, no Gerardo. Nadie más que yo lo sabe con certeza, él murió por culpa mía, por haberlo puesto en esa posición y exponerlo luego a sentir por mí algo que nunca debió ser. Por mi error había decidido enfrentarse a todos y a sí mismo. Pude ver su decisión y su final con claridad en el momento exacto en que ocurrió. ¿Por qué no antes?! ¿Por qué no lo retuve esa mañana?! Quizás si hubiésemos hablado habría podido quebrar su ilusión, acabar con la esperanza de una relación; las penas de amor pasan... la muerte no. ¡Dios! ¿Por qué no pude soñarlo una noche antes? La noche que Marcela vino llorando y

me contó su encuentro con él. ¿Por qué, Dios, pude salvar a ese niño en aquella tormenta y no pude proteger a mi amigo?!

Los celos de Daniel eran justificados; lo convencí de lo contrario —o quizás no— pero él como todos los demás, supuso que la guerra de Malvinas, el trauma de los mutilados y los fallecimientos propagados habían sido los culpables. Pensaron que esa guerra con sus largos y perdurables brazos fue la que lo empujó a la muerte; incluso los testigos lo vieron así. Nadie supo de su nueva guerra, esa que lo emboscó en la primera batalla y no le dio oportunidad de defenderse. Yo lo supe, lo supe tarde, lo intuí en ese escalofrío que me recorrió cuando lo vi por última vez, y la certeza llegó, cuando ella, la muerte, lo aulló en mis oídos.

Más tarde corrí decidida a reprocharle a mi abuela, a tratar de inculparla, ella lo vio y no me lo dijo, no me lo advirtió. Necesitaba al menos compartir la culpa y así intentar perdonarme. Al llegar le hablé, le grité llorando: Lo sabías, por eso me contaste lo de ese Ariel. ¿Por qué no me ayudaste a salvarlo? Sus ojos no me miraban, la línea que divide lo terreno de lo celestial era el destino de su contemplación, sólo sonreía sentada en su silla predilecta y no se percató de mi rabia ni de mi pena. Ella no estaba allí. Apretando las mandíbulas hasta lastimarme salí corriendo pensando en no volver.

Mi carrera avanzaba mejor de lo que yo ambicionaba. Los logros alcanzados enorgullecían a mis padres y a Daniel, quién comenzó a mostrarse ansioso; calculaba cuando me recibiría, a él sólo le faltaban un par de finales. Lo que no me dijo, quizás porque no sabía cómo hacerlo, era que ya tenía planeado nuestro futuro en detalle; volvió a su antiguo vicio, aquel que fuera motivo de tantas discusiones.

Hacia meses que no veía a mi abuela, mamá comprendió mi posición y le pareció bien que me compenetrara en los estudios; yo le

había contado, aunque sólo en parte, las circunstancias que rodearon a la muerte de Gerardo.

Y una noche volvieron mis sueños, aquellos que por tanto tiempo no me visitaban...

... Juana estaba sentada en un pupitre antiguo. Ella anciana y sus compañeros apenas unos párvulos con grandes moños y guardapolvos almidonados. Lloraba lágrimas blancas y decía: «Escribible, decile que ya no lo quiero más». Mónica se incorporó en la cama y por más de media hora intentó relacionar ese sueño con algo que hubiese sucedido últimamente, pero no le encontraba ningún sentido; además —se decía— nada podría ocurrir que tuviese que ver con esa antigua anécdota. Su abuela se sentó a los pies de la cama y le dijo con seriedad: «No estés tan segura»... Entonces Mónica despertó...

Daniel nunca logró ser el confidente que fue Gerardo para mí, y aunque hacía el esfuerzo por entender mis conflictos, sólo se sentía cómodo hablando de cosas concretas. Él podía discutir de medicina aunque no fuera lo suyo, incluso volvió a motivarme para que eligiera como especialidad la forense y a desestimar mis dudas entre lo real y lo imaginario, lo palpable y lo inmaterial; no le convencía la decisión que había tomado de estudiar neurología y psiquiatría, aunque ambas ya estaban en mi futuro. Yo sabía con certeza lo que quería. Él también.

Con el tiempo y tras varias discusiones, Daniel al fin aceptó mi decisión, pero pretendía que postergara un tiempo mis especializaciones, quería que una vez con el título de médica dedicáramos unos años a nosotros. Intuí que había algo más que eso y pronto me lo dejó saber.

Marcela y yo fuimos las que los arrojamos con más fuerza, una nube blanca nos envolvió a todos, y la carcajada de mi amiga al pegarle justo en la cabeza con el último huevo, fue lo que me hizo más feliz en ese momento. Daniel ya era un profesional y con su título asegurado salimos a festejar. Fue la primera vez que Marcela aceptaba salir después de nuestra desgracia; además de ella, esta vez, nos acompañaron tres amigos de Daniel. No éramos los únicos en el bar junto a un impresentable sujeto sucio de pies a cabeza, en el lugar varios grupos de jóvenes homenajaban a los recién recibidos. Pedimos cerveza y con la alegría algo desbordada Nahuel, quien dos días antes ya había pasado por todo eso, brindó por el futuro profesional junto a su mejor amigo: "Por Daniel... y su gran logro... y porque pronto se concrete nuestro sueño de trabajar juntos en la empresa de mi viejo..."

Los dos me miraron a un tiempo, uno a sabiendas de haber metido la pata por divulgar algo que no le correspondía, el otro por no haberme adelantado sus planes de ir a Neuquén para trabajar. Los otros dos muchachos ajenos a todo seguían vitoreando, pero Marcela trató con torpeza de cambiar de tema y sacarme una sonrisa con un chiste desubicado. Entonces me paré arrastrándola a la calle, no sin antes decirle a los cuatro pero mirando fijamente a Daniel: Quédense, nosotras mejor nos vamos; sigan festejando... Es su fiesta.

«¿Qué pasó ahora?! Me tienen cansado, flaco, ustedes dos; Mónica no te quiere ver ahora y no me dice nada. Sabés lo testaruda que se pone, mejor vení mañana cuando esté calmada». No pude escuchar lo que le contestaba Daniel a mi viejo, pero él agregó: «Ya te dije, los quilombos los arreglan ustedes a solas. Hasta mañana. ¡Ah!, felicitaciones por tu título. Y... todo se va a arreglar, no te amargues, el que tenga que pedir disculpas que lo haga y a otra cosa». Concluyó mi papá y Daniel se alejó.

¡Cómo si fuera tan fácil! Quizás en otro momento cuando yo dejaba pasar las cosas para no seguir enojados o cuando los problemas

eran más simples, pero... crecemos y la vida con sus complicaciones también.

—¿Por qué te fuiste así? Los cuatro nos quedamos pasmados... yo...

—No te ví muy apurado para salir a preguntar qué me pasó. ¿Te agarraron los tres para que no me siguieras? O ¿Te pesaba algo? ¿La culpa quizás? Sabes bien por qué me fui así, tenías todo planeado y no me dijiste nada. ¿Ya tenés el pasaje? ¿Y cómo era eso de que cuando yo termine nos tomaríamos un tiempo para nosotros? Y...

—¡Pará!... No te pongas así, déjame hablar.

—Bueno... dale.

—Mirá... primero tenés razón en molestarte por haberte enterado así, pero por otro lado, era sólo una idea de Nahuel, la que a su papá le pareció bien. No hay nada en concreto... Eh... No es que tenga que salir corriendo para Neuquén, don Anibal me dijo que en cuanto me decidiera me estaría esperando el puesto, que le interesa tenerme en su grupo, es una empresa chica y quiere gente de confianza cerca...

—¡Ah! Hablaste con ese hombre y a mí no me adelantaste nada. ¿Cuánto hace que lo venís pensando?

—Bueno perdóname... hace un mes más o menos...

—¡Un mes! Claro, ahora caigo, por eso me querías convencer de que no terminara todo lo que tengo proyectado para mí. Igual ¿pensás que ese hombre te va a esperar tanto? Aunque postergue algo, por lo menos tengo dos años más y no puedo aflojar, sino quizás nunca termine.

Mis lágrimas de furia y también de miedo no tardaron en aparecer, siempre están acechándome cuando me traiciona mi constante inseguridad. Me indignaba que él me ocultara cosas, pero además temía que tal vez se fuera sin mí para no perder esa oportunidad que le ofrecían. No era tan dramático, si vamos al caso muchas parejas

deben hacer sacrificios similares, pero en ese momento yo veía todo negro, la atmósfera cargada y la tormenta sobre nosotros.

Daniel volvió a pedirme perdón con sinceridad, lo vi en su mirada, estaba arrepentido. Me calmé un poco y comenzamos un largo diálogo sopesando todas las opciones, sus pros y sus contras; aunque él me repetía que no me preocupara, había tiempo para decidir qué hacer.

—Y... ¿Qué pasó después? —me interrogó Marcela.

—Nada... —le contesté— Nos convencimos de haber superado el problema como otras veces, pero yo no estoy muy tranquila, presiento que hay algo más.

— ¡Pará con tu obsesión! seguí firme estudiando y disfrutá en paz tu relación, las cosas se resolverán solas. Además si se va a trabajar allá, no es tan lejos... ¿Mil y pico de kilómetros, no? ... bueno sí, es lejos. Pero hay colectivos, pueden viajar los fines de semana, aunque se gaste la plata del sueldo en pasajes. Además avivate amiga, dale algo en qué pensar cuando esté lejos, que te extrañe, no es tan difícil —concluyó risueña.

—No seas loca, estoy preocupada en serio.

Pasó un par de meses y cada día Daniel se entusiasmaba más con la idea de ir a Neuquén. Si bien había aceptado mi sugerencia de buscar trabajo cerca de donde vivíamos, su sueño seguía siendo trabajar con Nahuel; al menos ese era el motivo que alegaba. Yo como contraparte traté de convencerlo de que no sería tan difícil conseguir algo aquí —con tantas empresas que existen—, quizás con contratos cortos y no muy convenientes, pero le servirían como experiencia y para ampliar su currículum. Por otra parte nos daría más tiempo a nosotros para estar juntos, al menos hasta que yo obtenga mi título de médica. En realidad, y haciendo un examen de conciencia, tenía la intención de que encontrara algo bueno y así completar todo mi plan de vida; me sentía egoísta, reconozco que me estaba comportando como solía hacerlo Daniel, algo que yo siempre le reprochaba. Pensaba sólo en mí.

...Asustada abrió los ojos, la taquicardia que agitaba su corazón la sobresaltó y se incorporó. Con lentitud fue calmándose, notó sus mejillas húmedas y al deslizar por ellas los dedos para secar esas lágrimas que le rodaban hasta la boca, percibió que eran blancas y ásperas. Pasó la lengua por la comisura de los labios y el salobre paladar logró tranquilizarla: «¡Claro, son sólo lágrimas de tiza!». La silueta de Juana se acercó hasta la cama y sentándose con parsimonia le señaló: «Te lo pedí, decile que no lo quiero más». Los brazos de aquella sombra se alargaron, unas manos firmes tomaron sus hombros sacudiéndola y le acercó el rostro y supo quién era; esa voz conocida y varonil y los ropajes desgastados y las heridas de muerte y... esos bellísimos ojos azules... «Te lo pedí, contale que ya no volveré»...

Capítulo VIII

La búsqueda

Varios meses habían pasado desde la fiesta que fue la recuperación de la democracia. Alfonsín con sus manos entrelazadas en alto, a un lado de su rostro sonriente, fue la imagen más esperanzadora que pudo verse en muchos años. Mónica se había esforzado por empaparse en política con el único fin de votar por primera vez. Había sido testigo de las consabidas discusiones entre su padre y su abuela, palabras fervientes volcadas durante los almuerzos familiares de aquellos domingos que precedieron al del recuento de los votos; el cual le dio la victoria a Juana colmándola de felicidad y orgullo.

Pero las heridas no cicatrizaron con la fiesta, esta sólo los predispuso mejor y les dio energía para buscar la justicia que les permitiera avanzar. Justicia, sinónimo de la gran necesidad de Daniel, y que ahora en libertad podría buscar donde fuera necesario, incluso quizás... en Neuquén.

Esperaba un momento donde pareciera casual tocar el tema, debía averiguar el porqué de esa sensación que me molestaba y que mis sueños me querían develar. Él me ocultaba algo. Sabiendo cómo desestima mis premoniciones, no me arriesgué a plantearle el asunto directamente para que no se escabullera con su tan manida frase: «Es tu imaginación, vos y tus sueños». Este era otro de sus viejos vicios al que había vuelto luego de un tiempo en el que al menos había intentado escucharme.

Cenábamos en casa de Erika como tantas otras veces, pero en esta ocasión estábamos más alegres porque había venido Sandra a pasar el fin de semana. Daniel estaba radiante y más de una vez me quedé mirándolo extasiada. Cuando comenzaba a hablar entusiasmado los ojos le brillaban, y al tomar un sorbo de vino entre frase y frase, sus labios húmedos me parecían más sensuales; me dio vergüenza cuando vi a mi suegra sonriendo al descubrirme en esa situación.

Comencé a sentir cierta incomodidad, un sentimiento tonto lo sé, estaba celosa; pensé que era sólo por ella que él estaba tan feliz. Pero luego se levantó, y como buen varón halagador, alzó su copa y brindó: «Por estas hermosas mujeres que son mi felicidad»; se dirigió al otro lado de la mesa, dio un beso a su madre y a su tía, luego vino hacia mí para abrazarme con fuerza y darme uno demasiado apasionado para el momento. Los demás aplaudieron, yo me sonrojé y para disimular apuré mi copa de vino.

Ya estábamos sentados en el living cuando Erika trajo un exquisito café humeante. Daniel tomó una taza y me la alcanzó rozando con sus dedos los míos en una caricia sensual, al tiempo que me sonreía; yo intenté hacer lo mismo, pero mis labios no pudieron imitar su dulce gesto. Mis ojos me delataron al recordar otro café y su aroma, el calor y el roce de otra mano.

Sandra fue la que abrió el camino hacia la oportunidad que yo esperaba, ella retomó el tema que el día anterior habíamos tocado con liviandad. Le parecía, como a mí, algo extrema la decisión de Daniel de ir tan lejos a trabajar.

—Hijo, aquí tendrás otras opciones con seguridad, no te apures a aceptar ese trabajo, incluso en Rosario las cosas se están reactivando y no estarías tan lejos de Mónica.

—Lo sé mamá, a ella le dije lo mismo, no es tan urgente. No me voy a ir ya.

«No me voy a ir ya» esas fueron sus palabras, estaba claro, sólo dilataba el momento. Volví a sentirme culpable, quizás estaba tratando de coartar una excelente oportunidad de trabajo, pero yo intuía un velo

que, rodeando este asunto, ocultaba algo. Y necesitaba saber qué era de sus propios labios.

Caminábamos abrazados hacia mi casa. La noche estaba fría, y en el cerebro me revoloteaban los sueños, sus palabras, las de su madre, mis dudas y él... él sólo quería hacer el amor. Intentó convencerme de ir a nuestro pequeño lugar, me besó y acarició con desesperación, como si supiera lo que yo pensaba y quisiese borrarlo. No encontró la respuesta que buscaba a pesar de que me esforcé en no arruinar esa noche casi perfecta; me concentré en la imagen de sus labios húmedos por el vino y que, en ese momento, tenía para mí sin testigo alguno. Esas manos que me acariciaban con ternura y al momento siguiente con ardor, me transportaban al cielo, pero algo me bajaba a la tierra y no pude ir más allá. Su frustración lo exaltó, así es Daniel, otras veces ante mi negativa me miraba comprensivo para luego irse regalándome una sonrisa tibia, como si fuese yo la insatisfecha y no él, pero aquella no fue una de esas ocasiones.

Me reprochó el desinterés que mostraba, notó la pobre sonrisa que le devolví al entregarme el café unas horas antes, «¿en qué o en quién estabas pensando?». No pude responderle, no podía decirle que en Gerardo.

Sin cobardía le contesté con firmeza: «Vos me ocultás algo sobre ese trabajo»; me miró como si lo hubiese descubierto con otra. No lo dejé hablar y le dije que tenía sueños recurrentes de nuevo, él abrió la boca y entornó los ojos como para decir su frase de siempre, pero no lo dejé:

«¿Qué pasa? Habías comprendido lo trascendente que son mis visiones para mí. Me escuchabas, podíamos charlar. Ahora qué ¿qué cambió? Además... ¿Por qué me ocultás cosas? Programás sin consultarme, volviste a ser el de antes, antes de...»

Y en ese preciso instante me di cuenta, sin que Daniel dijese una sola palabra. Lo miré fijo y él bajó la mirada sólo un momento, para luego confesármelo de frente. Reconoció que fueron los celos los que lo empujaron a cambiar de actitud, que se esforzó por entenderme, por interesarse en mis premoniciones, pero no podía creer en ellas

y recalcó: «No son realidades». Dijo que de verdad disfrutaba hacer planes conmigo, y luego repitió hasta cansarse que me amaba.

—Te amo, te amo, te amo... pero... no soy Gerardo, él no está y yo no soy él. No puedo delirar con vos como él lo hacía, y me maldigo por eso. ¡No soy Gerardo, no lo soy! —gritó en voz baja conteniendo el alarido de impotencia que deseaba expulsar.

—Lo sé —dije bajando la cabeza— y puedo entender que no creas en mis sueños, pero... —lo miré de nuevo a los ojos y continué— lo de Neuquén lo planeaste sin mí, no es verdad que te importe mi parecer. ¿Qué hay allá además del trabajo? —y agregué sin dejarlo pensar—. Sueño con tu papá de nuevo y aunque no sos Gerardo ese sueño seguro te interesa.

Su semblante cambió de enojo a consternación. Caminaba de un lado a otro bajo la luz de mercurio que iluminaba pálida nuestro mutuo desahogo, única testigo de ese develar interior de dudas, miedos y recelos. Daniel se detuvo y como si hubiese descubierto una manera racional para explicar lo que yo sabía, me tomó por los hombros preguntándome entre dientes:

—¿Estuviste con Nahuel?! ¿Qué te contó? —Meneando la cabeza quité sus manos de mí, pero las mantuve entre las mías.

—¡Vos no entendés! No estuve con nadie... nadie corpóreo me contó nada, tu papá vino en sueños como antes. Sé que tu viaje, en algo, tiene que ver con él. ¿Por qué no me dijiste? Pensaste que fue tu amigo el que habló ¿Él tenía que ser? Por qué no vos.

—Daniel se aflojó, y abatido me dijo:

—No me animé a decir nada hasta saber más, Nahuel estuvo tratando de convencerme de que te contara todo desde el principio. Sé que para vos papá ya no va a volver, le creíste ciegamente a Gómez. Mamá también está convencida, intenta hacer su duelo y no quiero perturbarla tampoco a ella con falsas esperanzas.

Tomé a Daniel del brazo y caminamos hasta la ochava de un negocio cercano; nos sentamos en el umbral y nuestras espaldas hicieron repicar la cortina metálica. Con las manos entrelazadas,

tristes, y cansados por la tensión, continuamos develando aquello que nos dañaba.

—Daniel, no fue a Gómez a quién le creí, sino a tu padre. Él vino a mí pidiéndome...

—Sí, sí... lo repetiste demasiado ya, pero vos misma dudaste mucho tiempo de tus visiones, de tus sueños, te enojaste con Juana por haberte inculcado sus creencias y hasta querés saber en forma científica qué causa esos... esos... fenómenos. ¿No te acordás por qué elegiste medicina en un principio?

Mónica comenzó a pensar que los razonamientos de Daniel, como siempre, eran lógicos; él tenía razón en el hecho de que por mucho tiempo ella quiso alejarse de esos fenómenos, buscarles los porqués y así curarlos como si fueran una enfermedad mental. Pero tuvo que reconocer que muchos de ellos develaban verdades, y de los otros quizás sólo le faltaba tiempo para averiguar qué significan. Mónica continuaría buscando la razón de ellos, por qué a ella o a su abuela, qué tenían en común con otras personas a quienes les ocurre lo mismo. Hay un límite para la ciencia que los humanos no son capaces de atravesar, aunque quizás sea Dios quien extienda sus manos, traspase esa frontera y los alcance con su aliento, mostrándoles lo oculto o lo que aún no ha ocurrido. El por qué y para qué... quién sabe.

Mónica despertó de aquella ensoñación y continuó discutiendo como si su mente no se hubiese dispersado: «Sí, sí... esa es una cuestión repetida, pero no me aclaraste ¿Qué más hay en Neuquén?».

Y Daniel se lo contó con lujo de detalles. Allí el padre de Nahuel, Aníbal, había sido otro de los que sufrieran el encierro y la tortura en manos de los represores; él y su hermano, quien no tuvo la fortuna de ser liberado. Ese era el punto que atraía a Daniel hacia el sur. Se enteró de que Aníbal había estado detenido en tres lugares pertenecientes a —la que supieron después era— la zona sur cinco; y que habiendo sido trasladado a la escuelita de Bahía Blanca, fue testigo además de víctima. Escuchó, entre sesión y sesión de las más sádicas torturas en manos de «El laucha», cómo otro sufriente, pared de por medio,

hablaba de Rosario, de obreros, aceros, de Villa, y de ignorar todo; palabras sueltas entre alaridos desgarradores.

Aníbal en más de una oportunidad pudo ver a aquel hombre, como a muchos otros, y su descripción se ajustaba a la del padre de Daniel. Quizás no había lógica, y yo se lo hice notar, ¿por qué alguien de Santa Fe estaría preso en Bahía Blanca?, pero si un desdichado de Neuquén lo estaba, todo podía ser posible. Aníbal y Daniel, como la mayoría de la gente, ignoraban cómo eran las divisiones en que nuestro territorio se desangraba. La necesidad de Daniel, de que su padre estuviese vivo, le hacía aferrarse a cualquier indicio que le permitiese mantener la esperanza. En ello colaboró Aníbal por encontrarse en la misma huella, buscando entre miles de pasos silenciados los de su hermano. Ambos se alentaban y quizás veían rastros donde no los había. Con la democracia reinstalada y fortaleciéndose, esos dos hombres unieron los deseos que los igualaban y habían decidido encarar juntos la búsqueda de sus familiares y de justicia. Daniel necesitaba estar cerca del último indicio de su padre y, aunque interiormente no estuviera seguro de que fuese real, Aníbal le dio el lugar.

Mónica podía ver el rostro de Daniel con mayor claridad. El amanecer los envolvió en una atmósfera irreal, él seguía relatándole todo, como si ya hubiese estado allí, donde pensaba trabajar junto a Nahuel y Aníbal. Describió la empresa, cada sección, cada vehículo, el pequeño edificio y el amplio predio donde se planeaba expandir. Mónica pudo imaginar la hectárea y media de terreno limpio y más allá la distancia...

... De pie junto a Daniel, Mónica miró cada pormenor del formidable depósito, las rejas de los portones y el camino que se perdía hacia el norte. Soltó su mano y giró con lentitud observando los detalles, el alambrado olímpico, las luminarias nuevas. Más allá elevaciones del suelo le recordaron a las sierras cordobesas, escuchó el mugir de unos vacunos, un poco más lejos vio lo que parecía un vagón de tren abandonado entre pastizales. Al completar el giro... nada, ni edificio ni luminarias ni Daniel, sólo las malezas mecidas por el viento cálido, un camino polvoriento rumbo al sur, el mugir de los

terneros y el vagón oxidado de algún tren. La soledad la abrazó hasta que un estruendo, el sonido de un disparo, retumbó dentro de ese cubículo enclavado en medio de la nada... De su garganta angustiada escapó un clamor: «¡Daniell!»...

Capítulo IX

Matilde

Su atuendo de gris invariable, el cabello, el rostro, toda su persona era gris. Esquelética figura de andar lento, con la mirada franca y un leve meneo que algún día fue sensual. Aferrando egoísta contra el vientre una antigua bolsa de mano, caminaba sola siempre, y con seguridad lo hará así hasta su muerte. De trato cordial y tímida sonrisa nívea, algunos no comprendían su aroma a soledad; inspiradora de compasión, burlas y miedos. De burlas y miedos en los niños, de miedo y compasión en aquellos que temían algún día ser como ella. Matilde, la solterona.

Mónica desde niña la evitó en la calle, mirándola de soslayo y apurando el paso como si temiera contagiarse de ese estado solitario. Estaba un día con Teresa en el almacén, cuando Matilde entró jovial, saludando con voz clara y se entretuvo los minutos siguientes en comparar precios frente al estante de las mermeladas. A Mónica le pareció que el ambiente se ensombreció, que todos enmudecieron durante unos instantes, aunque en realidad su madre y el almacenero seguían conversando con indignación sobre la escasez de la leche.

La niña espía a la solterona mientras jugaba con la cuchara de expender maíz blanco; la enterraba en la bolsa de arpillera hasta perder su mano entre los granos, sacándola repleta para luego vaciarla con lentitud. Escuchaba el sonido de las pequeñas piedrecillas blancas, al chocar unas contra otras, cuando Teresa interrumpió súbitamente su juego tironeándola del brazo: «Dejá eso, Mónica, vamos a casa». Todos dijeron adiós cuando ambas salían del local, la niña miró atrás y vio la sutil sonrisa de Matilde, quien la saludaba con la mano, también miró los ojos tristes de esa mujer que se amalgamaban con su vestido gris. La pequeña recordó lo que una tía les dijera unos días antes a

sus padres: «¡Qué mirada triste tiene esta criatura!», y Mónica a sus diez años tuvo miedo de convertirse en Matilde.

Cuatro meses después de que Daniel se mudara a Neuquén recibí una llamada telefónica de Sandra. No sólo quería conversar como otras veces sobre la decisión de su hijo y de sus novedades —lo que hacía con regularidad desde que ENTEL nos había provisto a ambas de una línea particular— sino que esta vez ella me interrogó acerca de algo que no hubiese querido confirmarle yo.

—¿Es verdad, Mónica?

—¿Qué cosa?

—Que el patrón de Daniel estuvo detenido y que tiene un hermano desaparecido.

—Eh...—Dudé un instante, pero no podía mentirle— sí, es verdad. Yo me enteré la noche que cenamos todos juntos, la última vez que nos visitaste.

—No fue capaz de contarme nada, seguro que por eso tenía tanto interés en ir allá. ¡Ay, este hijo mío! Esa obsesión lo va a enfermar.

Durante media hora hablamos del tema, conjeturamos sobre muchas cosas, si bien yo conocía las razones del silencio de Daniel, no le conté nada más.

—Sos una brujita, Moni, ¿vos lo sabías desde antes, verdad? Sé que intuís mucho, él me lo confesó un día un poco preocupado, pero yo te digo hacele caso a tu corazón, que no te importe tanto lo que ese hijo mío te diga al respecto, yo sí creo en esas cosas.

Me molestó un poco que Daniel le dijera a su madre lo que me pasa, con seguridad se lo comentó como si yo estuviese loca o enferma. Pero la voz de Sandra sonaba sincera y eso me alegró. A pesar de ello no le mencioné que sabía lo infructuosa que sería la búsqueda iniciada por Daniel. Sólo les quedaría a ambos rogar por justicia.

—El próximo fin de semana vas a visitarlo ¿no?—me dijo.

—Sí, si todo va bien viajo.

—Voy con vos.

En Daniel la sorpresa suplantó a la alegría al ver bajar a su madre del colectivo detrás de mí. Nos alojamos juntas en el hospedaje que otras veces había ocupado en la ciudad, ya que Daniel compartía una habitación con otro compañero de trabajo en una pensión. Sandra tuvo el buen tino de permitirnos tiempo a solas, y lo hizo con tacto, aludiendo que quería conocer la ciudad a su ritmo: «Ustedes hagan su vida, no se preocupen por mí, nos vemos en la cena». En esas horas vivimos acelerados nuestra relación. Siempre eran así nuestros encuentros. ¡Gozábamos con tanta intensidad, éramos tan felices!, queríamos contarnos todo al detalle; bebernos uno al otro, como quien ingiere varios analgésicos juntos pensando, erróneamente, que así sus efectos durarán mucho más tiempo. Pero al acercarse el momento de la despedida, siempre nos envolvía una sensación que unía insatisfacción, tristeza y dudas; ya sabíamos por experiencia que los veinte o treinta días que estaríamos separados serían demasiados. No poder vernos a diario fue más difícil de lo que pensábamos.

Durante la cena las horas pasaron acompasadas, como si ellas supieran que necesitábamos más tiempo para seguir conversando sobre ese tema, tan duro, que había empujado a Sandra a realizar aquel viaje. Daniel blanqueó la situación frente a su madre, aunque no era su intención primera, habría deseado dejarla afuera de todo hasta contar con algún indicio fuerte sobre la posibilidad de que su padre aún estuviese vivo. Sandra me miraba como esperando de mí una señal de esperanza que yo no podía darle, y Daniel también me clavaba la mirada para que no develara lo que yo pensaba. Volví a sentirme una mentirosa, a pesar de no haber dicho nada. Sólo los acompañé en su ilusión.

Esta nueva situación, donde Sandra retrocedió en el camino de la aceptación del deceso de su esposo, puso más carga sobre mi

relación con Daniel. Él se vio presionado no sólo por la urgencia propia de encontrar algún dato cierto sino por la esperanza que nunca debió alimentar en su madre. No teníamos conocimiento si quedaban o no, aún, prisioneros políticos; pero lo que yo sí sabía era que, si existían, entre ellos no estaba el padre de Daniel. La búsqueda estaría justificada si la única meta era encontrar los restos de su padre y trabajar, junto a tantos otros, para obtener justicia. Sandra guardaba una minúscula esperanza de que su esposo apareciera en algún hospicio despojado hasta de la memoria, o quizás retenido bajo otra identidad. A casi un año del comienzo de los juicios, que como una broma se iniciaron el veintiocho de diciembre —día de los santos inocentes— era poco factible que alguno de los que aún seguían desaparecidos fuera encontrado con vida.

Daniel participaba, siempre que le fuera posible, de todo evento, movilización o asamblea que tuviese como tema los juicios a los represores, la búsqueda y reclamo por los desaparecidos y los niños nacidos en cautiverio. Desde la marcha «Cien por treinta mil» que realizó desde La Plata hasta el Congreso Nacional, antes de viajar a Neuquén, estaba atento a toda la información que los medios de comunicación le permitieran saber, y no despreciaba ninguna noticia paralela, aunque esta fuera sólo un rumor. Ello le llevaba mucho de su tiempo.

La siguiente vez que nos vimos fue en mi casa. Llegó sin avisar un viernes por la noche. El día anterior había decidido viajar para presenciar un acto en Capital Federal y hacer algunos contactos. Aprovechamos el fin de semana como siempre, no nos separamos un segundo. Me ofrecí por primera vez a acompañarlo, y esto lo puso muy feliz. ¡Era lo que yo más quería, verlo feliz! Por eso no le conté, en ese momento, que tenía que rendir un final importante dos días después; creí que podría hacer ambas cosas bien.

El lunes fue una jornada muy intensa. A pesar de estar junto a Daniel me sentí sola; él me tomaba de la mano y prácticamente me

arrastraba entre la muchedumbre y luego por los oscuros pasillos de un edificio público. Yo guardaba silencio y absorbía toda esa energía que rodeaba a los que allí tenían en común una pérdida, un vacío y la necesidad imperiosa de justicia. Juro que traté de ser parte de ello, amaba a Daniel ¡cómo no hacerlo entonces!, pero... no sé... algo me faltaba. Supuse que era incapaz de involucrarme profundamente con esa lucha, sin embargo me prometí que lo seguiría intentando.

Regresamos muy tarde en la noche. Por la mañana fui con él hasta la terminal, se despidió agradeciéndome por haberlo acompañado y con su último beso me deseó suerte para el día siguiente. Mi madre casi me obligó a comer, estaba agotada, me recosté un rato pensando en descansar un poco antes de estudiar lo que pudiera; había leído mucho esos últimos quince días, pero nunca es suficiente en un examen como el que me esperaba. Cerré los ojos y al instante comencé a sentir mis mejillas húmedas...

... Las lágrimas le rodaban hasta su boca, blancas, ásperas, llanto de tiza. Se incorporó en la cama, bajó sus pies descalzos y la tierra seca del camino le laceró la piel al multiplicar los pasos en busca de Daniel. Se acercó a las rejas cerradas aferrándose a ellas, detrás un galpón desolado. Gritó con voz ausente su nombre, una y otra vez, hasta que él apareció sin una sonrisa, sin un destello de luz en los ojos, y la ignoró. Mónica se cubrió el rostro para llorar su pérdida y al separar las manos, ya no vio a Daniel ni el galpón ni las rejas; sólo una colina lejana, los pastizales mecidos por el viento serrano, un viejo vagón solitario y los terneros, que comenzaron a mugir, más y más, aturdiéndola, hasta que desde ese cubículo aislado resonó un disparo de escopeta y los terneros callaron...

El resultado de mi examen fue pésimo. Llegué a la mesa con la mente cargada de preocupaciones, no podía quitarme de la cabeza ese sueño fatídico, rogué a Dios que no fuera la premonición de su muerte. No podría soportarlo.

Por teléfono le conté que fracasé, era la primera ocasión en toda mi carrera. Fue difícil superarlo, en especial porque Daniel se sintió más defraudado que yo; no me lo dijo abiertamente, pero su voz lo delató. Era obvio que esto retrasaría nuestros planes de vivir juntos. Y la separación se hacía muy pesada, cada vez con menos tiempo para compartir, menos oportunidades para consolarnos si era necesario, apoyarnos si lo necesitábamos y amarnos como lo deseábamos. Él se enfrascaba en su búsqueda y yo redoblaba la apuesta por mi carrera. Poco a poco nos alejábamos, cada día nuestras almas sumaban más kilómetros a los que en forma física nos separaban en realidad. Y los sueños de lágrimas de tiza siguieron torturándome. Comprendí lo que mi abuela me decía: «No estés tan segura». Nunca creí que el deseo de estudiar y desarrollarme como persona me pondría en esta encrucijada. ¿Debía abandonar todo y seguirlo? ¿Si tan sólo existiera un lugar donde estudiar cerca de Daniel! ¿No podía acaso él seguir su lucha desde aquí?

Una semana después le pedí dinero a papá y viajé. Daniel me esperaba aunque el comentario que me hizo, cuando lo llamé para avisarle, me puso en alerta: «¡Qué lástima, el próximo fin de semana podría dedicarte más tiempo, este sábado tengo todo el día ocupado!». Le dije que no importaba, que necesitaba verlo y lo acompañaría donde fuera, entonces me contestó: «Bueno joya, un beso, te espero».

Por primera vez nuestro encuentro no fue como los anteriores. Mientras él me hablaba de su trabajo y de las novedades de los juicios que seguía, yo pensaba en todo lo que tenía que estudiar para recuperar el tiempo perdido, si era que quería por fin estar con él para siempre. Daniel notó mi estado distante, se dio cuenta de que cuando nos encontramos con un grupo de compañeros de lucha, su entusiasmo lo absorbió tanto que yo me sentí de más a su lado.

La noche anterior a mi vuelta a casa, cuando ya estábamos a oscuras en mi habitación del hostel, me preguntó si estaba feliz junto a él, si me sentía completa; sabía que no podía darme mucho en esos tiempos de búsqueda. Le respondí que era feliz, que lo amaba y que por ello hacía el esfuerzo de compartir todo con él, incluso sus ausencias.

Más tarde a mi sueño recurrente de lágrimas de tiza y disparos de escopeta, se sumó un camino divergente ¿Sería el nuestro?

Ausencias, esa palabra fue acaparando cada vez más nuestra relación, pero debo ser justa, ausencias que también fueron mías.

Me resistí a reconocerlo, lo quería pero ¡Era tan difícil! Daniel al final fue más valiente. Lo supo con certeza, no podría darme la estabilidad que yo necesitaba hasta que encontrara a su padre, si alguna vez esto ocurría; y luego de él había tantos con cuyos familiares se había comprometido, el hermano de Aníbal entre otros. Así es que vio la materialización de nuestro anhelo de estar juntos como una utopía, porque aunque ya me faltaba apenas poco más de un año para terminar mi primera meta profesional y mudarme luego con él, Daniel a esta altura de su vida sabía con certeza que ya no podría entregarse por entero a mí.

Y una tarde, final de una visita opaca, febril y bañada de tristeza, antes de irse me besó y me dijo entre otras palabras que no comprendí: «Ya no te amo». Sabía que mentía, pero no tenía fuerzas para luchar en ese momento y lo dejé partir.

Lloré hasta dormirme... me encontré caminando por aquel camino bifurcado donde una sensación de profunda soledad me doblegaba, y al final, un espejo me devolvía la imagen de unos ojos tristes y grises, los ojos de Matilde.

Capítulo X

La soledad absoluta

No podía estudiar. El mal humor se expandió a mi alrededor y ni Marcela lograba rescatarme de la pena en la cual estaba inmersa; aunque sólo fuera por un momento. A veces al compararme con ella me sentía peor, ya que la muerte la había separado para siempre —y también a mí— de quien amaba. En cambio Daniel y yo... no teníamos a quien culpar, sólo nosotros éramos responsables de nuestra desdicha.

Volvimos a hablar después de aquella tarde en la que sus peores palabras me dejaron incapaz de toda reacción. Una noche me llamó, nació en mí la esperanza cuando mi hermana me pasó el teléfono, pero desapareció durante la conversación. Daniel se disculpó por su rudeza cuando nos vimos por última vez; en realidad no la hubo, sólo sus palabras lo fueron, no su voz, no su mirada, no sus labios. Trató de justificarse, dijo que no conocía la forma de hacer que las cosas fuesen más fáciles, su voz entrecortada y su respiración hacían que me lo imaginara más triste de lo que yo estaba y me moría por estar junto a él. Como no podía mirarlo a los ojos o tocarlo me resultaba imposible pelear para recuperarlo; mis palabras nunca habían servido, ni sirven, para nada. Se despidió de nuevo: «Bueno, nos veremos algún día, cuando podamos estar cerca sin... bueno nada, un beso» y cortó la comunicación. Otra vez mis labios no se movieron, y la furia que sentí contra mí fue mayor que el sufrimiento.

Unas semanas después, me encontraba sentada frente a un libro pretendiendo estudiar, cuando mi papá entró a la habitación y

puso con delicadeza sobre esas páginas inútiles un boleto. Sólo me dijo: «Intentalo».

No pareció sorprenderle mi llegada, fue como si me hubiese estado esperando. Caminamos por un bulevar sin nombre, con los brazos laxos a los lados del cuerpo y con nuestras manos apenas rozándose por el vaivén natural de nuestros pasos. Charlábamos tranquilos en apariencia, pero su respiración y la mía nos delataban. A nadie le gusta despedirse de quien ama. Y ese era nuestro adiós. Porque si bien logré que reconociera que aún me amaba, y por más que le rogué que reiniciáramos lo nuestro, él se negó.

Había reconocido que era incapaz de dividirse y poner su corazón en otra cosa que no fuera su búsqueda: «Merecés que esté de verdad con vos, no siendo una figura casi vacía a tu lado». No le bastaba que ese último diciembre se condenara a los integrantes de las juntas militares a prisión perpetua; no era suficiente para él. Necesitaba encontrarlo, desde que lo conocí había estado buscando a su padre, y lo seguiría haciendo. Yo, por mi parte, no lograría jamás comprometerme, como él necesitaba que lo hiciera, con su lucha personal. Esas fallas —en ambos— coartaban toda posibilidad de continuar juntos, siendo felices por completo el uno con el otro. ¿Cómo fue la despedida? Dulce como la hiel, hicimos el amor entre lágrimas y caricias desesperadas. Cuando desperté sólo quedaba el aroma de su cuerpo en mí, y la soledad.

Entré con mis libros bajo el brazo y su figura en la penumbra me sobresaltó.

—Hola.

—Hola, hace mucho que no te veía.

—Y... ¿Mis viejos?

—Estoy sola... esperándote. ¿Qué te anda pasando? ¿Por qué tanto tiempo triste?

—Ya lo sabés, abuela... no me lo hagas repetir que me hace mal. Encima no me puedo concentrar. Si sigo así voy a terminar perdiendo... perdiendo... todo.

—¡Callate! ¡Vos no sabés lo que es en realidad perder todo, o peor, jamás tener nada! ¡¿Hablás de soledad?! ¡No conocés la soledad absoluta!...

La puerta que daba a la cocina se abrió de golpe y la imagen de mi abuela desapareció; allí estaba sólo mi madre que se acercó con un mate en la mano.

—¡Hola! Te escuché llegar... tomá está calentito. ¿Cómo te fue?

—Y... ¿La abuela?

—No sé... seguro que en su casa, hoy no la vi.

Antes de la cena fui a verla. Habían pasado demasiados meses desde la última vez que la había visitado. Primero me miró seria, no me había reconocido, pero luego se levantó de su sillón con los brazos abiertos y una sonrisa enorme, casi infantil. Me llevó de la mano hasta sentarme en el comedor y ella se ubicó a mi lado. Me contempló el rostro un buen rato, repitiéndome cuánto me había extrañado, y supe que yo también necesitaba de ella.

—Estoy sola, abue,... los dos me dejaron. No tengo ganas de nada. No puedo hacer nada. Pareciera que toda la gente a mi alrededor no me bastara para seguir adelante.

Y lloré como si estuviese en mi habitación a solas, sin reprimirme, suplicando consuelo.

—Ay, ay... mi nena. No desesperes. Te voy a contar un secreto aunque no debería hacerlo. Sabés bien que lo que te cuento no son mentiras, siempre vemos verdades vos y yo... No vas a estar sola en tu vida, no tengas miedo de convertirte en Matilde. Ese no es tu destino. Ahora tenés que sobreponerte, mucha gente te necesitará

fuerte y completa. Vamos, vamos... ayudame a cocinar y te quedás a comer. Tengo algo que contarte... sobre la soledad...

... La llanura culminaba al borde de las sierras, tras las cuales se ocultaba el horizonte. Amplias extensiones de pastizales de tonos verdes y dorados, donde los vacunos pacíficos vivían ajenos a la muerte antinatural que les deparaba su futuro por causa del apetito del hombre. Allí donde el silencio de voces humanas puede ser desesperante, allí estaban ese par de varones, cuya ocupación era evitar que cuatrerros sigilosos se alzaran con los mejores terneros en las noches encubridoras. Las escopetas y carabinas se mantenían listas para ser utilizadas. Nadie osaría matar al ganado más que el patrón, a través de las manos de peones fornidos hábiles en el golpe certero.

En ese destino de centinelas solitarios coincidían dos de los hermanos de Florentino, el abuelo de Mónica, ellos eran Francisco y Lorenzo; compartían destino y también ese viejo vagón de tren abandonado en medio de la nada, lejos de cualquier vía que les permitiese escapar. Allí dormían, allí comían, allí se guarecían de las lluvias y el frío; oxidado refugio donde se agotaban las palabras, gastadas de tanto comentario repetido, allí el silencio y la soledad los acompañaban.

Una vez al mes podían ir al pueblo distante, donde Francisco llegaba ansioso a sumergirse en brazos de su esposa. A Lorenzo no lo esperaba nadie. De carácter sumiso, más tímido con cada año que cumplía, no era capaz de acercarse a ninguna mujer. Cabeza gacha, mirada al piso, en las reuniones sólo una copa de grapa lo acompañaba.

Y... un día comenzó a pedir ayuda. Su voz tímida se dirigió a Juana y en varias ocasiones le rogó: «Consígame una novia, cuñada». Nadie pudo ver cuán desesperada era esa súplica, nadie, ni siquiera Juana. Una y otra vez volvían del puesto, una y otra vez retornaban a él. Francisco renovado, atesorando los momentos junto a su mujer. Lorenzo, de nuevo, solo.

La hora del ocaso se acercaba, en el interior del refugio Lorenzo lustraba su escopeta preferida y, como solía hacer en contadas ocasiones, le pidió a su hermano que se encargara de cerrar la tranquera sur, la más lejana: «No me acuerdo de haberla revisado hoy». Francisco partió acompañado por los mugidos de los terneros que empezaron a rodearlo. Sus voces lo aturdíen, a punto estaba de llegar, la mano ya casi en la tranca, justo entonces en el vagón aislado, resonó un disparo y los terneros callaron...

Tercera parte

Capítulo I

Convivir

Es verdad que con el tiempo se aprende a convivir con las pérdidas. Los dolores profundos, intensos, no se curan en su totalidad; son una enfermedad crónica, como las que Mónica conoce muy bien. Pero siempre se puede encontrar una droga o placebo que calme la intensidad de la pena, y así avanzar por la vida acostumbrado a su compañía.

En algunas ocasiones luego del sufrimiento aparece la nostalgia, hermosos recuerdos que, con incoherencia, provocan sonrisas y muchas lágrimas. No se escapa de ellos, por el contrario se insiste en evocar y disfrutar del pasado, hasta que la congoja obliga a volver al presente para evitar recaer en la angustia de los primeros estadios del dolor.

Mónica no fue la excepción, en los últimos siete años había perdido a Gerardo, a Daniel y a su padre. Esta, su última pérdida, fue por muerte natural y aunque quizás se pueda considerar propia de la lógica del tiempo, aun así no deja de ser una pena que superar. Ella lo estaba logrando.

—¿Qué te pasa, Mónica? Te quedaste mirando a ese tipo... che, tu paciente te espera en el cinco, tomá la resonancia, no hay nada... suerte.

—Sí, sí ya voy. Es sólo que... dame eso, después vemos el caso juntas.

Mónica deja a su colega mirándola extrañada y se dirige a su consultorio.

—¡Buen día, Eugenia! ¿Cómo está hoy?

—Igual, doctora, sigo sin poder moverme; estoy entumecida, a las piernas ya casi no las siento.

—Creo que empeora, doctora —agregó el esposo de Eugenia— desde ayer no puede mover bien el brazo izquierdo y dos veces noté que le costó pronunciar algunas palabras.

—Sí, sí, ya veo —Mónica observó la resonancia sabiendo que no vería nada que la orientara.

—Doctora, tenemos esperanza en que usted encuentre la razón de esto, pasamos por tantos médicos, no sabíamos a quién más recurrir.

—Y... disculpen pero... ¿Por qué vinieron a mí?

—¿Usted lo dice porque es muy joven, verdad? —dijo el esposo— Lo que pasa es que nuestro sobrino, que es doctor, nos dijo que usted tiene... buen olfato, si me permite la expresión, para los diagnósticos difíciles.

—¡Ah! —Mónica sonrió un segundo y continuó—. Bueno, espero que su sobrino tenga razón por el bien de Eugenia —Estuvo a punto de preguntar de quién se trataba, pero se contuvo—. En verdad es difícil su caso. No hay nada muscular ni óseo, y hasta ahora no veo nada en el sistema nervioso, sus conexiones cerebrales parecen desaparecer sin razón. Pero le prometo que seguiré buscando y haciendo interconsultas. ¿Me deja este estudio?

—Sí, por supuesto, aquí tengo muchos de los anteriores, se los dejo.

—Bien, siga con los ejercicios que le recomendaron y la veo... el viernes. Espero tener una buena noticia para usted.

Desde que Eugenia llegó a su consultorio por primera vez, Mónica no dejaba de pensar en su caso. Todo lo obvio se desvanecía como posibilidad, investigó diferentes síndromes de muy poca injerencia en la población, pero ninguno se ajustaba a la situación de esta paciente. Los medicamentos no lograban detener el deterioro, a pesar de ello Mónica no pensaba bajar los brazos.

Por su mente rondaban, ¡tantas opciones! Pensó en cada especialidad médica para ver si encontraba alguna pista; varias veces la palabra oncología interrumpía sus meditaciones, y sus descansos, pero estaba descartada desde un principio, ningún tumor afectaba el cerebro de Eugenia, ni la columna vertebral. ¿Entonces?

... Y soñó, soñó lo oculto, soñó la sangre y el tumor, soñó sus conexiones, sus radículas invasoras. Allí, el sistema inmunológico defendiendo; allí, la batalla del cuerpo, la naturaleza de uno y otro lado. Moría en parte el malo pero también el bueno. Y en esa guerra, como en todas, caían inocentes. Entonces, Mónica supo dónde buscar...

—¡Lo encontré, lo encontré! Tiene que ser esto, vení Adriana vamos a mi consultorio. Ayúdame, pensemos juntas, quiero estar segura de que no se me escapa nada antes de hablar con la paciente.

—¿Qué encontraste?

—Viste, los médicos muchas veces nos encerramos en lo obvio. Estuve leyendo parte de un informe de oncología.

—Pero ya descartaste...

—Sí, sí, es otra cosa. Los investigadores observaron que algunos tumores producen una proteína, la que sólo se encuentra en forma normal en el cerebro. Bien ¿qué pasa si el sistema inmunológico está atacando esas proteínas? Como no suele hallarlas en otras partes del organismo, las ataca como cuerpos extraños invasores. Ahora bien, si

están también en el cerebro en forma normal...—Y Adriana completó la frase.

—El cerebro también es atacado. ¡Genial!

—¿Puede ser posible? Decime que sí —preguntó ansiosa Mónica.

—¡Claro que puede ser posible!

—Ella debe tener un incipiente cáncer en cualquier lado. Sólo hay que encontrarlo.

—¿Cómo se te ocurrió buscar por ahí?

—No sé —mintió Mónica—. Dios me iluminó.

—¡Sí, claro! Por algo tenés esa fama de brujita.

—Sí ya me enteré. Bueno, voy a hablar con esta gente. Espero no estar equivocada, sino... no sé más cómo ayudar.

Le faltaban veinte minutos para que comenzara su consulta, revisó la lista de sus pacientes y Eugenia tenía el turno número tres; Mónica esperaba anhelante darle la noticia esperanzadora.

Una sonrisa de gratitud se dibujó en los rostros de los esposos. Tomados de la mano escucharon con atención todo lo que Mónica les explicaba. Los tres coincidieron en la paradoja que significaba el hecho de estar ansiosos por encontrar cáncer en el cuerpo de Eugenia, pues con ello tendrían una nueva posibilidad de ganarle a la enfermedad. Luego de coordinar los pasos a seguir, salieron del consultorio sabiendo sobre la intensa lucha que les esperaba.

Más tarde en su departamento, Mónica se sentó en silencio a disfrutar de una taza de café. Pensó en su abuela, la entristeció aceptar que para ella no había perspectiva de mejoría, el deterioro no tenía cura ni freno. En ocasiones como esta, agradecía haber heredado ese don de ella; lo podía usar como una herramienta más en su trabajo, y luego de ese día, luego de Eugenia y de su mirada llena de gratitud

y esperanza, no renegaría más de él. Era en realidad una bendición. Sonrió pensando en que Gerardo estaría feliz con la calma que ahora la embargaba; ya no necesitaba buscar los por qué, tenía los para qué.

Sus colegas ya lo habían notado, la creían más inteligente, más perspicaz o simplemente con más suerte. Brujita la llamaban a sus espaldas, brujita la había llamado hacía tantos años Sandra. «¿Qué será de la vida de Daniel?», y volvió a extrañarlo.

Dos meses después, Mónica recibió con una amplia sonrisa a Eugenia, luego de que le extirparan el ovario izquierdo, donde un pequeñísimo tumor había pasado inadvertido provocando tamaño desastre. La señora de unos setenta años ya no recuperaría su capacidad de caminar, pero se pudo detener la parálisis que poco a poco la estaba invadiendo.

—Me alegra verla tan animada y con tan buen semblante, Eugenia —y dirigiéndose al esposo— ¿Cómo está, señor Gutiérrez? Tome asiento. Bueno, cuéntenme.

—Estamos muy contentos, doctora, Eugenia no ha tenido ningún síntoma nuevo. Y gracias a usted además se libró de ese cáncer muy a tiempo.

—Es verdad, no sabemos cómo agradecerle —continuó Eugenia— estaré confinada a esta silla pero viva y lúcida, además mis manos me responden muy bien. Sigo con ejercicios de rehabilitación, pero ya no necesito ningún analgésico.

—Excelente. Bien, ante cualquier síntoma vuelva a verme. Sino, y espero sea así, pase en seis meses para hacer una serie nueva de estudios y, de no haber modificaciones, le daré el alta definitiva. No deje de ver a su ginecólogo.

—Por supuesto, gracias nuevamente.

Mónica se acercó a darle un beso a Eugenia, y el esposo con timidez primero, le dio un fuerte apretón de manos, para luego abrazarla con más fuerza aún.

Cuando salían se encontraron con Adriana que traía un sobre en la mano, se brindaron mutuas sonrisas y ella se quedó mirándolos mientras se alejaban por el pasillo del hospital, para luego entrar al consultorio.

—Perdón, es un minuto —dijo dirigiéndose a quienes esperaban afuera y cerró la puerta— ¡Te felicito! Salió como dijiste.

—Sí, gracias a Dios está muy bien, teniendo en cuenta las circunstancias.

—¡Y qué poroto te anotaste con el sobrino!

—¿Qué sobrino?

—Ella es la tía de Pereyra, sabés que tiene mucha influencia dentro del directorio del hospital.

—¿El doctor Pereyra? ¿Tu jefe?

—Sí, Jorge Pereyra, el jefe del servicio de imágenes, ¿a qué otro conocés?

—Cierto, la señora me dijo que su sobrino la había mandado conmigo, estuve por preguntarle y después...

—No te animaste, como siempre, preferís quedarte con la duda antes que preguntar algo personal. El otro día escuché un comentario al pasar en el buffet, estaba contento por lo de su tía, a mí no me dijo nada y eso que sabe que somos amigas. Es tan parco, lindo, pero parco... Bueno me voy, ¡ah! Me olvidaba de dejarte esto que pediste urgente. No está nada bien... Suerte. ¿Salimos a cenar?

—Sí, claro.

Mónica tomó el sobre que su amiga le entregó e hizo pasar al paciente que seguía. Mientras lo atendía no podía dejar de mirar la resonancia magnética que le acababan de entregar y que, desde el escritorio, esperaba con una sentencia de muerte.

Capítulo II

Las tías o verdades inciertas

Hacia un tiempo que la salud de mi abuela había empeorado en forma muy notoria. Contrataron a una persona para que le hiciera compañía por las noches, ya que de día era vigilada en forma permanente por sus vecinas, amigas y mi madre, que la visitaba un par de veces a diario. Yo había sugerido que se mudaran juntas por seguridad y también porque sería más práctico; pero ninguna de las dos quería dejar su casa. Mi abuela había hecho un par de escenas dramáticas cuando se lo propusimos: «No soy ninguna bebé para tener niñera, que mi hija se quede en su casa y yo en la mía»; tajante como siempre, su carácter se mantenía intacto, al menos cuando estaba lúcida.

Llegué a la casa de mamá sin avisarle. Ella no estaba sola, al entrar sin anunciarme pude ver por la ventana a varias personas que charlaban de forma muy animada.

«¡Hola!» —dijeron al unísono al verme entrar—. «Llegó la doctorcita de la familia» —acotó muy sonriente un rostro de facciones conocidas y de hermosos ojos verdes—. Era Elvira, la hermana menor de mi abuela. A su lado una señora robusta me miraba esperando mi reacción, su nombre: Yolanda, una de sus primas. Las dos mujeres habían llegado junto a sus esposos desde Córdoba para visitarla. Hacía muchos años que no la veían, exactamente desde el fallecimiento del abuelo Tino.

La conversación se puso muy interesante, tanto que no se apresuraron en ir a buscar a mi abuela, quien aún estaba en su casa sin sospechar nada. Por supuesto que lo primero fue el tema salud,

razón primordial por la que decidieron el viaje. Me consultaron sobre mi opinión profesional al respecto, para luego comenzar un recorrido por todas las afecciones neurológicas que afectaron a miembros de la familia; partiendo desde el caso de mi abuela y retrocediendo en el tiempo hasta donde la memoria se los permitió. Recordaron a Dora y su epilepsia, y entre otros casos nombraron a Eugenio; fue allí donde comenzó lo curioso, ya que cuando le pregunté a mi madre:

—Mamá, me suena ese nombre, Eugenio ¿No era el sobrino de la abuela que murió en una incursión al monte cuando era concripto?

—Las mujeres se miraron y mamá comenzó la polémica.

—¿En una incursión? ¿Peleando querés decir?

—Sí, con los indios. La abuela me dijo eso.

—¡No! —Interrumpió Yolanda— Eugenio tenía como... mi edad, estaba bajo bandera, pero murió de un ataque a la cabeza. Seguro que tenía epilepsia como la Dora.

—¡Por supuesto que no! Las dos dicen pavadas —dijo casi en un grito Elvira—, Eugenio estaba haciendo el servicio militar, eso sí, yo tenía por ahí alguna foto suya con el uniforme. Él se murió porque le dio difteria, le pusieron una inyección con remedio vencido y eso lo mató.

Por fin mi madre relató algo con más coherencia. Lo que se conocía, era que Eugenio estando en el ejército, fue herido en un extraño accidente —según la versión oficial—; lo inyectaron, sí, pero con penicilina, a la cual era alérgico y murió de un shock anafiláctico. Era clásico en mi abuela cambiar las historias un poco, en parte quizás porque se olvidaba —en especial en los últimos años— o simplemente porque le convenía.

A partir de allí, comenzamos una revisión de todas las anécdotas que solía relatarnos mi abuela Juana; cada uno de los presentes hizo acotaciones según lo que su memoria le dictaba. Traté de sacar conclusiones propias cuando notaba que las versiones de los demás coincidían y la que me había contado a mí no lo hacía.

Hablamos de la gran tormenta y la muerte de Cayetana. Del baile donde mi abuela conoció a Carlitos Rufino; mis tías lo describieron con lujo de detalle, su elegancia, educación, su dinero, lo hermoso que era con el cabello rubio y sus ojos azules. Y yo no pude evitar acordarme de Daniel.

Para desviar mis pensamientos les pregunté por Preciosa, la yegua preferida de todas ellas. El animal que tiraba del breque, las llevaba a todos sus destinos juveniles y tanto en las buenas como en las malas ocasiones fue fiel compañía; incluso muchos años después de que cada una siguiera su destino, Preciosa solía ser parte de sus vidas.

Reímos al imaginar el espanto de Andrea y el revuelo que causó cuando mis abuelos se comprometieron: «¡Qué horror, son primos!», parodió Elvira recordando a su madre en aquel momento. Luego mi bisabuela se tuvo que acostumbrar ya que otro de sus sobrinos se casó con la propia Elvira. «¡Qué enriedo, dos hermanas con dos hermanos, y encima primos! ¡No te digo yo... son una manga de degenerados, ustedes!», intervino jocoso el esposo de Yolanda, quien no tenía ningún lazo de sangre con su mujer. Y todos volvimos a reír.

Patricia, mi hermana, se divertía mucho escuchando las cosas que contaban y el modo campechano en que lo hacían; hasta que se tocó el tema del tren. Elvira estaba aún en el seno materno cuando ese accidente le quitó a su padre; pero la discusión se centró en si su muerte había sido o no accidental.

Elvira quería creerlo así, esa versión le llegó a sus oídos cuando tuvo edad para entenderlo. Con el tiempo alguna habladoría se había escapado de esas bocas chismosas —que nunca faltan— acostumbradas a soltar versiones que debieron callar para siempre. No había pruebas que ubicaran a los hermanos Miller en Buenos Aires por aquellos días, sólo el hecho de que no estaban en la estancia hizo caer sospechas sobre ellos; los creían celosos del cariño que los viejos le prodigaban a Augusto.

—Cierto, Elvira —dijo el esposo de Yolanda—, a mi madre le escuché comentar de los celos enfermos que le tenían a Augusto. Yo ya era grandecito cuando él murió.

—¡Sí, claro! ¿Y por eso nomás lo iban a matar? ¡Como si los viejos le fueran a heredar algo!, —respondió su esposa.

—Si no hubo ningún testigo, cómo los van a acusar. Eran cizañeros los que hablaban, siempre hay de esa gente que sólo te quieren envenenar, seguro que eran ellos los que estaban envidiosos —dijo convencida Elvira—. Fue un accidente. Además los viejos Miller no volvieron a la estancia, murieron en Buenos Aires unos años después, así que nadie en el pueblo les pudo preguntar si sus hijos estuvieron con ellos cuando la desgracia cayó sobre papá.

Luego de un breve y tenso silencio el esposo de Elvira dijo:

—¿Vamos a buscar a Juana? Ya casi es hora de almorzar.

—Sí, sí, yo voy —dije.

Elvira me acompañó. Al llegar a la casa de mi abuela, y desde la vereda, la vi acariciando al perro; miró hacia nosotras pero volvió a lo suyo sin inmutarse, el pequeño peludo la abandonó para acercarse a mí meneando la cola, recién entonces ella me reconoció.

—Pasá, Mónica. ¡Chiche!, dejala tranquila que la vas a llenar de pelos —gritó al ver los brincos que daba el pequeño perro en un intento vano por llegar a mis brazos. Me acerqué y Elvira caminaba junto a mí sin decir una palabra, mi abuela se extrañó al verla.

—Abue... mirá quién vino a verte.

—Buen día —dijo con amabilidad mi abuela—, pase, señora.

—¡Pero, Juana! ¡Qué señora ni señora! ¿Tan vieja estoy que no me reconocés?

Entonces el semblante de mi abuela cambió. Primero una sonrisa retribuyó a la que Elvira le entregaba, luego se transformó en una mueca extraña justo antes de que las lágrimas le corrieran por

las mejillas humedeciendo el rostro de su hermana al abrazarla con ternura.

—¡Mami, viniste! —dijo confundida al tiempo que acariciaba el cabello entrecano de Elvira.

—No Juanita, soy tu hermana; mirame bien.

—Sí, sí... claro, ya sé. ¡Qué lindo que viniste! Pasá, vamos a tomar unos mates.

—No —intervine entonces—, no... dejá todo y vamos a mi casa que te esperan otras sorpresas.

El almuerzo fue grato, la charla estuvo llena de matices y varias veces reviví las anécdotas que mi abuela me contara, esta vez escuchada de labios de otros, algunos de los cuales habían sido protagonistas de ellas. Disfruté al ver a la abuela feliz, aunque en más de una ocasión volvió a confundir a los presentes con alguien ya desaparecido.

Al atardecer regresé a mi departamento pensando en que quizás ya no volvería a repetirse una reunión como la de ese día.

Capítulo III

Envidia

—¡Hola, qué hermosa sorpresa! ¿Cómo está mi solcito?

—Hola tía, beso —la pequeña extendió los brazos para besar a Mónica— ¡ajimos faturas pa tomá té.

—¡Qué finas que estamos! ¿Vamos a tomar té? ¡Muy bien! Pasen. ¿Qué tal Marcela? —dijo Mónica abrazando a su amiga.

—¡Bien, gracias a Dios! Perdón que vinimos sin avisar, pero Cata no dejaba de molestar... y quería venir a tu casa... y quería venir a tu casa. No tengo teléfono desde hace tres días y las veces que fui al público no te encontré. ¿No... interrumpimos nada, no? —dijo mirando inquisidora.

—No, tonta, qué preguntás. Hicieron bien en venir, sabés que me encanta verlas. ¿Y Mariano?

—¡Bien, gracias a Dios trabajando! Te manda un beso y me dijo que no te atrevas a faltar el domingo. Está preparando ese asado como si fuera el evento del siglo.

Mónica se alegraba con sinceridad viendo a su amiga superar aquella tragedia, retomando la vida en el punto donde se detuvo, un par de años, por la muerte de Gerardo. Marcela pudo convertirse en maestra y para Mariano el logro fue conquistarla; con paciencia la convenció de que él era el indicado y que no todos los amores terminan mal. Era lógico que Marcela pensara así, su experiencia y la de Mónica eran causa suficiente.

Marcela había recibido tímida el amor de ese hombre, el hombre que pensó no existía para ella; Mariano logró que ella se enamorara de nuevo, con otro amor, diferente como diferentes son las personas y más aún las relaciones.

Mónica volvía a alegrarse cada vez que lo veía, ya sea sola o en familia; se alegraba, pero también los encuentros traían consigo rastros de viejas angustias que le provocaban dolor. Una opresión en el pecho que a veces creyó se trataba de envidia. De ser así, no había malicia en Mónica; no deseaba el final para la felicidad de su amiga, ni quería para sí misma la familia de Marcela. Lo que ansiaba, aunque no lo razonara de esa manera, era volver a amar y así olvidar de una vez y para siempre a Daniel. Quizás para Marcela fue más fácil —así lo veía Mónica— porque no había ninguna posibilidad de que Gerardo volviera; en cambio Daniel...

La envidia puede dañar a quien la experimenta o a quienes la rodean, dependerá de cada persona y cómo maneje ese sentimiento negativo. Al querer escapar de este, lo cierto es que Mónica se abrió a las posibilidades que la podían llevar a obtener lo que anhelaba. Como reacción a lo que sentía comenzó a sacudirse el pasado, aunque no lo hizo en forma consciente.

Casi seis meses habían pasado desde la última consulta que le hiciera Eugenia, pronto volvería a su revisión. Mónica ansiaba concluir todos los exámenes, y entonces con las pruebas concretas en la mano darle el alta definitiva. En las últimas semanas, cada vez que llegaba a su consultorio, leía con avidez la lista de pacientes, buscándola. Durante todo ese tiempo, no hacía más que pensar en esa señora. Era cierto que la relevancia que tomó en el ámbito de su trabajo lo ameritaba, pero Mónica percibía que había algo más que la ligaba a Eugenia. Muchos otros pacientes con afecciones complejas habían llegado a ella cuando se enteraban de su perspicacia para diagnosticar; y quizás eso era suficiente para sentirse así con respecto a aquel primer caso que tomara tal notoriedad en su entorno laboral.

Aunque Mónica no estaba tan segura de que su ansiedad tuviese que ver sólo con ello.

Cada vez que se encontraba con Adriana en el buffet del hospital, Mónica esperaba algo de ella, no sabía con exactitud qué, pero esperaba. «¿No tenés nada nuevo que contarme?», solía ser la pregunta reiterada, pero la mayoría de las veces los chismes o comentarios serios de su nueva amiga no la satisfacían.

Fuera del consultorio estaba siempre alerta, como buscando a alguien o algo, en los pasillos, en la enfermería y el buffet, en la administración y el hall central. A veces sentía un escalofrío y giraba con rapidez sobre sí misma buscando a ese ente que le provocaba tal inquietud.

—¿Tenés frío? Ponete el suéter —le dijo Adriana sentada frente a ella en el buffet donde compartían una taza de café.

—No, no es eso, sólo es un chucho, como diría mi viejo, espero no enfermarme.

—Acá te podés pescar cualquier cosa. ¡Uh... mirá quién viene para acá, no lo puedo creer!

Y Mónica lo supo. Aún sin verlo sintió su presencia acercándose y estuvo segura: él era la causa de su desazón. El elegante doctor se detuvo titubeante frente a ellas y las saludó con una leve mueca que pretendía ser sonrisa, y luego dubitativo comenzó a alejarse con lentitud. Adriana se inclinó sobre la pequeña mesa para acercarse a Mónica, quien aún seguía con la mirada a ese hombre mientras pensaba: «¡No puede ser!».

—¡Qué loco, viste sonrió! —le dijo Adriana al oído—, nunca sonríe, debe haber bebido algo —y soltó una carcajada.

—¡Sh...! Callate, no seas mala, ¡ojo que vuelve!

—Perdón Adriana —y dirigiéndose a Mónica—, doctora no he tenido la oportunidad de agradecerle todo lo que hizo por mi tía, creo que está usted al tanto de que la señora Gutiérrez... Eugenia... Eugenia Pereyra, es mi tía, alguien muy cercano a mí. Por otro lado, y como profesional, la felicito es usted de verdad intuitiva, realmente

ya no teníamos esperanzas. ¡Eh...! Gracias de nuevo, es todo, no les quito más su tiempo. Buenas tardes.

Se retiró con rapidez dejando a las amigas boquiabiertas, lo vieron alejarse erguido y con paso seguro. Mónica sólo atinó a articular un: «gracias», él no le dio tiempo para más. Y Adriana continuó diciendo:

—Viste, se destapó. Para mí es mentira toda esa capa de seguridad que lo cubre; es fachada, debe ser muy corto de carácter o..., sino es como siempre pensé que era, un arrogante de aquellos.

—No sé parece tímido ¿Siempre es tan formal?

—Sí, y calladísimo, sólo dice lo elemental. Pero... para que se acerque así, algo se trae... «No he tenido la oportunidad» ¡Mentiroso! si vive en el hospital, viene a decir que no te pudo agradecer antes, hace meses de lo de su tía. Te digo, yo también soy medio brujita como vos... pero con los romances —y volvió a reír—. Conmigo no es la cosa, a mí me tiene a mano todos los días. Es con vos, este último tiempo estuvo más raro que de costumbre.

Mónica escuchaba a su amiga sin dejar de mirar a todos lados, por temor a que los demás oyeran o peor, que él volviera. Y la interrumpió:

—Callate, no seas loca, es un hombre mayor, sólo fue amable conmigo.

—¿Mayor? Sí, pero no mucho, serán unos diez años más o menos, quince... además qué importa. Está en buena forma ¿Lo viste sin guardapolvo?

—Mejor callate y terminá tu café, yo te dejo me tengo que ir.

Mónica creyó que esta vez sus presentimientos estaban equivocados, que sus premoniciones la engañaban, no podía ser él aquel que le provocaba tal inquietud; aquel que buscaba detrás de cada puerta que se abría en el hospital. Él no se parecía a Daniel

ni a Gerardo. Él era de otra esencia, un hombre diferente a los que habitaron su vida.

A partir de ese día lo veía cada vez con más asiduidad. Fue como si antes, mientras Mónica trataba de descubrirlo, él se ocultara, pero ahora parecía ser todo lo contrario. Se presentaba, como por casualidad, cuando menos lo esperaba y en cada ocasión agregaba un detalle a su encuentro. Primero fue sólo el parco saludo, luego una verdadera sonrisa, no la mueca del primer día en el buffet. Más tarde cruzó con ella más de dos palabras y esperó la respuesta de parte de Mónica; sólo temas que los involucraba como profesionales o simplemente climáticos los detenían por unos momentos, pero en cada oportunidad la plática duraba unos segundos más. Y Mónica comenzó a mirarlo con otro interés, quizás no era su instinto el equivocado, quizás era sólo prejuicio lo que la hacía negar la posibilidad de una relación con él. Una y otra vez se sumergía en cavilaciones que involucraban a Jorge.

...No es para mí, no sé... además no me ha dicho nada, son sólo inventos de Adriana y yo... que le llevo el apunte. No puede ser él, él... él es demasiado... es tan... ni siquiera sé si me gusta, no es hermoso como Daniel, es... su belleza es... antigua, rígida ¿fría? no sé, siempre ¡Tan impecable! No se parece a Gerardo, no creo que pueda ser siquiera mi confidente... ¿Cómo habría sido...? Si tan solo Gerardo no... No, Jorge es tan diferente... No veo en él a mi padre ¡Eso tampoco, no!... Yo tuve un papá y él murió, como Gerardo, no necesito otro padre...

Capítulo IV

Jorge

Se esforzó en numerosas ocasiones, durante su vida adulta, para recordar su primera niñez; pero la memoria sólo lo transportaba hasta la época en que Eugenia lo llevó a vivir con ella, Jorge contaba entonces con unos seis años. Tenía conocimiento por su tía de que esa etapa olvidada había sido difícil, pero nunca le contó detalles, consideraba que no tenía sentido alguno recordarlos y él había respetado esa decisión.

Sabía de la muerte accidental de su madre. No recordaba el rostro materno, vivo, real, su mente, sin más, le remitía a alguno de los muchos retratos que había en la casa. Lo único que atesoraba de ella era una caricia que revolvía el cabello, le cosquilleaba en la oreja y terminaba en su mejilla. Jorge no permitía que nadie le desordenara el pelo.

A su padre lo recordaba como un hombre circunspecto, obsesionado por el aseo y la prolijidad; pero su tía le confesó que no siempre había sido así. La viudez temprana lo había arrastrado a la depresión y esta a la muerte en poco tiempo.

Eugenia cumplió con creces el rol de madre que el destino le impuso. Tenía dos hijas y adoptó a su sobrino sin dudarle. En retrospectiva ella reconocería que le prodigó más cuidados a él que a sus propias niñas. Lo veía tan serio, incluso mientras se entretenía con sus juegos favoritos o estando con amigos, ellos lo rodeaban y reían como cualquier niño cuando se divierte, a Jorge sólo lo iluminaba una leve sonrisa en esos momentos. Nunca debieron reprocharle nada de su conducta, se diría que fue un adulto responsable desde la niñez. A su tía le preocupaba ver como cumplía con rigurosidad los rituales

de higiene y orden que le dictaban: «Ningún niño es tan obediente», pensaba. Pero Jorge era feliz así, amaba a Eugenia y era su forma de demostrarlo; esa docilidad hizo que en varias oportunidades sus primas se aprovecharan de él; ellas con inocentes estratagemas lograban deshacerse de sus propias obligaciones para cargárselas a Jorge.

Meticuloso al extremo, vio en la especialidad de diagnóstico por imágenes la posibilidad de estudiar con detenimiento las afecciones de los pacientes, sin tener que indagar mediante un trato personal más cercano sobre detalles de las posibles enfermedades. Mantenerse a distancia era la forma que tenía de interactuar con la mayoría de las personas. Sólo unos pocos familiares directos y un par de amigos formaban su círculo íntimo. Y ni siquiera ellos podían decir que lo conocían en profundidad.

Uno de sus gustos, el fútbol. Muchas veces, estando en casa de sus tíos, solía abandonar el grupo para ver algún partido de su equipo favorito, sentado solo en el living de la casa. Si la suerte estaba de su lado, y algún gol modificaba el marcador, lo único que se escuchaba de su boca era un: ¡Sí!, corto y contundente, acompañado por un puñetazo de la diestra sobre el apoya brazo del sillón. Nadie sabía dónde o de quién se había contagiado esa pasión, ya que por tradición tanto su familia como sus amigos gustaban del tenis o del rugby.

Las mujeres con las que había estado involucrado no pertenecían a su entorno social. Sus relaciones sentimentales siempre las mantuvo a discreta distancia de la familia. Excepto una que pertenecía a una organización filantrópica con la que Jorge colaboraba. Ella no era doctora; la había conocido durante el tiempo en que formó parte de un grupo de profesionales de la salud que prestaban servicio voluntario por todo el mundo. Él aún no se había decidido por ninguna especialidad y viajó como médico generalista al extranjero. Se obligó al trato directo con personas carentes de casi todo —fue un reto autoimpuesto—; necesitaba acercarse a la gente y así intentar reponerse ante las pérdidas inevitables. A pesar de tener la satisfacción de detectar enfermedades y de lograr la cura de muchos, se dijo a sí mismo que no podría transitar toda su vida así.

Al volver, luego de dos años de asistencia en el exterior, el vínculo con aquella dama se afianzó, y aunque nunca la presentó formalmente a la familia, todos pensaron que ella era la elegida. Pero pronto, cuando comenzó a correr el rumor de casamiento, Jorge se encargó de desmentirlo terminando con la relación.

Capítulo V

Coincidencia

Al igual que Mónica, Jorge, se mostraba aprensivo ante lo que experimentaba, buscaba posibles explicaciones a aquello que no la tenía. Él, con casi cuarenta años, nunca se había sentido como en ese momento, incapaz de gobernar sus emociones. Jamás lo había movilizado una mujer como Mónica, varios años menor, una colega y con quien no había tenido ningún acercamiento social previo; simple y llano: se sentía enamorado. Algo que no le había pasado ni siquiera en su adolescencia. Desde ese entonces y hasta la actualidad, sus relaciones sólo lo habían satisfecho, no lo completaban espiritualmente y por ello terminaban pronto.

No podía creer que su mente se dispersara en cualquier momento hacia la imagen de Mónica, no se reconocía a sí mismo. ¿Qué había sido? Trató de desentrañar los motivos de su atracción hacia ella, como si se tratara de una enfermedad y quisiera encontrar el origen, la causa, la razón.

Pensó en el aspecto físico y lo estudió en su mente seccionándolo como hacen las tomografías con el interior del cuerpo. Se presentó frente a él la imagen de su cabello apenas ondulado cubriendo con obstinación la mejilla derecha, a pesar de ese acto permanente, tan suyo, por retirarlo; los ojos esquivos que le negaban su color; los labios sin maquillaje... de ellos imaginó, por sólo un instante, el sabor. Vio en detalle la nariz y el mentón desde varios ángulos, y se percató de la armonía con la que componen su perfil cuando sonríe; todo pudo ver mientras tomaba —a solas— un whisky sentado frente al televisor luego de la cena; después creyó acariciar sus manos pequeñas, «toda ella es pequeña», se dijo, y fue más allá; recordó aquel día que la cruzó al salir del estacionamiento del hospital, donde pudo observarla sin el

guardapolvo, entonces estaba enfundada en unos jeans y una bella camisa blanca que dejaba traslucir con sutileza su torso. Comenzó a sentirse agitado y se levantó, sirvió otra copa y concluyó: «Estuve con mujeres más bellas».

Se concentró en la trama de la película de acción que miraba, pero de nuevo sus pensamientos giraron hacia Mónica y al día que la conoció. Ella venía escoltada por el director del hospital, que había tenido la deferencia de presentarla con algunos de los colegas con los que trabajaría a partir de entonces, entre ellos estaba Jorge. Mónica saludó a cada uno con una leve inclinación de cabeza al ir escuchando sus nombres, y acompañó ese gesto con una sonrisa tímida; cuando llegó a él, Jorge notó que ella bajó la mirada con rapidez. Luego el director le pidió a Adriana, la más joven de los médicos allí presentes, que se encargara de ir presentándole de a poco al resto de sus colegas y le mostrara las instalaciones del enorme edificio.

Todo lo que cavilaba no le indicaba el porqué de su obsesión, ella no se había percatado hasta el momento de su presencia, no habían intercambiado nunca ni un par de palabras. Siempre había sido Adriana la intermediaria cuando el trabajo de los dos tenía alguna conexión, ya que ambas cumplían los mismos turnos laborales y él, como jefe del servicio, en general, sólo supervisaba a los demás profesionales. Entonces ¿dónde estaba el nexo?, ¿dónde el origen? En las últimas semanas le parecía reconocer hasta su perfume por los pasillos, no era lógico y Jorge era una persona lógica; esto lo estaba perturbando.

Un día, de pronto, reparó en algo; su estado de susceptibilidad con respecto a la joven doctora no fue inmediato, no comenzó apenas la conoció. En cierta ocasión, estando en su oficina, escuchó a Adriana haciendo un comentario sobre la nueva integrante del staff médico: «Es muy inteligente, le sugirí algo al doctor Méndez que lo sacó de una encrucijada con uno de sus pacientes...», Jorge supo que ese fue el momento en que comenzó a fijarse en ella.

Unos meses más tarde surgió el problema de Eugenia. Él, luego de recomendarle a su tía que le hiciera una consulta a la joven neuróloga, le dijo que no pensaba intervenir personalmente, ya que temía intimidarla o predisponerla mal ante la presión que, era

consciente, provocaba con su sola presencia en los más inexpertos. Fue la primera vez en la vida que renegaba de su forma de ser, de su aspecto de señor omnipotente, hubiese deseado intercambiar opiniones sobre el posible diagnóstico de Eugenia en forma directa con Mónica; pero en realidad —aunque no lo reconociera— era él quien estaba temeroso de enfrentarse a ella.

Luego del buen desenlace de la enfermedad de Eugenia, Jorge decidió que era un momento perfecto para acercarse y, con la excusa de la salud de su tía, comenzar una relación amistosa que le permitiera conocer sus diferencias —las que seguro existían— y estas desvanecerían esos sentimientos atípicos en él. Pero desde ese día, ya habían pasado más de cinco meses. No podía dilatarlo más, estaba convertido en un perfecto cobarde. Se prometió que al día siguiente se le acercaría en el buffet.

—¡Viniste...! ¿Te trajo tu novio? ¡Qué lindo auto tiene!

—No tengo novio, abuela,... vine con mami a visitarte y también a darte un reto.

—¡Qué lindo muchacho! Y tan bueno...

—Pará, abuela, con eso... ¿Por qué salís sola a la calle? ¿No te dijimos que no debés hacerlo?

—Viste... Te dije que no ibas a ser como la Matilde... Salí porque tenía que comprar el pan para el abuelo Tino.

—Mamá... papá ya no está... vos tenés que quedarte en la casa..., sino... vamos a tener que internarte —dijo Teresa para asustar a su madre—. Otra vez te encontró la vecina como a diez cuadras de acá y no sabías dónde estabas.

—Bueno... si tengo que salir salgo, ya soy grande no me tienen que controlar... Sabías, Mónica, que el abuelo Tino es diez años mayor que yo ¿No?...

—Si, abue,... ya me lo contaste.

Mientras volvían hacia su casa, después de que llegara la enfermera, la madre de Mónica la interrogó:

—¿De quién hablaba? De Daniel... no...

—¡No...! De nadie, sabes que inventa, por desgracia cada día está peor— concluyó con malhumor más que con pena.

Capítulo VI

Sosiego

Tenía los dedos entre sus cabellos y él tomó sus manos para detenerla. Mónica lo besó y Jorge se rindió de inmediato, dejándola hacer...

Estando aún agitados y con las manos entrelazadas Mónica comenzó a llorar.

—¿Por qué llorás? No me asustes...yo...

—No... —dijo Mónica enjugándose las lágrimas con las sábanas— es sólo la emoción, hace tanto tiempo que no me sentía tan... tan bien... que si no lloro... mi corazón va a estallar.

—¡Eh...! No... no sé qué responder a eso... ¿Gracias? ¿No corresponde, no?

—No, no corresponde —dijo Mónica sonriendo.

Después de la inquietud de ambos, la pasión, y ahora había llegado el sosiego. Mónica miraba a ese hombre con tanta ternura, lo tenía frente a ella desnudo, vulnerable. No era para nada el señor formal y soberbio que conocían los demás. Cuando el sol de la tarde logró colarse por entre las cortinas y lo iluminó, Jorge volvió a besarla, y comenzó a ordenarse la cabellera con las manos.

—No... déjalo así... nunca te había visto despeinado... te queda tan lindo...

—Es una obsesión mía... no logro sentirme cómodo si no está prolijo... puedo quedarme desnudo pero peinado... Aunque, si querés...

yo lo arreglo y vos lo volvés a desordenar —las últimas palabras se las susurró al oído.

Y Mónica así lo hizo.

Durante la cena informal que consumían hambrientos en la mesa del living, Mónica comenzó a sonreír, como quién de pronto recuerda un chiste; Jorge la miró extrañado y ella al darse cuenta le dijo con picardía:

—¿Te puedo preguntar algo?

—Ya lo hiciste.

—¡Ah! Ahora también sos gracioso.

—Y... ¿Qué pensabas? No soy tan amargo como se dice por ahí. Podés preguntar lo que quieras...con confianza, con confianza, creo que te la ganaste hoy.

—Ah... Bueno ¿Te burlás de mí?

—No, claro que no, soy feliz, de verdad muy feliz... preguntá.

—¿Cuántos...cuántos años tenés?

Jorge comenzó a reír con tanta energía que lo desbordó, quizás fueron las primeras carcajadas de su vida y cuando se calmó le respondió:

—Si te digo que... cincuenta... te suicidás.

—No... no... suicidarme no, soy médico y defiendo la vida, sólo voy a ir encargando el bastón para el nono. Y en todo caso... ¿Qué cremas usás para tener el cutis así?

Ninguno de los dos había estado tan feliz en los últimos años. Jorge no recordaba si alguna vez, en verdad, lo había sido; no de esa manera, no tan libre. Con Mónica él era otro, se sentía despojado de la pesada máscara que, él mismo, se había echado encima desde siempre.

Conversaron hasta muy tarde del presente que los unió y del pasado de cada uno; hablaron de cosas que creían olvidadas, de pequeñeces y de temas importantes. Así eran sus encuentros, los que

habían comenzado con sólo dos palabras en uno de los pasillos del hospital; mientras que el de ese día, había terminado entre las mantas de la cama de ese soltero al parecer sombrío y a la vez codiciado. Y de la cama habían regresado a las palabras, algunas de las cuales quedaron escondidas en el interior de cada uno de ellos esperando, algún día, ser develadas.

Jorge la despertó con un café, ella debía ir al hospital. Él tenía el día libre, como siempre que así era, vistió un equipo deportivo y salió a trotar. Sus pasos lo llevaron a su plaza preferida y sin pensarlo llegó luego a la casa de sus tíos.

«¡Hola, corazón, qué linda sorpresa!», le dijo Eugenia alzando los brazos como una niña que pide la levanten, y así poder besar a su hijo adoptivo. Su tío y una de sus primas lo rodearon preguntándole si ocurría algo, ya que no era su costumbre llegar sin previo aviso.

—No, no sucede nada, sólo pasé.

—¿Querés un café, un té, algo fresco?

—Sí, tío, algo fresco por favor.

El hombre se dirigió a la cocina y la joven mujer arremetió con un tema que lo exasperaba:

—Primo... ¿Cuándo me vas a hacer caso? ¿Por qué no te teñís esas canas? Te hacen parecer más viejo.

—Estoy muy bien con mis canas. Y... hablando de otra cosa ¿Qué es de la vida de tu hermana? Hace mucho tiempo que no la veo.

—Y... criando hijos, esos diablitos la tienen muy ocupada.

—Está muy bien —intervino Eugenia— si no fuera por ella, yo nunca hubiese sido abuela. Porque lo que es por ustedes, me tendrían esperando todavía.

—¡Ah, no, mamá! sabés que a mi marido y a mí nos encanta viajar, y con chicos no se puede. A propósito Jorge, mañana nos vamos a Cancún.

—No te digo yo, Eugenia —dijo su esposo entregando un vaso de jugo a Jorge— ella que no para de moverse de un lado a otro del mundo, y él que está demasiado quieto.

—Sí, primo, ¿para cuándo un poco de acción de tu parte? Algo que nos puedas contar.

—No molestes... además... en cualquier momento les traigo una sorpresa.

—¡Era cierto, era cierto que algo pasaba! Ahora nos contás.

Pero Jorge no dijo nada más por ese día. Y unas semanas después, durante un almuerzo de domingo, que sólo prometía fotos de un viaje y barullo de niños, Jorge cumplió su promesa llegando acompañado a esa misma casa.

Seis meses fue tiempo suficiente. El trámite civil fue encantador, culminó luego en un restaurante muy distinguido del centro, donde celebró sólo la familia. Juana, maravillada por cada detalle del lugar, acaparó la atención en varias oportunidades con sus historias alusivas al momento que vivían. Los pequeños sobrinos de Jorge perturbaron el ambiente festivo y la sobremesa se dilató tanto como creció la propina para los mozos. Sólo Patricia se retiró temprano.

El departamento de Jorge recibió a la pareja por la tarde. Se convertiría en el hogar de ambos recién al día siguiente, ya que Mónica se había negado a mudarse con anterioridad a pesar de los pedidos reiterados que él le hiciera. Incluso esa noche quiso pasarla sola, en su propio espacio, como despedida de su antigua vida. Jorge la llevó hasta la puerta del edificio y se despidieron con la ternura de los novios adolescentes. Él pensó en un resabio de antiguas costumbres, y aunque inquieto, respetó sin decir nada la decisión de Mónica.

Se sentó en silencio con una copa de vino y una suave luz envolviéndola. Recorrió con la mirada cada rincón de ese lugar, lo

primero y lo único importante que su independencia económica le había permitido comprar; ya que el pequeño automóvil que aún la llevaba a su trabajo había sido un regalo de graduación de su padre. En ese momento lo extrañaba más que nunca; cómo le hubiera gustado que estuviese presente en ese día trascendental, que fuese testigo de su felicidad y que pudiese conocer a ese hombre que había elegido para el resto de la vida; sí, con esa convicción lo había elegido.

El último sorbo de vino le trajo un recuerdo que hacía más de nueve, quizás diez meses que no la perturbaba: Daniel. La primera reacción fue de temor: «¿Por qué ahora viene a mí su imagen?». Pero luego la enfrentó y se dio cuenta de que ya no le dolía. Sondeó en varios de los momentos que compartió con aquel que fuera su primer amor, incluso se atrevió a aquellos de gran pasión... y salió airosa. Sólo eran hermosos recuerdos de una etapa pasada y superada con mucha fuerza de voluntad.

Sirvió media copa más y fue a la cama con ella. Los últimos minutos de conciencia se los dedicó a Gerardo, elevó una plegaria por su alma y se durmió.

El sonido del teléfono la despertó, las primeras luces de la mañana hacían un esfuerzo por romper la noche que se resistía. Con somnolienta voz contestó:

—Hola.

—Hola, amor. ¿Dormiste bien?

—¡Por supuesto... muy, muy bien!

La ceremonia íntima pero a la vez elegante, resumía la esencia de los dos en cada detalle. Desde la pequeña capilla elegida y decorada sólo con rosas blancas, hasta el anciano sacerdote, confesor de Eugenia, quien conocía a la familia y su historia, lo que le permitió realizar una homilía perfecta y emotiva. El salón cobijaba a los sesenta invitados, de tal manera, que desde la mesa principal Mónica y Jorge podían verlos a todos. Entre otras, por supuesto estaba la mesa más

querida con Eugenia y su esposo, Teresa, Patricia y Juana, la que estuvo presente toda la noche brindando feliz por su nieta y bailando como si fuera la más joven de la fiesta. Muy cerca, las primas de Jorge y sus familias bulliciosas. Luego el director del hospital quien fuera el primero en enterarse de la relación alentándola sin dudarla. Adriana exultante. En una mesa el sacerdote olvidó por una noche que la gula es un pecado capital. Más allá, los amigos de la infancia de Jorge incrédulos aún ante el cambio. Y en otro sector Marcela, su esposo y la pequeña Catalina.

En un momento de música estridente, los novios se sentaron tomados de la mano, él charlaba con un familiar que, parado a su lado, lo acaparó unos minutos. Ella vio que su amiga de la infancia dejaba la zona de bailarines, en la que quedó Mariano con su pequeña niña. Ambas mujeres se miraron a los ojos sonriendo. Mónica creyó escuchar lo que la otra pensaba: «Felicidades, lo lograste, te quiero mucho. Gerardo debe estar feliz, ¿te quería tanto!, más de lo que debía». Marcela levantó la copa, desde lejos Mónica la imitó, y al beber ya no la escuchó...

Eugenia durante el brindis tomó la palabra para emocionar a todos con una reflexión: «Agradezco a Dios por permitirme vivir esta noche. Dicen que sus caminos son sorprendentes, inexplicables, nuestra razón no alcanza a comprenderlos. Nos planteamos por qué nos suceden las cosas que nos pasan, qué pretende Dios de nosotros, o qué hicimos para merecer nuestras penas, pero... Él es más grande... Yo como cualquier otra persona me lo pregunté, hasta me enojé en un principio cuando me dejó sentada en esta silla para siempre. Pero saben amigos... hoy estoy feliz porque fui una herramienta que Dios utilizó para que mi hijo conociese a la mujer de su vida. Aquella que lo hará feliz y estoy segura de que así será. Mónica, la intuición que forma parte de vos, salvó mi vida, y a cambio Dios amparará y bendecirá el amor que se tienen. Los quiero mucho, mucho, mucho».

Capítulo VII

La revelación

Gracias a la generosidad de nuestro jefe, pudimos disfrutar de casi un mes de licencia. Gran parte de ese tiempo estuvimos viajando, por mi parte conociendo lugares maravillosos que sólo había podido soñar con recorrer alguna vez. Para Jorge, en cambio, era su segunda visita a casi todos ellos; desde pequeño viajaba en familia por el país y fuera de él, luego de adulto lo siguió haciendo acompañado de sus amigos, y con seguridad también con alguna de sus antiguas parejas.

El sur del país nos recibió con una —para mí— inusitada primavera, donde la nieve cubría los retoños de las primeras plantas que se animaron a salir de la hibernación. La exaltación al observar el glaciar Perito Moreno, su imponencia, y los silencios profundos que todos los allí presentes guardábamos por instinto, nos llevaba a la reflexión. Y yo reflexioné: La entrega mutua es la base de un buen matrimonio, la confianza, la ausencia de secretos aumenta el lazo espiritual y nos permite llegar a casa, al final de cada día, sabiendo que encontraremos el sosiego de un verdadero hogar. Mónica, me dije, tenés aún un secreto por develarle a tu esposo.

Desde el día en que estuvimos a solas en su departamento por primera vez, no me exaltaron ni sueños ni visiones. Parecía que Jorge era el antídoto contra mi hipersensibilidad. Pero era consciente de que eso no duraría. Ya sea porque un hecho penoso me rozara, que un paciente movilizara mi necesidad de encontrar el origen de su problema a cualquier costo o, más simple aún, que mi abuela con su sola presencia estimulara esa peculiaridad mía. En cualquier caso ya no se lo podría ocultar, no sabía como hacerlo.

Con la convivencia descubrí hasta la más pequeña imperfección, cada manía de Jorge, cada costumbre, diferentes detalles íntimos que no me agradaban y que debía comprender o ignorar si no fuera posible cambiarlos. Lo hablábamos todo, poco a poco se fue descubriendo por completo. Dijo lo que le molestaba de mí, y prometió intentar deshacerse de esos pequeños hábitos que lindaban con la obsesión. Cada charla de sobremesa dejaba un espacio para contar detalles de su vida, cosas insignificantes que lo definen, que lo hacen quién es.

Y yo no era recíproca con esa actitud de extrema confianza. Él, un hombre introvertido, se había entregado a mí en su totalidad, merecía lo mismo de mi parte. Me amaba y yo a él, tenía que hacerlo, debería ser fácil revelarle mi secreto; tan fácil como lo fue con Gerardo y Marcela. Ella desde el vamos intentó convencerme de que era mi obligación contárselo todo a Jorge, pero yo no me animé. La experiencia con Daniel y mi padre, quienes no me comprendieron, me indujo a pensar en negativo. Cómo reaccionaría Jorge con su pensamiento tan estructurado y lógico, tan pragmático, casi un agnóstico.

Cada día me prometía que le contaría cómo develé el origen de la afección de su tía y la de otros pacientes. Cómo pude ver al padre de Daniel muerto. Y cómo predije la caída de la rama que mataría a ese niño, permitiéndome así detener la tragedia. Pero en cada oportunidad me arrepentía y sólo le contaba cosas ciertas, con facilidad demostrables o creíbles.

Quizás fue mi propia inseguridad o el temor de perderlo...

...Mónica estaba preparando la cena, sabía que él vendría en unos minutos de jugar al tenis con sus amigos. Escuchó la llave en la cerradura, lo vio entrar desencajado, como nunca antes lo había visto... Sin preguntarle nada Jorge comenzó a gritar, blandiendo la raqueta como si quisiese pegarle o borrarla de su vida; la trató de bruja, mentirosa, esquizofrénica... ¡¿Cómo podía atender a los pacientes con eso?! Estaba ensuciando la ciencia con creencias absurdas y... Las palabras de justificación se agolpaban en la garganta de Mónica

impidiéndole respirar... No podía responder a tanta violencia verbal... De pronto todo se oscureció y ya no escuchó nada más...

Sentí los leves golpes en mis mejillas con los que Jorge me hizo reaccionar, entreabrí los ojos y pude ver lo asustado que estaba.

—¡Volviste! —dijo, me dio un beso y comenzó a tomarme el pulso— ¿Qué te pasó?

—La comida...—atiné a decir cuando olí el humo que venía desde la cocina.

—No te preocupes por eso, ya cerré el gas. ¿Qué te pasó? Te encontré en el piso.

Me senté en la cama donde él me había acostado, la cabeza aún me daba vueltas. Él me observaba esperando mi respuesta y yo... le contesté con otra pregunta:

—¿Crees en Dios? —Me miró como si no hubiese comprendido.

—¿Qué tiene que ver eso ahora? ¿Qué te pasó?

Lo tomé de las manos mirándolo a los ojos.

—Por favor, respóndeme.

—No... no sé que creer, sabes que estoy seguro sólo de lo que veo, palpo o siento. Sé que te amo porque lo siento acá, profundo —se golpeaba el pecho como en un acto de contrición—. No me asustes ¿Qué te pasó?

—Te mentí, Jorge. Hay algo que nunca te conté.

No sé qué le pasó por la cabeza en ese momento, pero su rostro denotaba pánico.

—Bueno, por favor contame ahora —dijo ansioso, casi desesperado.

—No fue mi inteligencia o intuición lo que me permitió saber qué enfermedad aquejaba a tu tía.

Y le relaté mi sueño. Quiso interrumpirme, decirme que fue casualidad. Me pareció escuchar que de su boca era la voz de Daniel la que brotaba con sus mismas palabras.

—Lo soñaste porque estuviste pensando en el caso de mi tía por mucho tiempo, entonces recordaste lo de ese estudio de oncología...

—No, Jorge, te mentí, no leí ningún informe antes; lo busqué y lo encontré después, después de que lo soñara.

Se sentó desmoralizado junto a mí y le conté en detalle mi vida en torno a las visiones, premoniciones, sueños... Fue un soliloquio de casi una hora.

No gritó, no blandió ninguna raqueta, ni me trató de loca. Se quedó en silencio, pensativo. Hacía un largo rato que había sacado sus manos de entre las mías y las había apoyado en su rostro, como para evitar verme; así había escuchado todo lo que le confesé. Luego dijo:

—¿Estás mejor?

—Sí —contesté.

—Bien, voy a salir. —Y dando por terminada la discusión, se fue.

Me dejó sola, sentada en la cama con un sentimiento que unía culpa y temor. Por impotencia mis lágrimas brotaron esta vez, me acosté un rato, me levanté luego y caminé por el cuarto; miré el reloj no menos de cien veces; ordené el desastre que había hecho en la cocina y me serví una copa de vino tratando de evitar llorar de nuevo; no lo logré.

Era pasada la medianoche cuando lo oí entrar, yo me había acurrucado en la cama y como tonta me hice la dormida. Lo escuché llegar y acercarse; lo presentí parado en la oscuridad, a mi lado, mirándome; se sentó en el borde de la cama, quitó el mechón de cabello que cubría en parte mi rostro y me dijo:

—Mirame, sé que estás despierta —encendió la luz y continuó—. Ahora me toca hablar a mí. Primero, estoy muy, muy enojado, deprimido, decepcionado. ¿Qué te pasa? ¿No sé qué pensar de tu

actitud? Me defraudaste, creí que eras valiente. ¿Me tenés miedo? ¿A mí? O... ¿A qué le tenés miedo? ¿A qué te deje? ¿A qué te denuncie por práctica de la brujería? No sé qué se te cruzó por la cabeza. Pero creí... y es lo que más me duele, que confiabas en mí a ciegas, como yo confío en vos. Los que se aman confían. ¿Vos no me amás? — Intenté decir algo, pero no me dejó—. Esperá, estoy hablando yo... — Suspiró profundo y continuó—. El que yo no crea en algo, no significa que descalifique o menosprecie a quienes sí lo hacen. En especial si como resultado de esa creencia surgen cosas positivas. Sabés bien, porque te conté todo sobre mí, que amo con profunda admiración a mi tía Eugenia. Y sabés también que ella es una gran creyente, de la existencia de Dios, de sus designios. Acaso... ¿La menosprecio por eso? No, claro que no. ¿Sabés? y esto te lo estoy contando ahora, la envidia, envidia la forma en que esa confianza en Dios la ayudó en la vida, con todas sus desgracias; envidia el modo en que superó su último desafío, la enfermedad. Dice que es feliz a pesar de todo y yo le creo. Entonces, sabiendo la manera en que te amo, y como soy con los que amo. ¡¿Cómo pudiste hacerme esto?! ¿Por qué no me contaste algo tan importante de tu vida antes? ¿Soy menos de lo que fue Daniel o Gerardo? A ellos sí se lo contaste enseguida. ¿Pensaste que no te iba a querer más? Pues estás muy equivocada. Yo no te voy a dejar de querer... nunca. Porque jamás sentí lo que ahora siento, y te lo repito, en eso creo con toda convicción. Y vos sos la culpable de ese sentimiento. Mientras no me dejes de amar, me vas a tener a tu lado incondicionalmente. Te lo juro, a pesar de vos misma, me vas a tener a tu lado.

Me despertó con el desayuno, no era la primera vez que lo hacía, pero el de esa mañana estaba mucho más sabroso.

—¡Está buenísimo! Qué hambre tengo —le dije.

—Yo también, por si no te acordás anoche no cenamos.

Sonreímos ambos con la boca llena, y en cuanto tomó dos sorbos de café me preguntó en un tono dulce como la mermelada que tenía ante mí:

—¿No te quedó ningún secreto por contarme verdad?

—No, nada, juro que nada.

—No hace falta que jures, te creo. ¿Me prometés que no vas a hacerme sufrir de nuevo como anoche? ¿Qué me vas a contar todo sin reservas?

—Te lo prometo.

—Bien, entonces creo que ya es tiempo. ¿No?

—¿Tiempo para qué?

Su sonrisa me abrazó y me di cuenta de lo que hablaba.

—Si, claro que sí, es tiempo.

—Genial —me dio un beso en la punta de la nariz y concluyó—, terminemos esto que hay que ir a trabajar.

Capítulo VIII

Una esperanza de paz

Recostada en el sofá y con los pies sobre la mesita del living Mónica le cebaba mate a su marido, quien hacía el esfuerzo por apreciar el sabor de esos amargos. «¿Por qué no tomás sola?», repetía él, a lo que ella replicaba: «Tomo, pero no es lo mismo, el mate es para compartir». Había intentado muchas veces obligarlo a tomar ese brebaje, como lo llamaba Jorge, pero recién ahora, y gracias a su estado, él había accedido. ¡Cuánto los había extrañado ella desde que fue a vivir a su propio departamento!

—Está caliente y muy amargo.

—¡Ay, no seas llorón! Está riquísimo... ¿Sabés?... no puedo dejar de pensar...

—¿En qué?

—No me lo había planteado antes pero... es la primera vez que no veo con exactitud como suceden las cosas. Cuando me encontraste desmayada aquel día, yo te había visto enajenado, parecías tener la intención de pegarme con la raqueta, me gritabas, estabas tan, tan...

—Enojado... No, no te equivocaste yo estaba así, fuera de quicio. Pero parece que todavía no me conocés. No soy un violento. Acaso no te dije que estaba enojadísimo... Y hablando de eso... No es para que te alteres, no estoy negando nada y no es que no te crea, pero... ¿No te parece que pudiste imaginar lo que pasaría simplemente porque es una reacción lógica la que tuve?

Mónica ignorando el comentario final concluyó:

—Sí, tenés razón, lo que vi fue tu interior, las reacciones primitivas del ser humano.

—¡Mirá! Te hubiese partido esa cabezota para que entendieras que te soy incondicional. Pero te advierto, no me lo hagas de nuevo, porque no respondo de mí. La próxima te pego un chirlo o te vuelvo a dejar embarazada —dijo con la dulzura con la que se reprende a un niño.

—¡Ay, doctor! No le parece que no es la forma de hablar de un profesional de su jerarquía.

Sonrieron y se dieron un beso amargo sólo por el sabor de la bebida que estaban tomando. Sonó el timbre, eran Marcela y la pequeña Catalina que corrió a besar la panza de su tía postiza. Jorge saludó feliz de pasar la posta del mate a la recién llegada y fue a prepararse un té.

Luego de hablar de la nueva experiencia de la pequeña en el jardín de infantes, el tema se concentró en el embarazo de Mónica. Todo había estado bien hasta hacía una semana, fue cuando la presión arterial comenzó a estar más elevada de lo normal para esa altura de la gestación. Se sumaba a ello —en realidad eran la causa— la tortura de los sueños que comenzaron a impedir que Mónica descansara lo suficiente. Jorge logró que su mujer aceptara tomar licencia antes de lo previsto, ella reconoció que el ambiente del hospital la estaba afectando.

Mónica recibía visitas a diario. Mientras su esposo no estaba, ella no tenía tiempo de pensar en nada malo ya que no la dejaban sola. Teresa, Patricia, Eugenia, Marcela y los demás la entretenían; cuando no era así extrañaba mucho su trabajo. Sólo le temía a las noches y sus pesadillas. Todos opinaban sobre sus sueños, aunque los verdaderos preocupados eran los que conocían el secreto de Mónica.

Llegaron a la conclusión de que estaba más susceptible que nunca y culparon de ello a su gravidez. Despertaba en medio de la madrugada sudorosa y llorando, primero no lograba recordar qué la había afectado de esa manera, luego su estado empeoró.

... Manitos rosadas teñidas de rojo... dolor... agujas... llanto mudo de bebé... puñitos cerrados, ojitos cerrados... corazón cerrado... cálido río rojo... droga mortal... diminuto rostro asustado... aterrado... manitos rosadas teñidas de rojo...

—¡No, el bebé no! —Mónica de nuevo se exaltó en su pesadilla de muerte.

—Mónica, despertate, amor no pasa nada —decía Jorge sacudiendo a su mujer.

Y ya despierta lloraba aferrada a los brazos de su marido:

—El bebé, el bebé, Jorge. Se va a morir... y yo no sé...

—Mónica, Mónica, escuchame nuestro hijo está bien. Si seguís así le vas a hacer mal de verdad. Calmate, si querés vamos y que te hagan una ecografía para que lo veas. Él está bien.

Mónica seguía las palabras de su esposo con los ojos muy abiertos, y aún llorando dijo algo que lo desconcertó:

—No, Jorge, nuestro bebé no. Hay otro bebé y no sé donde está. No lo encuentro, y va a morir.

—¿Qué bebé?

—No sé, hay un bebé...va a morir...si yo voy al hospital podría encontrarlo y salvarlo.

—¡No...! Vos te quedás acá. Mañana vamos a ver a Carlos para que te recete algo. No podés pasar el resto del embarazo así.

—Tengo que ir, Jorge, tengo que ir. Sino no voy a poder salvarlo, como no pude salvar a Gerardo.

Fue más fuerte que ella, que el propio sentido común y que su instinto de madre; incluso sabiendo las posibles consecuencias para su salud, no cumplió con lo que Jorge le ordenó. Mónica se escabulló de la casa luego de que él la dejara durmiendo para ir al hospital. Ella, tratando de pasar desapercibida, ingresó por la entrada de las

ambulancias y recorrió los infinitos pasillos, buscando. Varios colegas se asombraron de verla y cruzaron con ella algunas palabras, Mónica los despedía pronto y continuaba. Sus pasos la llevaron al sector donde su esposo trabajaba y allí se dio por vencida. Se sentó en la sala de espera donde Jorge la descubrió.

Tras consultar a Carlos, el obstetra de Mónica, lograron bajar el nivel de su ansiedad con un sedante suave. No borró los sueños, pero ella los transitó un poco mejor, incluso trató de convencerse de que eran resultado de su estado. En realidad se engañaba.

—Mónica... ¿Qué es de la vida de Adriana? Hace mucho que no la veo—preguntó intrascendente Marcela.

—Sí, yo tampoco. Jorge me dijo que me mandaba saludos pero que no venía porque sentía que estaba por enfermarse. La vio bastante pálida y desde ese día está con licencia. Me llamó una sola vez y me dijo lo mismo, después intenté comunicarme pero me daba ocupado en forma permanente. Debe tener el teléfono roto.

—Estás un poco mejor, ¿no?

—Algo, sigo con el mismo sueño, pero tengo que pensar en mi beba.

—¡Ah! Sabemos que es nena.

—En realidad lo no sé, en la eco no se dejó ver.

—Pero si vos lo decís, seguro es una nena.

—¡Qué tiempos para traer hijos a este mundo! ¡Viste como crece la violencia!, la delincuencia nos está rodeando —dijo Mónica acariciándose el vientre.

—No tenés que mirar noticieros, pará de enroscarte. ¡Cómo si necesitaras motivos! Además pensá, un niño siempre es una esperanza de paz para el mundo.

—¡Qué lindo pensamiento! Esperanza de paz...

—¿Ya tienen algún nombre?

—Varios, pero nada decidido.

—Dejame a mí, tengo una idea que te puede ayudar, la próxima te traigo algunas sugerencias —oyeron a Jorge entrando y Marcela dijo en voz alta para que él también escuchara—, está llegando el hombre por el cual «...anduvo el amor regalando simiente...»

—Gracias —dijo Jorge dándole un beso a su esposa—, excelente poeta Serrat.

—¿No me digas que te gusta? —se sorprendió Marcela.

—Sí, pero no digas nada, todos piensan que me gusta sólo la música clásica.

Las pesadillas de Mónica se detuvieron de pronto, por varios días sintió una congoja que la afligía. Jorge la interrogaba, veía su tristeza, hasta que ella le confesó: «No lo pude salvar, sé que murió»; él sólo atinó a consolarla, esperanzado en que el tiempo y el nacimiento de su propio hijo la hicieran olvidar.

Mónica empezó a reponerse, ocupaba el tiempo como toda futura mamá preparando el ajuar de su beba. Una tarde llegó Jorge acompañado, pensando que su esposa se alegraría al ver a Adriana, quien se había reintegrado al trabajo ya restablecida. Pero cuando Mónica la miró a los ojos se horrorizó y comenzó a gritar:

—Fuiste vos ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué?, Adriana, ¿por qué?

Fue concebido en una noche nublada por el alcohol, alcohol presente para intentar acallar los reclamos del corazón. Alcohol que cumplió su cometido, aumentando en la oscuridad la confusión. Sólo los cuerpos se gratificaron.

Con el día llegó la realidad, el corazón reclamó con más fuerza, con furia. No era el camino, ni la persona correcta; ella pensó: «Lo

olvido y ya». Pero no siempre es tan fácil. Sólo una noche, un descuido imperdonable para esos dos jóvenes profesionales conocedores de la fisiología humana. Y Adriana engendró un niño sin desearlo, sin pensarlo, sin nada más que óvulo y espermatozoos. Ya no había vuelta atrás, adelante dos opciones: vida o muerte.

La madre enmudeció, el padre ni siquiera lo supo, nadie se percató excepto Mónica en sus sueños. Y ella nada pudo hacer. Adriana sintió el peso de la culpa frente a su amiga y su vientre, no logró entender cómo pudo ella saberlo, nunca lo comprendería. Tampoco necesitó del ruego que recibió por parte de Jorge para alejarse por un tiempo. Ella no volvería, a menos que Mónica se lo pidiera.

Después del incidente con Adriana, Marcela y Jorge hablaron por primera vez a solas. Él necesitaba interiorizarse sobre las vivencias especiales de Mónica, mediante la experiencia de alguien que las compartió desde el comienzo. ¿Cómo manejarse?, ¿cómo acompañarla y ayudarla?, si es que esto fuera posible. Desde el día en que llegó con Adriana a su casa, Jorge no tuvo argumentos para descreer lo que su esposa veía.

El tiempo del parto se acercaba y Marcela cumplió. Volvió a la casa con dos propuestas que los futuros padres recibieron con satisfacción, eran perfectos. Las experiencias externas habían afectado la paz de ese hogar, Mónica deseaba estar bien para su bebé y quería abstraerse de todo lo negativo que pudiese rodearla. Su amiga la había alentado cuando se sintió temerosa, y por ello había buscado dos nombres para su futura ahijada —eso no estaba en discusión—. Marcela sería la madrina de Nadia Irene.

Tras varios días de búsqueda en enciclopedias y libros editados para futuros padres los había encontrado. Supo que Nadia es un nombre de origen ruso al cual se le atribuye el significado de esperanza; y que

Irene deriva del griego y denota paz. Eran conscientes de que parecía una cursilería, que no era trascendental aquello que los nombres significan, pero a Mónica y a Jorge eso no les importó, eran padres primerizos y le daban importancia, incluso, al más mínimo detalle.

«Tenés que hablar con ella. Sé que no te va a ser fácil. El comprender y perdonar es de buena gente, ya tiene bastante con su conciencia». Juana le dijo todo esto sin quitar los ojos de su bisnieta, a quien tenía en brazos por primera vez.

Dos días antes de reincorporarse a su trabajo, Mónica tocó el timbre de aquella casa.

—¿Podemos hablar?

Y Adriana abriendo la puerta le dijo:

—Claro, pasá por favor.

Capítulo IX

Equilibrio inalcanzable

Crecía Nadia, y en ese transcurrir, hubo una mudanza, tuvieron un jardín y un perro; aumentaron las canas de Jorge y a Mónica le aparecieron las primeras, pero ella sí se las cubrió. Tiempo de calma, Mónica contaba con un hogar, hogar que el amor había engendrado. Disfrutaron de viajes y de reuniones familiares; Catalina tuvo un hermanito; Patricia se fue a vivir en pareja, esto horrorizó a Juana pero pronto lo olvidó, la mente la llevaba de paseo por su ayer y a veces no retornaba por varios días.

Todo acontecía con normalidad, Mónica fue creciendo en su profesión tratando de mantener el equilibrio entre esa parte de su vida y la familiar. Equilibrio que no existía en todos lados.

Por períodos Mónica casi no soñaba, sólo fantasías relacionadas con su niña, jugaba con ella en un jardín violeta y naranja; o paseaba sobre el obeso caballo de goma, rebote y rebote, arre que arre. Sueños de primer día de escuela, merienda de leche y masitas de chocolate. Sueños comunes de gente común, pero ella no era como todos.

La democracia no era un camino suave, se transitaba por ella a los tropezones. Por ignorancia, por desidia, por conveniencia. Los responsables de corregir el rumbo, tenían demasiado peso sobre sus hombros, o quizás no podían contentar a Dios y a Lucifer. Algunas cosas se arreglaban y otras se estropeaban para siempre, como el respeto. El respeto a la inteligencia de la gente, presumiendo que esta se cree cualquier argumento. El respeto a la propiedad del otro, porque ante la confianza volcada en las instituciones, estas la defraudaron. Y

el pueblo volvió a creer en los colchones. Crecían la incertidumbre y luego creció la inseguridad.

Se pasó del terrorismo, al terrorismo de estado, de la violación de los derechos constitucionales a la defensa de lo indefendible. Los derechos humanos sólo parecían ser patrimonio de algunos. Para una víctima inocente los golpes, las torturas, la humillación, la violación y la muerte son lo mismo vengan de quien vengan. No importa el color de la mano que golpea, si lleva guantes o tatuajes, anillos de oro, puños de acero o está desnuda. No se puede mantener el equilibrio si la gente pierde la fe en la existencia de la igualdad. Mónica fue uno de los tantos testigos de un extremo y del otro de la violencia, y... ¿La justicia?

Entonces Mónica volvió a soñar que huía...

... Su agitación iba en aumento, presintió que lo atacarían... aceleró el paso, aquellos con las capuchas cubriendo sus cabezas, capuchas negras, camperas negras, intenciones negras... aquellos simulaban no observarlo, fumaban descorriendo apenas el pañuelo que le cubría los rostros, él solo, ellos muchos... cobardes... jauría de hienas. Corrió asustado y su sospecha se materializó...

Mónica gritó cubriéndose la cabeza, rogaba que no le pegaran más, suplicaba que se detuvieran. Sentía en su cuerpo los golpes de los puños, las patadas en su cabeza, el sabor de la sangre en la lengua. Jorge no lograba despertarla, recibió él también golpes con los que su esposa pretendía defenderse.

«Esta vez no hubo cañas hiriendo mis manos, no eran borceguíes los que me perseguían, ni autos verde oliva con mis victimarios... eran jóvenes como yo, en el cuerpo de un jovencito me encontré malherida».

Era un varón, de eso estaba segura. En su familia no había adolescentes como el de su pesadilla; un adolescente se sintió esa noche y las siguientes, en tres ocasiones se soñó atacada.

El lunes cubría su guardia en el hospital, cuando la llamaron para revisar a un paciente que había sido trasladado desde otro nosocomio. Al subir por el ascensor lo supo, preguntó a la persona que la acompañaba si se trataba de un jovencito: «Si doctora, un chico de dieciséis años, Joaquín Ermili, recibió una paliza hace tres días... y no recobró la conciencia, sus padres pidieron el traslado». Mónica reconoció el nombre, «por eso lo soñé».

Joaquín la había consultado unos días atrás por jaquecas, y por unos tics que le resultaban bochornosos frente a sus pares. Era un jovencito encantador, que suplía con simpatía lo que le faltaba de atractivo. Alegre e inteligente se atrevió a hacerle una broma diciéndole: «Doc., me puede curar este tic, quiero hablarle a una chica y tengo miedo de que me entienda mal si le digo una cosa y atrás me sale este gesto». Su madre lo había reprendido como a una criatura por esa inocente ocurrencia.

Al llegar a terapia intensiva se vio allí desplomada, y le volvió a doler el cuerpo. La madre del muchacho la miró suplicante y Mónica en un arrebato prometió que lo salvaría. De inmediato se dio cuenta de su error y disculpándose ante los padres de Joaquín, se corrigió y les dijo: «Haré lo que esté a mi alcance para salvarlo». Retirándose tomó su teléfono y llamó a su esposo.

«Él está acá, vení te necesito». Jorge, de camino al hospital, dejó a Nadia con sus tíos. Ni Adriana ni sus compañeros comprendían la razón por la cual el jefe de departamento había venido sólo por un jovencito. «Si es cada vez más común ver este tipo de agresiones».

Mónica, su esposo y el cirujano estudiaban las pantallas que mostraban al detalle el cerebro de Joaquín. Jorge, señalando una pequeña mancha amorfa, dijo: «Ahí está», a su vez el cirujano invitó a Mónica: «¿Quiere presenciar la intervención?», y por supuesto ella aceptó.

Terapia intensiva fue su hogar por varios días, corticoides, drenajes y toda clase de maniobras lograron que poco a poco la inflamación cediera. Una mañana estaban junto a Joaquín el cirujano y el médico de turno, Mónica ingresó por la puerta del personal y

escuchó: «Justo a tiempo, doctora, vamos a intentar despertarlo». Ella esperó ansiosa a su lado, el tiempo se hizo eterno hasta que el jovencito entreabrió los ojos e intentó hablar.

Mucho tiempo le llevaría a Joaquín la rehabilitación, pero al menos logró escapar de una muerte absurda. Los culpables se perdieron ocultándose en la oscuridad del entorno y entre las grietas de la seguridad pública.

La sociedad se indigna siempre ante cada suceso aberrante. El caso de este jovencito movilizó a su barrio y la gente salió a la calle. «Reclamamos justicia, justicia para Joaquín», esta era la voz que demandaba con una frase tantas veces reiterada que pareciera haber perdido significado o valor. Y los vecinos escucharon otra voz, una voz que con palabras estructuradas, por primera vez —al menos para ellos—, reflejaba también el pensamiento colectivo. Era un comisario de carrera, con un legado familiar, hijo y nieto de policías; respetado por la comunidad, como claro ejemplo de su fiel servicio, de su vocación y valentía tantas veces demostrada. Él comentó con cólera dominada, sintiéndose impotente pero guardando la compostura: «Nos vemos desbordados por estas situaciones. Si logramos aprehender a alguno de estos delincuentes, gracias a la colaboración de testigos, no sólo son liberados con rapidez por ser menores, sino que vuelven avalentados atacando con más saña. Se saben inmunes, se sienten indestructibles, y nosotros no podemos actuar como debiéramos porque nos vemos involucrados en cuestiones legales. Nos acusan de abuso de autoridad, nos tildan de gatillo fácil... ¿Qué pretenden que respondamos a sus armas con una palmada en las nalgas? Sé que parece una pobre excusa, este jovencito, Joaquín, es la única víctima inocente aquí... No me pueden decir que quien comete un acto de tal barbarie no sabe que provoca la muerte... Necesitamos trabajar en conjunto con la justicia... Estos jóvenes no tienen quién los corrija... o peor aún... algunos son inducidos por sus propios padres a delinquir sabiendo que no tendrán consecuencias. Si no logramos quitarlos de las calles ahora y que personal competente en salud, educación y psicología los corrija para que puedan ser reinsertados en la sociedad, veremos

en pocos años casos cada vez peores, con protagonistas más y más pequeños que nos estarán robando apenas dejan los pañales...».

Capítulo X

Sentir tu mirada

Ayer le comenté a Marcela: con el tiempo no te podés descuidar... Se mueve sigiloso y te modifica sin provocarte dolor..., hasta que te das cuenta. Me miró de soslayo, sonrió, se pasó la mano por el rostro, observó a sus hijos y me dijo: «¿Qué pasó? ¿Le prestaste atención al espejo?».

Nuestra hija no se parece nosotros. En lo físico tiene algo de su padre, pero por lo demás ella es una bohemia, le gusta la música y el «vivir ahora» es su filosofía; me recuerda a Marcela en la adolescencia. Jorge y yo, en cambio, priorizamos la ciencia anteponiéndola a lo demás. De todos modos, al final y con nuestras metas cumplidas, nos encontramos.

Una mañana, Nadia ya había crecido lo suficiente. Estábamos sentados a la mesa cuando sin preámbulo nos dijo: «Estoy saliendo con un chico». A su padre no le gustó nada, estaba celoso creo yo, no sé quizás comenzó a sentirse extraño al ver los cambios que se acercaban. Y lo comprendí, como comprendo ahora a mis viejos. Pensar que yo tenía tres años menos, de los que ella tiene hoy, cuando conocí a Daniel.

Preparábamos un viaje para los dos, pero esta última noticia intranquilizó a Jorge. Ella se había negado a mudarse con alguna de sus abuelas durante esos días: «Está Carmen», nos respondía. Carmen es nuestra empleada, trabaja en casa desde que Nadia nació, prácticamente vive con nosotros, es una persona leal, pero también

algo atrevida: «Yo me encargo, señora, ¿o no me tienen confianza? Ustedes paseen tranquilos nomás, que buena falta les hace».

Dos días antes de iniciar nuestro viaje, estaba preparándome para salir cuando escuché lo que parecía un interrogatorio más que una charla entre padre e hija:

—Y... ¿Qué apellido tiene ese muchachito... Imanol?

—Alustiza, es de origen vasco.

—¿Tiene familia en Europa?

—Sí, un par de tíos abuelos.

—¡Ah, mirá vos! —comentaba Jorge—. ¿Qué estudia?

—Ya te dije pa, violín y piano en el conservatorio, pero a la vez está cursando algunas materias en Bellas Artes. Te conté que lo conocí ahí.

—Y... ¿Cuándo lo vamos a conocer nosotros?

—¡¿Qué?! Por ahora no, recién estamos saliendo, no presiones. Hace cuatro meses más o menos que...

—¡Cuatro meses y recién ahora nos lo contás!

Salí al rescate e invité a mi hija a que me acompañara al banco, debía hacer algunos trámites antes de viajar. En el camino yo seguí el interrogatorio, pero con más tacto; igual que a Jorge la primera relación, en apariencia sería de nuestra hija, me movilizaba; y la catalogué como tal, porque de lo contrario, ni siquiera nos hubiésemos enterado de la existencia de Imanol Alustiza.

Cuando salimos del banco Nadia recibió un llamado a su celular, era él; quedaron en que la pasaría a buscar por la esquina en donde nos encontrábamos. Debían ir al conservatorio por unos horarios, algo que mi hija había olvidado que harían. Cruzamos la calle porque la mañana estaba fría y en la esquina de enfrente había sol. Nos quedamos charlando un rato esperándolo, ella no me pidió que me

fuera antes de su llegada, por lo que confirmé: le importa de verdad este chico.

El pelilargo músico llegó en su pequeño vehículo. Despreocupado lo dejó en doble fila y bajó; se acercó decidido y se presentó sin rodeos, me dio un beso y sin pudores besó en los labios a Nadia, quien dijo: «Chau, ma, no le cuentes a papi que lo conociste antes que él porque me mata». Los tres sonreímos; ellos se alejaron, y yo quedé sintiéndome atropellada por el tiempo. Tiempo que volvió a atacarme unos segundos después y a traición.

Quedé paralizada un momento, dudaba dónde había dejado el auto, entonces una sensación, que hacía varios años no sentía, recorrió mi espalda. Me encontraba mirando hacia la calle, detrás de mí se alzaba un edificio histórico; giré y elevé la vista recorriendo uno a uno los escalones de mármol de la entrada, en el último de ellos estaba él, con sus bellísimos ojos azules, los que hacía más de veinte años que no veía.

Unos segundos me tomó reaccionar, los mismos que él tardó en bajar esa pequeña escalera. Al ir acercándose, y con cada paso que daba, yo iba teniendo un año menos, cuando llegó a mi lado me sentí como una adolescente otra vez.

Se detuvo, sonrió, pronunció mi nombre y me abrazó tan fuerte que a mi cuerpo le dolió, como antes. Tardé unos momentos en apoyar las manos en su espalda delgadísima, el corazón me palpitaba con tanta intensidad que tuve vergüenza de que él lo notara. Nos separamos y tomó mis manos, pareció haberse quedado sin palabras; yo... yo no las tenía.

Las primeras frases fueron triviales. «¿Cómo andás? ¡Tantos años!» Intercambiamos un bien y un «y...acá me ves, más viejo». Luego hizo la primera pregunta verdadera: «¿Tenés tiempo para tomar un café?» Sus ojos suplicaban un sí que yo le di, con sinceridad, lo hice también para mi propia satisfacción.

Nos sentamos en la primera mesa que encontramos, pidió un par de cafés dobles.

—Te sigue gustando el café ¿verdad?

—Sí, muchísimo, tanto como el mate.

—Cierto... ¿Era tu hija la chica que te acompañaba?

—Sí, Nadia.

—Hacia un rato que las miraba desde la escalinata, si alguien veía mi actitud seguro pensó que era un perverso. Pero lo cierto es que no podía creer que fueras vos. Vengo seguido por acá, a la comisión...

—Seguís en la lucha.

—Sí, por siempre, pero pronto lograremos más... No hablemos ahora de cosas negras. Volviendo a tu hija, no se parece en nada a vos.

—Es verdad, en nada. Se parece... ¡Ah! Disculpá tengo que hacer un llamadito.

Sin levantarme de la mesa marqué el número de casa, atendió Carmen.

—Hola... ¿Carmen? Deme con... ¿Cómo que no está?... Bueno, no importa... Carmen, no importa... escúcheme, dígame cuando vuelva que me voy a demorar, estoy con un amigo... No importa quién... y dígame que Nadia fue al conservatorio... Sí, Carmen, hasta luego..., sí, chau —Corté la comunicación y le dije a Daniel—. Es buenísima, trabajadora, responsable, muy confiable y muy, muy metida.

—Tu empleada ¿no? Te va bien. ¿Y con tu esposo?... Jorge, el médico...

—¡¿Cómo sabés?!

Me relató algo que no me hubiese imaginado nunca.

—Como te dije vengo seguido por trámites o trabajo y... una vez hace muchos años me atacó la nostalgia, creo, y fui hasta tu casa.

—La de mi mamá.

—Sí, sí la de tu vieja, no había nadie. Testarudo como soy llegué hasta la casa de tu abuela, pero tampoco había nadie. Después caminé como un turista por el barrio, mirando todo como si fuese la

primera vez. Para ese entonces mis tíos, Érica y José ¿Te acordás de ellos, no?

—Claro, ¿cómo me voy a olvidar?

—Cierto... perdóname —Sonrió bajando la mirada—. Bueno, como te decía, ellos ya se habían mudado, están viviendo en Rosario. Así que deambulé unas horas y después volví a tu casa. Estaba Patricia sola, y... por lo que veo no te contó que estuve.

—No, nada. Patricia es buena para los secretos.

No podía salir de mi asombro y se me notaba.

—Sí, yo le pedí que no te avisara. Para qué... Por ella me enteré que te habías casado y que eras muy feliz con él —con una triste sonrisa agregó—; viste, justo elegí... bah, como siempre yo tan oportuno —Y rápidamente cambió de tema—. También me contó que tu papá había fallecido, me dio mucha pena. Nos queríamos con el viejo.

—Sí, siempre te defendió. Hasta de mí.

—Me alegro que estés bien. Sabés...yo también tengo un hijo, de diez años, pero vive con su mamá en Neuquén. Él tampoco se parece a mí.

Me contó que su hijo había nacido del vínculo con una compañera de lucha, pero sólo los unía el amor por la justicia. Y la relación no prosperó.

La charla sumó varios ticket de consumición bajo las tazas vacías de café. Al darme cuenta, le dije que debía irme.

—Sí, entiendo, pero si no es mucho pedir... —y tomando mi mano agregó—pronto viajo a Córdoba, comenzarán los nuevos juicios a esos hijos de puta —Entonces me descubrí deseando lo que después me preguntó—. ¿Podríamos mañana almorzar juntos? Para seguir conversando, me hizo muy bien verte, vaya a saber si tendré otra oportunidad.

—Sí, —le dije sin pensarlo— mañana te veo acá a las doce.

Y salí rápido del bar.

Carmen abrió la puerta y me atacó.

—¿Dónde estaba? El doctor está muy nervioso. Tenía miedo de que le hubiese pasado algo.

—Basta, Carmen, ya estoy acá.

Me dirigí al estudio, Jorge me observó con detenimiento, preocupado y muy molesto.

—¿Dónde estabas? ¿Por qué no contestaste mis llamadas? ¿A quién encontraste?

Miré mi teléfono y noté que se había quedado sin baterías. No me justifiqué. Acepté la culpa por no haberme comunicado y después sin demorar el golpe le dije:

—Estuve con Daniel.

Capítulo XI

Y... lo confirmé

Carmen llamó a la puerta del estudio y esperó, algo no habitual ya que por lo general golpea y entra. Me asomé y ella, antes de despedirse, me comunicó que Nadia había ido a casa de su mejor amiga y que se quedaría a dormir allí.

—Seguro le manda un mensajito después. Hasta mañana, señora, hoy me retiro temprano.

Jorge mientras tanto se había quedado callado, pensativo, para luego preguntar:

—Y... ¿Salió de la nada?

—Sí, frente al banco, está acá por cuestiones de...

—¿De qué hablaron?

—De todo, veinte años pasaron ¡Hay tanto que contar! y... siendo fiel a la promesa que te hice de no ocultarte nada...

Vi como apretó el puño esperando el resto de la frase e imaginé lo que pensó.

—Me invitó a almorzar, se va en unos días a Córdoba...

Jorge se distendió sólo un poco y preguntó incrédulo:

—Y... ¿Pensás ir?

—Sí, es importante para él.

—Y para vos —completó Jorge.

—Por supuesto... Sabés bien quién fue en mi vida.

—Claro que lo sé, pero creí que tenías cerrada esa cuestión.

Mis manos se acercaron a él pero se alejó, me miró dolido y queriendo usar su mejor voz de profesional me dijo:

—Vos sabés lo que hacés.

Luego el amor propio, pero también el amor por mí, lo traicionaron y afligido concluyó.

—Sabés que te amo, mientras me quieras estaré a tu lado, pero...

—Esperá... de qué hablás, esto no tiene nada que ver con nosotros, él... es el pasado.

—Te está tentando Mónica, él y el pasado, te están tentando. No deberías exponerte. Pero sos grande, te repito vos sabés, si es tu deseo, andá.

Me dejó parada sola con mi conciencia y se fue a duchar. El silencio nos rodeó el resto del día y de la noche.

Por la mañana Carmen entró y me despertó. Yo había estado desvelada hasta muy tarde, y luego de que el sueño por fin postergara mi disputa interna, salir de él para enfrentar el día fue mucho más difícil. «El doctor se fue a correr. Lo encontré en la calle», esas fueron las únicas palabras de mi empleada.

La mañana transcurrió lenta, Nadia no iba a volver hasta la tarde y Jorge me envió un escueto mensaje de texto: «Almuerzo con mi tía».

Estuve a punto de desistir de ese encuentro. El destino nos había vuelto a cruzar en una esquina cualquiera, pero lo de ese día era premeditado, me estaba exponiendo. Jorge tenía razón. Luego pensé, debo ir, tenía que saber todo de él, de su vida después de mí, era una necesidad y seguro también de Daniel, sólo por eso debía estar, ya, esperándome.

Llegué a tiempo, él estaba sentado con una gaseosa en la mesa. Se disculpó diciendo que había llegado temprano y después de agradecerme por haber asistido a la cita, me dijo:

—Pensé que quizás te arrepentirías.

—Casi no vengo, es verdad.

—Por tu marido, es lógico. ¿Qué le dijiste?

—La verdad —Me miró incrédulo—. Es cierto, por poco no vengo; por él y por mí, no sé si es del todo correcto. Pero aquí estoy.

Sonrió, sólo sonrió, no me dijo nada. Pedimos la comida y la charla transcurrió sin ser forzada. Hablamos de nuestros hijos. Él me contó sobre la madre del suyo, y yo pronuncié cientos de palabras sobre Jorge, creo que como nunca lo describí, dije cosas sobre él que tenía guardadas en el corazón, no en mi mente; hasta que note que ya era suficiente información para Daniel. Le conté de mi carrera y de mis sueños de siempre; y él volvió a nombrar a Jorge.

—Tu marido que es tan profesional... ¿Cómo tomó esta cuestión de tus premoniciones? ¿Qué piensa de tus sueños?

—Nada, me ama y me acepta con ellos, además hace tiempo que sabe que son reales.

—Sueños reales... Eso yo nunca lo pude entender, me faltó capacidad.

—No seas duro con vos, no todos somos iguales frente a las cosas extrañas.

Daniel, luego de separarse, se había mudado a Rosario cerca de la casa de su madre. Era jefe de un sector en una pequeña metalúrgica. Mantenía una buena relación con su ex pareja, visitaba con frecuencia a su hijo y aún continuaba siendo amigo de Nahuel. Sandra todavía esperaba saber algo concreto de su esposo y Daniel comentó:

—¡Mi vieja te quiere tanto! Ya se dio por vencida, pero no perdía oportunidad para echarme en cara el haberte dejado. Siempre dijo que eras la indicada para mí, y una vez lo hizo delante de mi mujer, cuando aún estábamos juntos: «La brujita era para vos, fuiste un tonto» —me decía.

—¡Qué linda Sandra! —me salió del alma el comentario.

Hablamos de mi abuela, se sorprendió de que aún viviera.

—Tiene como cien años —dijo.

—Casi —le respondí—. Vive desde hace unos años en un geriátrico excelente que Eugenia, la tía de Jorge, consiguió por medio de la iglesia que frecuenta; está dirigido por monjas.

—¿Tu abuela con monjas? A ella no le caían muy bien, ni los curas. En eso estábamos de acuerdo.

—Sí, viste como son las cosas. Pero lo que pasa es que su mente...

Y le conté en detalle cómo continuó el lento deterioro de su salud; Daniel había sido testigo de los comienzos de su enfermedad.

—Hace unos años, en otra de mis visitas, vi a Marcela. No me animé a acercarme, yo estaba tomando un café en un bar del centro, sentado observando la calle, y ella pasó con una nena de la mano. Estaba hermosa con una enorme panza.

—¡Huy...! Hace mucho de eso. Gerónimo tiene catorce años ahora.

Y por supuesto Marcela nos llevó a Gerardo. Nos emocionamos al pensar en él, luego reímos como si estuviese compartiendo la mesa con nosotros; y Daniel habló de sus celos. Fue de la persona que más conversamos, fuera de nosotros mismos.

Hablamos de los juicios a los represores, los indultos, las idas y vueltas de ese truculento asunto, pero también de la esperanza de los próximos meses. Luego meditó algo y reconoció:

—Tenías razón. Tus sueños tenían razón. No lo encontramos y nunca lo haremos.

Por supuesto hablaba de su padre; asentí con un gesto de mi cabeza y creí que era tiempo de comenzar a despedirme. Quise desearle lo mejor, pero no me dejó seguir hablando. Se incorporó sobre la mesa y tomó mis manos.

—No, esperá, todavía no.

Con una mano llamó al mozo manteniendo la otra sobre las mías. Pidió un malbec.

—Para brindar por el pasado y lo bueno de él, por tu presente y para que el mío mejore.

Acompañé los buenos deseos, bebí el contenido de la copa hasta el final, sin respirar. En mi interior rogué por su futuro, para que le traiga, al menos, la paz que aún no había obtenido. Tomamos otra copa y me levanté decidida a volver al presente.

Daniel se levantó conmigo, me pidió que lo esperara para poder acompañarme hasta el auto. Abonó la cuenta en la barra y salimos a la calle. Comencé a temblar y no sólo por el frío de esa tarde, sino porque sería la última vez que estaría con él y me dolía pensar en ello, fue como presentir el final de la vida. Caminamos en silencio, por un momento sentí que nuestros pensamientos iban en la misma dirección. Al llegar al lugar donde estaba mi auto nos paramos frente a frente.

—Bueno, te deseo lo mejor. Fue hermoso pasar este tiempo con vos.

No pude continuar, mis lágrimas escaparon por más esfuerzo que hice por contenerlas y él me abrazó. Luego me tomó de los hombros observándome con sus ojos brillantes y me besó como la última vez que lo había hecho, con toda la pasión que había tenido refrenada, atesorada. Y yo...muy a mi pesar, le correspondí. Fui débil ante la tentación y él se precipitó yendo por más.

—Despidámonos como la última vez, no pude olvidar ni un detalle de esa noche. Sólo esta tarde te pido...—Y al punto reaccionó—. Perdoname, sé que es una locura, pero es mi deseo no puedo ocultarlo.

Volvió a besarme y mi corazón habló. Me acurruqué en su pecho un instante, me separé luego para decirle de frente y con seguridad en la mirada:

—No, Daniel, no. Hasta aquí puedo darte, esto es una ilusión, un coletazo del pasado, una tentación de nuestros cuerpos, no hay

más, el resto... lo desdibujó el tiempo que estuvimos separados. Atesoremos aquello. ¡Te quise tanto...! Pero ya no.

Lo besé en la mejilla y me subí al auto para alejarme sin mirar atrás.

—¡Ah! Volvió la señora.

—Sí, Carmen, volví, ¿qué pensabas?

—Yo no pienso nada, señora...

En ese mismo instante llegó Nadia.

—Hola, ma; hola; Carmen. ¿Papá?

—En el estudio, señorita.

—¡Qué formal, Carmen! ¿Qué pasa? ¿Alguna novedad? —dijo mientras caminaba para saludar a su padre.

—Nada —contesté y la seguí.

Golpeó la puerta y entró, le dio un beso a Jorge, hizo un comentario sobre la seriedad de su rostro y salió para dirigirse a su cuarto; sólo entonces él notó mi presencia y bajó la mirada. Entré y cerré la puerta.

—¿Cómo te fue? —preguntó aclarándose la voz.

—Muy bien.

—Hablaron mucho parece.

—Sí, no quedo nada por decir.

—Bien..., entonces... ¿Viajamos o no mañana?

—¿Y por qué no íbamos a viajar?

—No sé, sólo pregunto. Como no tuviste tiempo de preparar tus valijas. Las mías ya están —y mirándome a los ojos continuó—, lo que no sabía es el destino que tendrían.

Sonreí, más enamorada que nunca de su amor por mí, de la persona que es, de sus palabras, de todo él. Amo a ese hombre a quien no le importan mis rarezas, contrarias en todo a su personalidad. Amo todo lo que oculta bajo esa fachada impecable y rígida. Y se lo hice saber como tantas otras veces lo había hecho.

—Tus valijas van donde yo vaya, y las mías siempre estarán con vos. Aquí en nuestro hogar o donde quiera que estemos.

Y enseguida dejé a un lado las palabras para demostrárselo. Esta vez no se alejó.

Epílogo

Joana

Tres años pasaron del encuentro de Mónica con aquella que fue, tres años desde el día en que decidió dejarla ir junto al Daniel del presente. Tres años y aún miraba con nostalgia las escalinatas de mármol al salir del banco. Casi tres años desde que se alegró por él, al enterarse del veredicto en aquel diciembre, cuando un titular versaba: «Videla y Menéndez, condenados a prisión perpetua en Córdoba»*. Y tres años de aquel maravilloso viaje que prolongaron más de lo pensado, cuando Jorge y ella, fueron de nuevo sólo uno.

En la eternidad, esa existencia sin tiempo, la vida avanza perpetua —a los ojos de Dios—, los que la transitan se van descolgando de ella, uno a uno, y otros van tomando sus lugares en ese recorrido infinito. La forma en que peregrinan su tiempo, las decisiones tomadas, los errores cometidos, los compromisos asumidos y el destino —que escapa al propio albedrío— arman el entramado que los identifica como personas: buenas o malas, felices o desdichadas, odiadas o muy amadas. Y Mónica era una de estas últimas. Como lo pensó Daniel aquel día, al verla alejarse en su auto sin volverse para mirarlo: «Cuánto te han amado y te amamos, sos tan afortunada».

La trama de la existencia de unos se vincula a la de otros; y al desprenderse cualquiera de ellos, todos los que están ligados a él sufren o se alivian, nada queda igual. Mónica no escapó a esa regla,

* Fuente: Juan Carlos Simo 22/12/2010.-

se adaptó a sus pérdidas y continuó; pero debía prepararse para enfrentar una nueva ausencia; ya que, casi con naturalidad, comenzó a soltarse Juana...

Un día cualquiera Juana se alejó como siempre, pero el cable que le permitía volver al presente y a los vivos se cortó. Comenzó a deambular desde entonces entre la ensoñación y el despertar nebuloso de su ancianidad. Ya no existieron historias que contar, ni sueños que interpretar o consejos de abuela para dar. Pero antes de irse también en forma física, llegaría alguien para que Mónica pudiese ocupar el sitio que Juana dejaría muy pronto.

La pequeña nacería por el amor apresurado de Nadia e Imanol, ellos no esperaron para gozar de la vida en todos los planos posibles al mismo tiempo. Amarse, ser padres, estudiar y vivir de la música, de la forma en que esto se los permitiera. Mónica los imaginaba trotamundos con su hija en una quepina* de aguayo** boliviano, a dedo o en bicicleta por el mundo.

Esa mañana de domingo, Mónica besó a su esposo que aún dormía, le dejó una nota sobre la mesa de la cocina y salió motivada por la necesidad de visitar a Juana; algo que hacía con regularidad desde que su abuela entró en ese limbo que precede a la muerte.

Las enfermeras no se sorprendieron al verla tan temprano; solía pasar antes de ir a su consultorio al menos un par de veces a la semana. En su ritual personal se acercó llamando a su abuela despacito, como para no despertarla; le dio un beso en la frente y se sentó a su lado tomándola de la mano. Charlaba con ella como tantas otras veces, ignorando el hecho de que ya no podía responderle; le contaba todo lo que ocurría en su vida, por miedo a que Juana ya no pudiese sentirlo como antes.

* Quepina: Tela generalmente rectangular que atada de forma particular al cuerpo permite llevar con seguridad a los niños pequeños. Mochila porta bebé.

** Aguayo: Tela tejida en telar de colores vivos. Perteneció a cultura del norte argentino, Bolivia, Paraguay.

«En cualquier momento nace, abue... tu tataranieta. ¿Sabés? Los chicos decidieron ponerle tu nombre; juro que yo no influí en ellos. Claro que su papá insistió en que fuera en vasco: Joana. Suena lindo ¿No?».

Los celulares se escucharon al unísono. De igual manera Mónica y Jorge leyeron los mensajes y corrieron al garaje. La sala de espera de la maternidad era una romería, las dos familias a pleno, más parte del personal del hospital, todos ellos amigos de los futuros abuelos; no hubo privilegios para nadie, exceptuando al padre de la beba que entró a presenciar el parto, todos los demás afuera.

Sólo unas horas en la nursery mientras su mamá se reponía; tras el vidrio empañado se agolpaban los rostros que iría conociendo y que formarían parte de su trama vital. Dormía pacífica la niña de cabello abundante y negro, un marco ideal para su pálida piel. Descansaba libre de recuerdos, extrañando sólo el sonido del corazón de mamá. En el otro extremo de la vida, quien llevaba su mismo nombre, su misma sangre, soñaba lo que ya nunca podría contar: sueños de vida y de muerte, de alegrías y tristezas, de amores jóvenes y amores maduros, de hijos y padres, de ciudades y de campos donde aún pastaba tranquila la dócil yegua que la llevara de paseo.

Las flores y los chocolates se agolpaban en la habitación de Nadia, ella anhelante recibió a la pequeña que le puso la enfermera en los brazos; Imanol sonrió orgulloso y los abuelos esperaban ansiosos su turno para cargar a la recién nacida.

Mónica recibió a Joana de manos del joven padre, quien la entregaba a cada abuelo con parsimonia, exagerando la precaución en cada movimiento. Sintió que la niña se acomodó en el seno de sus brazos como reconociendo su aroma y esto la llenó de ternura y vanidad. Con la mirada en el rostro de la beba se alejó un poco del grupo que adulaba a la flamante madre. Jorge se acercó a su esposa por la espalda y le apoyó las manos en los hombros; ella sonriendo le dijo:

—¡Muy bien, abuelo! Llegamos hasta aquí y todavía no necesitás el bastón.

—¿Qué bastón?

—El que te encargué hace mucho tiempo. Aquella maravillosa tarde en la que te pregunté cuántos años tenías.

—Viste, pero ahora sí podés decirme nono.

Con ternura Jorge la besó en el cuello y la beba comenzó en ese momento a llorisquear.

—Pobrecita —dijo Mónica bromeando— vos siempre asustando a la gente.

—¡Ah! Bueno, mejor me voy con mi hija. Ella sí me quiere.

Mónica meció a la beba hasta calmarla y comenzó con ella su primera charla íntima. A su alrededor la sala del hospital se desvaneció y se encontraron caminando por el campo...

...Había una vez tres jovencitas, Catalina, Nadia y la más pequeña y hermosa de ellas, Joana. Vivían en una tierra de campos verdes y trigales dorados. Un día fueron invitadas a una gran fiesta. Se pusieron sus mejores galas, Joana tenía un hermoso vestido de terciopelo granate de brillo tornasolado, resaltaba su exquisitez el guipur ocre de los puños y el cuello, por último los delicados botones de perlas de color encarnado lo completaban. Como ella las demás, elegantes y alegres. En la puerta las esperaba con los faroles encendidos el refinado coche; construido con madera de cedro, su tapizado de cuero estaba sujeto por grandes tachas doradas, y lo completaba un toldo negro de largos flecos. De él tiraba una yegua también acicalada para la ocasión, la cola peinada y atada con grandes moños blancos. Las jovencitas subieron ansiosas, sabían que las esperaba una noche inolvidable en la que quizás conocerían el amor. Catalina sacudió las riendas y azuzó: «Arre, arre, Preciosa, que vamos al baile»...

En ese momento, en otra habitación, Teresa tomó la mano de su madre. Juana balbuceó: «...arre, Preciosa, arre...». Y liberó las riendas...

Contenido

Primera parte

CAPÍTULO I	
ABUELOS	13
CAPÍTULO II	
TRANSICIÓN	17
CAPÍTULO III	
FLORENTINO, EL TIRADOR	21
CAPÍTULO IV	
CREENCIAS	25
CAPÍTULO V	
AUGUSTO	29
CAPÍTULO VI	
EL BAILE	33
CAPÍTULO VII	
DANIEL	41
CAPÍTULO VIII	
PREMONICIÓN	43
CAPÍTULO IX	
PADRES AUSENTES	47
CAPÍTULO X	
AQUELLO QUE NO SE DICE	51
CAPÍTULO XI	
EL PRINCIPIO Y... ¿EL FINAL?	57

CAPÍTULO XII

VISLUMBRANDO EL CAMINO 61

Segunda parte

CAPÍTULO I

GERARDO 69

CAPÍTULO II

AMIGOS 71

CAPÍTULO III

A LOS CATORCE... ¡NO! 79

CAPÍTULO IV

EL PADRE Y EL TREN 85

CAPÍTULO V

M... MALVINAS 91

CAPÍTULO VI

ADRENALINA 95

CAPÍTULO VII

CULPAS 103

CAPÍTULO VIII

LA BÚSQUEDA 111

CAPÍTULO IX

MATILDE 119

CAPÍTULO X

LA SOLEDAD ABSOLUTA 127

Tercera parte

CAPÍTULO I	
CONVIVIR	133
CAPÍTULO II	
LASTÍAS O VERDADES INCIERTAS	139
CAPÍTULO III	
ENVIDIA	145
CAPÍTULO IV	
JORGE	151
CAPÍTULO V	
COINCIDENCIA	155
CAPÍTULO VI	
SOSIEGO	159
CAPÍTULO VII	
LA REVELACIÓN	165
CAPÍTULO VIII	
UNA ESPERANZA DE PAZ	171
CAPÍTULO IX	
EQUILIBRIO INALCANZABLE	179
CAPÍTULO X	
SENTIR TU MIRADA	185
CAPÍTULO XI	
Y... LO CONFIRMÉ	191
EPILOGO	
JOANA	199

Impreso en Buenos Aires para
LEMU MONTÚN EDICIONES
www.lemumontun.com.ar



Susana Irene Astellanos, 1963, Berisso, Buenos Aires.

Fotógrafa. Inició su actividad literaria en 2007. Desde entonces más de una docena de sus trabajos han sido elegidos y forman parte de diversas antologías, otros se editaron en revistas literarias. Varios de ellos recibieron premios, menciones o resultaron finalistas en certámenes nacionales e internacionales.

susanaastellanos@hotmail.com



Conocemos a Mónica a la edad de trece años durante la dictadura militar de los años setenta en la Argentina. Es ella quien, como si los lectores fuésemos su diario íntimo, nos cuenta que muere su abuelo. Este hecho despierta en ella una sensibilidad extraordinaria, ¿una bendición o una cruz?, se pregunta. Crece batallando con sus sueños y visiones, mientras que en el país los hechos que los inducen no acaban.

Miguel, Daniel, Gerardo y Jorge los hombres en su destino. La vida y la muerte, entre ellas se planta firme Juana, abuela de Mónica, quien comparte con su nieta algo más que el lazo de sangre y cariño que suele envolver a los abuelos y sus nietos.

Acompañamos a Mónica en la búsqueda de sí misma y de su aceptación personal, con esa particularidad excepcional, pero también con lo simple de su carácter, sus conflictos e inseguridades.



9 789874 538673